



SUSURROS

SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN

2020s

NEVA ALTAJ

SUSURROS
SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN
rotos

NEVA ALTAJ

Notas de licencia

Copyright © 2023 Neva Altaj
www.neva-altaj.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma sin el permiso del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de EE. UU.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares, es pura coincidencia.

Traducción, edición y corrección al español por: Sirena Audiobooks LLC
Diseño de portada por Deranged Doctor (www.derangeddoctordesign.com)

Nota de la autora

El lenguaje de señas americano (ASL) se usa con frecuencia en este libro para la comunicación. Si bien la estructura de las oraciones del ASL es considerablemente diferente del lenguaje hablado, me tomé la libertad creativa de hacer que el diálogo del ASL siguiera las reglas gramaticales del inglés estadounidense para facilitar el flujo de la historia. Espero que no te importe esta decisión.

Hay algunas palabras rusas mencionadas en el libro, así que aquí están las traducciones y aclaraciones:

Solnyshko – солнышко (pequeño sol; rayo de sol); usado como expresión de cariño.

Zayka – заяка (conejito); usado como expresión de cariño.

Lenochka - una forma diminuta de Lena.

Piroshki - пирожки (tartas hechas a mano); se trata de pequeñas tartas que se pueden hacer saladas (rellenas de carne picada y/o verduras) o dulces (rellenas de frutas o mermeladas) y son horneadas o fritas.

Dusha moyá - душа моя (mi alma, alma gemela); usado como expresión de cariño.

“Ya lyublyu tebia Vsey dushoy, solnyshko . . . Ya ne pozvolyu nikomu zabrat'tebya”. – “Te amo con todo mi corazón, rayo de sol. . . No dejaré que nadie te lleve”.

“Ty almuerzo solntsa v pasmurnyy den'” – “Eres un rayo de luz en un día nublado”.

Advertencia

Tenga en cuenta que este libro contiene temas que pueden ser sensibles para ciertas audiencias: violencia doméstica, menciones de abuso, y descripciones gráficas de violencia y tortura (ninguna ocurre entre el héroe/la heroína).

Índice

[Notas de licencia](#)

[Nota de la autora](#)

[Advertencia](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

[Escena extra - Papá Mikhail](#)

[Estimado lector](#)

[Sobre la Autora](#)

Prólogo

Hace doce años

Mikhail

Una puerta que se abre de golpe atraviesa mi difusa consciencia, seguida de la sensación de caer en cámara lenta. Voces desconocidas susurran en algún lugar lejano, haciéndose gradualmente más fuertes, hasta que todo lo que puedo escuchar son gritos apresurados.

Un jadeo a mi izquierda:

—¡Dios mío!

Intento abrir los ojos, pero no lo consigo. Me toma algunos intentos antes de lograr abrir mis párpados, sin embargo, todo lo que puedo ver son formas borrosas.

Y luego viene el dolor.

Se siente como si hubiera sido apuñalado por miles de cuchillos, con las hojas clavadas en mi carne. La sensación aguda, abrasadora y en todo el cuerpo, lo abarca todo.

Me ahogo con mi propia respiración y trato de hablar, aunque lo único que sale es un grito ahogado de dolor. El vacío se cierra de nuevo, los sonidos se desvanecen lentamente y me dejo ir a la deriva. Lo último que recuerdo son oraciones entrecortadas que alcanzan mi consciencia que se desvanece hasta que no queda nada. Solo el dolor.

—¡Roman!... ¡Mikhail todavía está vivo!

—Jesucristo . . . haz presión en la herida de su cara...

—No estoy seguro de que vaya a sobrevivir...

—¿Alguien más?

—No, todos están muertos.

Capítulo 1

Presente

Mikhail

El sonido de mis zapatos resuena en la antesala vacía del Teatro de la Ópera de Chicago, mezclándose con las débiles notas iniciales de *El lago de los cisnes* provenientes del pasillo de la izquierda. Con el *ballet* ya comenzando, la entrada está desocupada. Asiento con la cabeza al tipo de seguridad, luego giro y sigo el largo pasillo hacia las puertas dobles de madera en el otro extremo, donde un cartel colgado en la pared atrae mi atención.

Han cambiado la foto. La anterior mostraba a toda la compañía en medio de un salto grupal, tomada de lejos para que se viera todo el escenario; pero la nueva muestra solo a una bailarina, la toma centrada. Doy un paso más cerca hasta que estoy de pie justo frente a la imagen. Sin pensarlo conscientemente, mi mano se eleva y traza los contornos de su rostro: sus pómulos afilados, su boca de flor de cerezo, bajando por su cuello esbelto, luego volviendo a subir sobre el contorno de sus ojos, que parecen mirarme directamente. Las grandes letras en la parte superior del cartel anuncian el espectáculo de esta noche como su última actuación. Parece que la temporada se está cerrando.

A veces me imagino acercándome a ella, tal vez después de uno de sus *shows*. Intercambiaríamos unas palabras y la invitaría a cenar. Nada lujoso, quizás esa acogedora taberna en el centro de la ciudad. Tienen el mejor vino y... miro mi reflejo visible en el vidrio que cubre el póster, e instantáneamente retiro mi mano, sintiendo que mi toque de alguna manera la contaminó. Supongo que esto es lo más cerca que alguien como yo, tan horrible por dentro y por fuera, debería estar de tal perfección.

Abro con cuidado la gran puerta de madera y en silencio me deslizo dentro. Con la única fuente de luz proveniente del escenario, el espacio es bastante oscuro, pero aun así me mantengo en la parte de atrás donde la oscuridad es más espesa. He sido extremadamente cuidadoso al perseguir

mi obsesión, siempre asegurándome de llegar después de que comience el espectáculo y marcharme antes de que termine. Es mejor mantener un perfil bajo. Decir que no me mezclo con la multitud sería poco.

Mi apariencia nunca me ha molestado realmente. En mi línea de negocio, cuanto más aterrador parezcas, más fácil es hacer que la gente hable. A veces, lo único que necesitaba era entrar en la habitación y soltaban todo lo que sabían. Mi reputación también ha ayudado.

Encontrar alguien adecuado para coger solía ser complicado, aunque eso no tenía nada que ver con mi cara. Muchas mujeres de nuestro círculo estaban ansiosas por atraer al Carnicero de la *Bratva* a su cama, pero se volvían significativamente menos entusiastas cuando les presentaba las reglas: solo quitarse la ropa suficiente para lograr el trabajo, estrictamente por detrás y sin toque de ningún tipo.

Los demás tuvieron diferentes reacciones. La mayoría tendían a evitar mirarme directamente. A otros les gustaba mirar fijamente. Estaba perfectamente bien con cualquier enfoque.

Entonces, ¿por qué diablos me molesta ahora? ¿Por qué me escondo en rincones oscuros, acechando a esta chica que solo he visto de lejos, como un psicópata? Todavía estoy debatiendo mi cordura cuando comienza el tema del solo de violín y mis ojos vuelven al escenario. No sé nada de música, sin embargo, no me he perdido ninguno de sus *shows* en meses, y ya reconozco exactamente cuándo llega su entrada. Cuando mi mirada la encuentra deslizándose hacia el centro del escenario, siento que se me corta la respiración en el pecho.

Ella es una visión, girando a lo largo del escenario con su falda larga de gasa, y estoy hipnotizado mientras sigo cada uno de sus movimientos. Su cabello rubio claro está recogido en la nuca, pero en lugar de hacerla lucir severa, el estricto peinado solo acentúa sus perfectas facciones de muñeca. Es como un pajarito, elegante y frágil, y Dios... tan dolorosamente joven. Me apoyo en la pared detrás de mí y niego con la cabeza. Si no salgo de esta insensatez, me volveré loco.

Después de que termina su parte, me voy, mas en lugar de ir directamente a la salida, me desvío hacia la mesa grande cerca de la puerta tras bastidores. Está repleta de arreglos florales que los visitantes han dejado para ser enviados a los camerinos de los bailarines. Es una situación

extraña, pero funciona para mí. Como siempre, dejo una sola rosa y me dirijo a la salida.

Bianca

—Tu padre quiere hablar contigo —dice mi madre desde la puerta.

La ignoro y envuelvo el último de mis vestuarios en papel blanco fino, siguiendo con mi dedo la falda de tul a lo largo de su longitud. Luego, lo coloco en la gran caja blanca que está sobre mi cama, donde ya guardé el resto de mis atuendos escénicos y le aseguro la tapa. Todo lo que queda de mi carrera como bailarina profesional, en un *closet*, a punto de recoger polvo. Nunca esperé que terminara tan rápido. La estrella del Teatro de la Ópera de Chicago, quien ascendió al puesto de bailarina principal en su compañía a los dieciséis. Ahora jubilada con apenas veintiún años. Quince años de arduo trabajo acaban de desaparecer debido a una estúpida lesión. Cuando me giro para colocar la caja en el fondo del armario, quiero llorar, no obstante, evito que las lágrimas caigan. ¿Cuál es el punto de todos modos?

—Está en su oficina —continúa mi madre—. No le hagas esperar, Bianca. Es importante.

Espero a que se vaya, luego me dirijo hacia la puerta solo para detenerme frente a mi tocador y mirar el jarrón de cristal que contiene una sola rosa amarilla. Por lo general, dono al hospital de niños todas las flores que recibo después de una actuación. Esta es la única que conservo. Extiendo la mano y sigo el tallo largo sin espinas envuelto en una cinta de seda amarilla con detalles dorados. Me han dejado una después de cada actuación durante los últimos seis meses. Sin mensaje. Sin firma. Nada. Bueno, esta es la última que tendré.

Salgo de mi habitación y bajo las escaleras hasta la parte más alejada de la casa donde se encuentran las oficinas de mi padre y mi hermano. El dolor sordo en mi espalda casi se ha ido ahora, pero dejé de engañarme a mí misma de que era solo algo pasajero hace meses. Nunca más podré soportar prácticas de seis horas, cinco días a la semana.

La puerta de la oficina de mi padre está abierta, así que entro sin llamar, la cierro detrás de mí y me paro frente a su escritorio. No reconoce mi presencia, solo sigue garabateando notas en su agenda de cuero. Bruno Scardoni nunca reconoce a las personas que considera por debajo de él un segundo antes de lo que siente adecuado. Le gusta verlos nerviosos mientras practica su poder sobre ellos. Desafortunadamente, nunca me importaron una mierda sus juegos de poder, así que me siento en la silla frente a él sin una invitación y cruzo los brazos sobre el pecho.

—Por lo que veo, mala conducta, como siempre —agrega sin levantar la cabeza del organizador—. Me alegra que tu desobediencia pronto se convertirá en el problema de otra persona.

Los latidos de mi corazón se aceleran ante sus palabras, sin embargo, controlo mis rasgos para no mostrar ninguna reacción. Mi padre es como un depredador, esperando que su presa muestre debilidad para poder atacar, apuntando a la yugular.

—Estamos firmando una tregua con los rusos —explica y me mira—. Y te vas a casar con uno de los hombres de Petrov la próxima semana.

Me toma unos segundos recuperarme de la conmoción, luego miro a mi padre directamente a los ojos y digo:

—No.

—No era una pregunta, Bianca. Ya está todo acordado, una hija de un capo para uno de sus hombres. Felicitaciones *cara mia*. —Una sonrisa venenosa se extiende por su rostro.

Agarro una hoja de papel y un bolígrafo de su escritorio, escribo rápidamente las palabras y se las paso. Mira la nota y rechina los dientes.

—¿No puedo obligarte? —se burla.

Empiezo a ponerme de pie, pero él se inclina hacia mí, me agarra del brazo y me da una bofetada en la cara con tanta fuerza que mi cabeza se tuerce hacia un lado. Me zumban los oídos, mas respiro hondo, me vuelvo hacia mi padre de nuevo y lentamente tomo el papel de donde lo tiró al otro lado del escritorio. Enderezo los bordes del papel, lo coloco sobre el escritorio frente a él, señalo con el dedo las palabras escritas allí y me dirijo hacia la puerta. No me casaré, especialmente con un bruto ruso.

—Si no lo haces, les daré a Milene.

Sus palabras me detienen en seco. No se atrevería. Mi hermana pequeña solo tiene dieciocho años. Todavía es una niña. Me doy la vuelta, miro a mi

padre a los ojos y lo veo. Él lo haría.

—Veo que eso llamó tu atención. Bien. —Señala la silla que acabo de desocupar—. Regresa aquí.

Los cinco pasos que doy hacia esa silla son probablemente la segunda cosa más difícil que he hecho en mi vida. Mis pies se sienten como si estuvieran hechos de plomo todo el camino de regreso.

—Ahora, ya que eso está resuelto, algunos puntos: serás una esposa dócil y obediente para tu esposo. Todavía no sé quién será, aunque no importa. Lo importante es el hecho de que será alguien del círculo íntimo de Petrov. —Lo observo mientras se recuesta en su silla y toma un cigarro de la caja que tiene frente a él—. Controlarás tu temperamento, dejarás que te coja todo lo que quiera y te asegurarás de que confíe en ti. Probablemente te subestime, como suele hacer la gente cuando se entera de que no puedes hablar, y comenzará a confiar en ti, balbuceará sobre negocios. —Apunta su cigarro en mi dirección—. Recordarás todo lo que dice, cada detalle sobre cómo están organizados, qué rutas usan para la distribución, todo lo que pueda mencionar. —Abriendo un cajón en su escritorio, saca un teléfono desechable y lo desliza a través del escritorio hacia mí—. Me enviarás un mensaje con todo lo que aprendas. Cada detalle ¿Entiendes, Bianca?

Todo tiene más sentido ahora. Qué arreglo tan perfecto ha hecho: deshacerse de su hija problemática y quedar bien con el Don sacrificando a una de sus hijas a la *Bratva*, todo mientras se asegura de que sea él quien obtenga la información privilegiada sobre los rusos. Brillante, de verdad.

—¿Te hice una pregunta! —revira.

Inclino mi cabeza hacia un lado y lo miro, deseando tener un arma e imaginándome apuntándola entre sus ojos y apretando el gatillo. No fallaría. A lo largo de los años, mi hermano se ha asegurado de que mi puntería sea impecable llevándome en secreto con él a sus prácticas de tiro. No estoy segura de tener las agallas para matar a mi padre, pero imaginarlo definitivamente se siente bien.

Asiento con la cabeza, recojo el teléfono del escritorio y salgo de la oficina, viendo su sonrisa satisfecha por el rabillo del ojo. Que crea lo que quiera. Puede que me case con alguien en la *Bratva*, sin embargo, lo hago por mi hermana, no porque él me lo haya ordenado. Y no estoy jugando a su espía. No me moriré por su culpa, otra vez.

Mikhail

Cuando Roman Petrov, *Pakhan* de la *Bratva*, entra al comedor, todos se paran y se quedan de pie hasta que él se sienta a la cabecera de la mesa. Apoya su bastón en su silla y asiente para que nos volvamos a sentar. La primera silla a su derecha permanece vacía. Su esposa probablemente se siente mal otra vez. Pensé que las mujeres embarazadas solo tenían náuseas por la mañana, pero según lo que escuché en la cocina, Nina Petrova ha estado vomitando sin parar durante semanas.

Roman se vuelve hacia la sirvienta y señala con la cabeza hacia la salida.

—Vete y cierra la puerta, Valentina. Te llamaré cuando hayamos terminado.

Asiente rápidamente y sale corriendo de la habitación, cerrando las puertas dobles detrás de ella. Parece que hablaremos de negocios antes de la cena. Roman se recuesta en su silla, y me pregunto qué tipo de bomba lanzará hoy sobre nosotros. La última vez que nos llamó a todos, nos informó que se casó en secreto dos días después de conocer a su esposa.

—Como ya saben, estamos pidiendo una tregua con los italianos —comunica—. Ellos aceptaron mis términos, yo acepté los suyos, y lo único que queda es organizar una boda para sellar el trato. —Levanta las cejas—. Entonces, ¿a quién le gustaría ser voluntario para ser el novio afortunado?

Nadie dice una palabra. No organizamos matrimonios arreglados en la *Bratva*. Eso siempre fue algo italiano, y nadie quiere cargar con un caballo de Troya. Eso es lo que sería la mujer, y todo el mundo lo sabe. Me pregunto a quién elegirá. No seré yo, porque Roman conoce mis problemas demasiado bien. Tampoco será Sergei. Nadie en su sano estado mental confiaría en ese lunático con una tostadora, y mucho menos con un ser humano. Maxim es demasiado viejo, así que apuesto por Kostya o Ivan.

—¿Qué?, ¿nadie quiere a una linda chica italiana? Tal vez esto les ayude a cambiar de opinión. —Mete la mano en el bolsillo de su chaqueta, saca una foto y se la pasa a Maxim—. Bianca Scardoni, la segunda hija del capo italiano Bruno Scardoni, y hasta hace poco, la bailarina principal del Teatro de la Ópera de Chicago.

Siento que mi cuerpo se queda inmóvil. No es posible.

—Ellos realmente quieren esta alianza. —Roman sonríe—. La mujer más hermosa de la mafia italiana está disponible.

Maxim le pasa la foto a Pavel, cruza los brazos sobre el pecho y mira a Roman.

—¿Cuál es el truco?

—¿Por qué crees que habría una trampa?

—Los italianos nunca darían a la *Bratva* a la hija de un capo, especialmente a una que se ve así. No importa cuánto quieran una alianza. Debe haber algo mal con ella.

—Bueno, hay una pequeña situación, pero prefiero llamarlo un bono. —Roman sonríe.

Tomo la foto que me pasa Pavel y la miro. Es aún más hermosa con su cabello suelto enmarcando su rostro perfecto, mientras que sus ojos castaños claros sonríen a la cámara. Rechinando los dientes, le paso la foto a Ivan. Solo pensar en que uno de mis compañeros la tenga hace que una ola de rabia me invada, y agarro los brazos de la silla con todas mis fuerzas, para no terminar golpeando algo.

Ivan mira la imagen, sus cejas se levantan, luego le da un codazo a Dimitri y le pasa la foto.

—No parece... extremadamente italiana. —Dimitri asiente a la foto en sus manos—. Pensé que todas las chicas italianas tenían el cabello oscuro. ¿Fue adoptada?

—No. La abuela materna era noruega —agrega Roman.

Sergei es el siguiente, pero solo le pasa la foto a Kostya, sin siquiera mirarla.

—Diablos, ella está buena. —Kostya silba y sacude la cabeza—. ¿Tienes otra foto? Preferiblemente con menos ropa.

Concentrándome en la pared frente a mí, aprieto la silla aún más fuerte, tratando de controlar el impulso de levantarme y golpear a Kostya en la cara o hacer algo peor, como reclamarla para mí. Kostya sigue mirando la foto, y por un momento me lo imagino colocando sus manos sobre ella y mi control se desintegra en una fracción de segundo.

—La tomaré —indico.

El silencio absoluto llena la habitación mientras todos los ojos se enfocan en mí, sorpresa e incredulidad visibles en cada rostro. Me dirijo a Roman quien me mira con las cejas levantadas.

—Un desarrollo interesante —agrega—. Estaba planeando dársela a Kostya si nadie se ofrecía como voluntario. Es el más cercano a su edad.

—Bueno, él no la va a obtener.

—Todavía no has oído la trampa, Mikhail. Podrías cambiar de opinión.

—No cambiaré de opinión.

—Bien. —Roman se encoge de hombros y toma un sorbo de su bebida—. Entonces está decidido.

La cena transcurre en silencio, lo cual es inusual. En lugar de charlas de negocios y risas aquí y allá, esta noche, todos parecen estar preocupados por su comida, sin embargo, noto que los muchachos me lanzan miradas de vez en cuando. Probablemente se estén preguntando qué me pasa por reclamar a la chica italiana para mí, pero no me importa lo que piensen. Ella es mía, pase lo que pase.

Después de que termina la comida, Roman me señala con la cabeza y lo sigo por el largo pasillo hasta su oficina. Se sienta en el sillón reclinable en la esquina mientras permanezco de pie y me apoyo en la pared detrás de mí.

—Tiene veintiún años. Eres demasiado viejo para ella, Mikhail.

—Diez años no es mucho. Eres once años mayor que tu esposa.

—Tengo una personalidad extremadamente juvenil —se burla.

—Seguro.

—Tan elocuente como siempre. —Niega con la cabeza—. Apenas es una adulta. ¿Qué harás cuando ella empiece a molestarte para que salgas todas las noches? ¿Qué pasa si quiere ir de fiesta y tienes que decirle que tienes que trabajar? Tendrás que llevarla a ver películas para adolescentes todas las semanas. Incluso Nina ama esa mierda. Puedo pedirle que te envíe algunas recomendaciones, ¿sabes?

—Gracias. Pero paso.

Roman suspira y se recuesta.

—Las chicas de su edad quieren un hombre que hable más de cinco oraciones al día, Mikhail. Esperan besos, caricias. ¿Pensaste en eso?

—Haremos que funcione.

Silencio. Solo me está mirando con la cabeza inclinada hacia un lado, y sé exactamente lo que está pensando.

—Ella no es una de tus cogidas habituales. ¿Cómo esperas que una chica de veintiún años trate con tus... problemas?

—No tendrá que hacerlo. Me ocuparé de mis problemas yo mismo.

—¿Ah? ¿Cuándo fue la última vez que tocaste voluntariamente a alguien que no fuera Lena?

Lo miro sin responder. No porque no quiera, sino porque no lo puedo recordar.

—Me ocuparé de eso, Roman.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—De acuerdo entonces. —Suspira y continúa—: Sabes que probablemente nos estará espiando e informará a los italianos. Estás a cargo de la mayoría de nuestras operaciones de drogas, así que necesito que tengas mucho cuidado con lo que dices frente a ella. Además, asegúrate de eliminar toda la información confidencial de tu oficina en caso de que decida husmear cuando no estés allí.

—Lo haré.

—Hay una cosa más que debes saber sobre ella, y si decides cambiar de opinión, se la daré a Kostya.

—No cambiaré de opinión.

—No habla, Mikhail.

Me pongo rígido y miro a Roman, sin saber si lo escuché bien.

—No puede ser sorda —digo—. Es una bailarina.

—No es sorda. Hubo un accidente automovilístico cuando era una adolescente. No tengo ningún detalle. Es todo lo que Scardoni compartió.

—¿Cómo se comunica?

—No tengo ni idea. Escribe en un cuaderno o en lenguaje de señas, supongo. ¿Aún estás interesado?

—Sí.

Roman levanta una ceja, pero no comenta mi decisión.

—¿Quieres que organice una reunión antes de que hagamos la boda?

Siento que me quedo quieto.

—No.

—¿Por qué? —indaga, como si no supiera ya la respuesta a esa pregunta—. Ella no puede decir que no. Ya está todo arreglado.

—Sin reunión.

Roman me mira, luego niega con la cabeza.

—Vamos a organizar la boda, entonces.

Capítulo 2

Bianca

La luz del sol de la mañana entra en la habitación a través de cortinas de gasa en las ventanas, bañándola en calidez. Sería un día tan perfecto para una boda, si no fuera la mía. Puede que haga calor afuera, pero dentro de mí, se está propagando una tormenta de hielo.

Me inclino hacia adelante, coloco la punta del delineador en la esquina de mi ojo y trazo una línea larga y delgada en mi párpado. Tal vez debería haberme escapado. Eventualmente me habrían encontrado, pero habría valido la pena.

—¡Estás preciosa! —Milene exclama desde la puerta y entra corriendo a mi habitación—. ¡Voy a llorar!

Sonrío por el bien de mi hermana y sigo aplicando maquillaje. Para alguien que odia las bodas, ha estado inusualmente emocionada por todo el asunto, así que no pude obligarme a decirle la verdad.

—Ojalá Angelo estuviera aquí para verte, estaba tan enojado cuando papá lo obligó a ir a México.

Sí, desearía que mi hermano también estuviera aquí hoy. Es el único miembro de la familia, además de Milene, que realmente se preocupa por mí, y estoy bastante segura de que mi padre lo envió lejos a propósito.

—A las seis de la mañana hice que Agosto me llevara a ver el salón de la recepción. Es asombroso. Todavía no puedo creer que aceptaras un matrimonio arreglado. Siempre pensé que seguiríamos siendo solteronas juntas, viviendo solas con un montón de gatos. —Comienza a manipular mi vestido, suavizando el material—. Hoy estoy viviendo totalmente a través de ti. Es lo más cerca que planeo llegar a una boda alguna vez en mi vida. —Riendo, se inclina para revisar el dobladillo del vestido mientras la observo en el espejo.

Milene no tiene idea de lo cerca que estuvo de estar en mi lugar hoy. Planea ir a la universidad después de la escuela. Convertirse en enfermera es todo de lo que ha hablado desde que cumplió ocho años, y es todo lo que

siempre ha querido. Espero que su deseo se haga realidad. Sabiendo lo terca que es Milene, probablemente lo logrará, a menos que nuestro padre decida también casarla antes de que escape de sus garras.

—Entonces, háblame de él. ¡Quiero saber todo sobre tu futuro esposo! ¿Por qué no lo trajiste para que nos conociera?

Dejo el delineador en el tocador y giro mi silla para enfrentar a Milene, mi dulce hermanita que pasó horas de su tiempo libre en YouTube y aprendió lenguaje de señas por mí. Mi madre y mi hermano también aprendieron lo básico, pero solo practicaron lo suficiente para entender oraciones simples. Mi hermana mayor, Allegra, y mi padre, nunca se molestaron.

—*Su nombre es Mikhail Orlov.* —Señé. Milene ha mejorado tanto en el lenguaje de señas en los últimos años que podemos tener una conversación normal, sin embargo, todavía necesita que vaya despacio.

—¿Y? ¿Qué aspecto tiene? ¿Es guapo? ¿Cuántos años tiene? Vamos, dime.

—*Eso es todo lo que sé.*

—Oh, no seas tan reservada. —Milene se ríe y me pellizca la parte superior del brazo—. ¡Dime!

—*Nunca nos hemos conocido. Y no sé nada más excepto su nombre.* — La verdad es que no me importa, así que nunca pregunté. ¿De qué me serviría? Me casaré con el hombre, lo quiera o no.

—¡Qué! ¿Estás loca? Pensé que al menos lo conociste y decidiste seguir adelante con este matrimonio porque te gustaba el tipo.

—*Ve a cambiarte. Llegaremos tarde.*

—¿Bianca? —Pone su mano en mi hombro—. ¿Aceptaste el matrimonio? ¿O nuestro padre te está obligando a hacer esto?

—*Por supuesto que lo hice.*

—¿Aceptaste casarte con alguien que nunca conociste? No me mientas, cariño.

—*No estoy mintiendo. Ve a cambiarte.*

Me mira con los ojos entrecerrados, pero finalmente se va. Termino de maquillarme, me pongo los zapatos de tacón y me dirijo a mi infeliz para siempre, rezando para que Milene no enfrente el mismo destino.

Mikhail

La boda tendrá lugar en el salón de recepciones del lujoso hotel Four Seasons en el centro de Chicago, y tan pronto como llegamos, todas las cabezas se vuelven hacia nosotros. Docenas de miradas siguen nuestro camino mientras Roman y el resto del grupo se sientan en las dos primeras filas del lado derecho. Solo somos ocho en total, mientras que el lado izquierdo, donde están sentados los italianos, está lleno. Las veinte filas están ocupadas con rostros sombríos. Supongo que nadie está contento con que uno de los suyos se case con alguien de la *Bratva*, pero eso ciertamente no los disuadió de venir a buscar chismes y comida gratis.

Los italianos se involucran seriamente en sus celebraciones y apariencias. Hay enormes arreglos florales blancos por todas partes y cintas de seda atadas en lazos alrededor de cada silla. Incluso pusieron un montón de pétalos blancos por todo el maldito piso. Para los italianos, siempre se trata de causar una buena impresión.

Mientras los demás se sientan, Kostya y yo nos paramos cerca de la primera fila. Los italianos empiezan a hablar entre ellos, dándose codazos, observándonos. La mayoría de ellos apartan la vista en el momento en que ven mi rostro y se enfocan en Kostya, evaluándolo. Con su largo cabello rubio y su sonrisa traviesa, Kostya es un niño bonito. Las mujeres siempre se han arrojado hacia él, por lo que no es de extrañar que estas personas hayan llegado a la conclusión de que es él quien se casa hoy.

Doy un paso adelante y me paro al frente, donde el oficiante de la boda espera al otro lado de la mesa principal. Kostya, mi padrino, me sigue, pero se detiene dos pasos a mi derecha. En el momento en que se vuelve evidente que yo soy el novio, hay un grito ahogado colectivo y toda la sala se queda en silencio.

Me enfrento a la multitud de italianos, que me miran con asombro evidente en sus ojos y paso por encima de ellos con mi mirada hasta que llego a Bruno Scardoni. ¿No se supone que debe acompañar a su hija hacia el altar? Está sentado en medio de la primera fila, con una sonrisa engreída y satisfecha en sus labios. Interesante. Las tres mujeres a su derecha, su esposa y sus dos hijas, están sentadas inmóviles, con una mirada de horror

en sus rostros. Eso, al menos, es de esperarse. Me pregunto dónde está el hermano. Según la información que he recopilado, Bianca y su hermano son cercanos, por lo que es extraño que se pierda la boda de su hermana.

Justo cuando empiezo a preguntarme si debería haber tenido esa reunión con Bianca antes de la boda, los sonidos de la marcha nupcial llenan la habitación. Espero que no salga corriendo, gritando al verme, porque la estaré persiguiendo.

Bianca

Observo la puerta blanca frente a mí y me pregunto qué tipo de vida me espera al otro lado. Catalina, mi prima y dama de honor hoy, acomoda nerviosamente el velo, arreglando los pliegues para que caigan sobre mi rostro.

Vendida. Me venden como ganado para asegurar que los objetivos de otra persona den sus frutos. No había nada que pudiera hacer para evitar esto, aparte de arruinar la vida de mi hermana a cambio de la mía. No puedo volver atrás, así que seguiré adelante con la frente en alto y que el pendejo de mi padre vea que no me ha roto.

Lanzó un berrinche cuando le dije que estaría caminando hacia el altar sola.

—¿Qué dirá la gente? —gritó.

Lo que diga la gente no me importa. No tengo ninguna intención de que el hombre que decidió usarme como daño colateral juegue a ser un padre obediente. Y ciertamente no entraré allí con la cara cubierta como si fuera una víctima, recatada y asustada.

Un hombre con uniforme del hotel abre la puerta cuando empiezan a sonar las primeras notas de la marcha nupcial. Agarro el borde del velo, me quito la maldita cosa de la cabeza y dejo caer la tela de encaje al suelo. Catalina jadea detrás de mí, pero la ignoro, respiro hondo y entro al salón de recepción.

Mikhail

La mujer con la que he estado obsesionado durante meses entra en el salón y siento que el aliento abandona mis pulmones. Sabía que era hermosa, pero verla así de cerca y en persona... estaba tan equivocado. No solo es hermosa, esa palabra es demasiado simple. Con el largo vestido blanco que fluye sobre su cuerpo y termina en una cola corta, es impresionante. Suaves rizos rubios caen libremente a ambos lados de su rostro y hasta la cintura. No creo haber visto nunca a una mujer con el cabello tan largo. Me recuerda a una princesa élfica. Me pregunto qué clase de monstruo sería yo en esa historia.

Con la cabeza en alto, camina por el pasillo con pasos seguros y rápidos, directamente hacia mí. Me mira y sostiene mi mirada, sin pestañear al ver mi rostro destrozado y el parche en el ojo, ni un titubeo en su paso mientras se acerca. Esperaba a una chica introvertida, tímida, asustada por la situación en la que se ha metido, pero no hay rastro de miedo en esos ojos, solo determinación.

Está frente a mí, tan hermosa y desafiante, y tengo esta repentina e inexplicable necesidad de tocarla. Para asegurarme de que es real. Es una sensación extraña. No disfruto el contacto de piel con nadie excepto con Lena. No me gusta y nunca lo inicio.

El oficiante de la boda comienza a hablar, y cuando nos volvemos hacia él, no puedo resistir pasar mi dedo por el dorso de su mano. Es un pequeño toque. Estoy seguro de que ella ni siquiera lo notará. El hombre frente a nosotros sigue balbuceando, y miro hacia abajo para robarle otra mirada a mi novia. Es baja y su diminuta mano se ve tan delicada junto a la mía. Quebradiza. Sin embargo, luego levanta la vista, y no hay nada frágil en esos ojos que me miran sin pestañear.

Bianca

Él no es lo que esperaba.

Cuando el oficiante de la boda comienza a recitar su parte, no escucho ni una palabra de lo que dice. Todo mi ser está centrado en el hombre parado a mi lado. Cuando entré en el salón y mis ojos se posaron en su enorme figura

al final del altar, casi me tropiezo, y solo los años de práctica que tuve en el escenario me hicieron seguir adelante. Mi futuro esposo tiene la complexión de un luchador profesional, sus anchos hombros tensan el material de su chaqueta. Lleva una camisa negra y pantalones de vestir negros, y con su cabello negro como la tinta y ese parche en el ojo, parece un ángel vengador oscuro.

No noté las cicatrices de inmediato porque estaba demasiado concentrada en su imponente figura. La cicatriz más grande comienza arriba de su ceja derecha y baja por su rostro, desapareciendo debajo del parche y continuando hasta la mandíbula. Hay otra junto a esa, comenzando en algún lugar debajo del parche y descendiendo hasta un punto ligeramente por encima de la comisura de sus labios. La que está en el lado izquierdo de su barbilla, corre a lo largo de su cuello y desaparece debajo del cuello de su camisa de vestir. No tengo idea de qué le pudo haber pasado para infligir tales heridas, pero debe haber sido algo horrible. La mayoría de los hombres que conozco se habrían dejado crecer la barba para ocultar al menos algunas de las líneas que estropean su rostro. Parece que mi futuro marido no oculta sus cicatrices, porque está bien afeitado, como si le importara un carajo lo que pudieran pensar los demás.

El oficiante de la boda termina su discurso, y el hombre que está junto a mi novio se acerca y coloca una pequeña caja de terciopelo que contiene los anillos de boda sobre la mesa. Mikhail toma el más pequeño y me mira, esperando. Levanto la mano y observo cómo desliza la sortija en mi dedo sin tocar mi piel. Parece que ha evitado deliberadamente hacerlo. Tomo el aro grande de bodas de la caja y lo levanto, pero en lugar de ofrecer su mano, toma el anillo de mis manos y lo desliza sobre su dedo él mismo.

El hombre nos declara marido y mujer y señala el gran libro abierto que está sobre la mesa. No hubo una parte de "puedes besar a la novia", y me pregunto si eso fue intencional o si se le olvidó, porque el oficiante parece extrañamente angustiado, jugueteando con sus manos, mirando a cualquier parte menos a mi esposo.

Mikhail toma la pluma, escribe su nombre y me la ofrece. Miro hacia arriba y lo encuentro observándome como si esperara que me diera la vuelta y saliera corriendo. Sin romper nuestra fija mirada, arquea una ceja, luego tomo el bolígrafo de su mano y firmo con mi nombre. Bianca Orlov. Está hecho.

Mikhail

Veo a la multitud de personas “atacando” las mesas del *buffet*, llenando sus platos con comida y charlando en voz alta. Bianca está de pie a mi lado, observando el salón en silencio, y tengo la sensación de que no le gustan las multitudes. Tenemos eso en común.

Roman se me acerca, diciendo que se va con Dimitri. Probablemente está ansioso por volver con su esposa que se quedó en casa. Me sorprende que haya venido a la boda, teniendo en cuenta lo reacio que está de dejar que ella esté fuera de su vista. Se vuelve hacia Bianca y se presenta, ofreciéndole la mano. Cuando sus palmas se conectan, me consume una extraña necesidad de alejar la mano de Roman, evitando que toque a mi esposa.

—¿Quieres irte? —pregunto cuando Roman se retira.

Bianca mira a la multitud, levanta la cabeza para mirarme y asiente. Me dirijo hacia la salida, señalando con la cabeza a Kostya y al resto de nuestros hombres. Estamos casi en la puerta cuando siento la mano de Bianca tocar mi antebrazo, apretándolo ligeramente, y me tenso por una fracción de segundo antes de que mis músculos se relajen. Mira hacia la mesa donde está sentada su familia como si quisiera despedirse, así que me giro y empiezo a caminar en esa dirección.

La hermana menor salta de la silla y corre hacia Bianca, abrazándola por la cintura y susurrándole algo al oído. Bianca da un paso atrás y empieza a hacer señas con las manos. Asegurándome de que nada en mi cara muestre que entiendo, observo discretamente sus dedos formar las palabras.

—*Nos vamos. Todo está bien. Te mandaré un mensaje por la mañana y hablaremos.*

—Papá se enojará si te vas tan temprano —susurra su hermana.

—*Puedes decirle a mi querido padre que se vaya al infierno.* —Bianca hace señas lentamente, como si quisiera asegurarse de que su hermana capte cada palabra, luego la agarra de la mano y gira a la chica hacia mí.

La pobre traga saliva, pero rápidamente se recupera y sonríe. No ofrece su mano, y me alegro por eso. Cuando es necesario, no tengo problemas

con las interacciones sociales estándar, como los apretones de manos, aunque prefiero evitarlas.

—Soy Milene. Encantada de conocerlo, Sr. Orlov.

No escapa mi atención que Milene es la única de su familia que Bianca presenta personalmente. Con los demás, solo intercambié breves asentimientos, lo cual no es tan extraño considerando que estábamos tratando de matarnos los unos a los otros no hace más de un mes.

Milene se vuelve para decirle algo a Bianca cuando un disparo atraviesa la habitación.

Bianca

Apenas un segundo después de que el sonido del primer disparo atravesase el aire, un brazo fuerte me agarra por la cintura. Lo siguiente que sé es que estoy tumbada al suelo junto a Milene, con Mikhail inclinándose sobre nosotras, protegiéndonos de la línea de fuego con su cuerpo.

—La puerta de servicio. Mantente bajo. ¡Ahora! —brama por encima del ruido de más disparos y gritos de la gente.

Me las arreglo para desenredar mis piernas de la cola del vestido, recojo la tela con una mano y me arrastro lo más rápido que puedo detrás de Milene hacia la puerta a unas yardas de distancia. Tan pronto como llego al estrecho pasillo, me apoyo contra la pared y agarro a Milene en un fuerte abrazo. Está temblando como una hoja, su respiración dificultosa, y yo comparto el sentimiento. Lanzo una mirada hacia la puerta, esperando encontrar a Mikhail allí, pero no está en el pasillo con nosotras.

Hay dos balazos rápidos más antes de que los disparos se detengan por completo, y lo único que puedo escuchar son hombres gritando y mujeres llorando. Espero un par de segundos y luego vuelvo hacia la puerta y vislumbro el salón, es un caos.

La gente corre en estampida hacia las puertas dobles del otro lado de la habitación, sin prestar atención a los que están a su alrededor. Un hombre mayor, a quien reconozco como uno de los primos de mi padre, yace en un charco de sangre, inmóvil. No muy lejos de él, una mujer está sentada en el suelo con dos hombres arrodillados a sus costados, uno agarrando su brazo

sangrante. Más personas en la sala parecen heridas, ya sea por las balas o por la estampida, sin embargo, nadie más parece muerto o gravemente herido. Varios hombres caminan por el salón con sus armas en la mano, revisando a los heridos. Reconozco a algunos de ellos como los que estaban con Mikhail, pero el resto son hombres de mi padre.

A un lado, cerca de la pared, Mikhail está de pie con un grupo reunido sobre el cuerpo de un camarero que está tendido boca abajo en el suelo. Observo mientras Orlov guarda su arma en la funda oculta debajo de su chaqueta y se agacha junto al cuerpo. Desabrocha la manga derecha del muerto y la levanta, inspeccionando su antebrazo. Mi padre va a pararse junto a mi nuevo esposo. Discuten algo durante unos segundos, luego Mikhail se vuelve y camina hacia mí.

—Ve con tu padre, Milene —le ordena a mi hermana, luego se vuelve hacia mí—. Por aquí.

Me lleva por el largo pasillo, a través de la lavandería del hotel, donde el personal uniformado se asoma detrás de las grandes lavadoras de servicio. Salimos por una puerta de metal y giramos a la derecha hacia el estacionamiento. Se siente como si me estuviera moviendo a través del vacío, sin escuchar nada y apenas consciente de nuestro entorno. Esta es la primera vez que presencio disparos fuera del campo de tiro, y podría estar en estado de *shock*.

Mikhail se acerca a un auto y me abre la puerta del pasajero. Si alguien me pregunta por el modelo, o incluso por el color del coche en el que me subo, no sabría decirle nada. Llama a alguien durante el viaje, aunque toda la conversación es en ruso, así que no tengo idea de lo que dice o con quién habla.

Poco después de terminar la llamada, se estaciona en el garaje subterráneo de un edificio alto y moderno. No presté atención a dónde íbamos, así que lo único que sé es que estamos en algún lugar del centro de la ciudad.

Mikhail me abre la puerta del automóvil, lo sigo hasta el ascensor plateado y observo cómo pasa una tarjeta de acceso por la pequeña pantalla y pulsa el botón del último piso. Poco tiempo después, las puertas del ascensor se abren a un pequeño vestíbulo con solo una puerta directamente al frente.

Tomo una respiración profunda. Me llevó a su casa. No sé por qué este hecho me golpea tan fuerte. Por supuesto, me llevaría a su casa. No era como si esperara que me dejara en la residencia de mi padre, pero, aun así, es como si ahora estuviera comprendiendo cuán diferente será mi vida a partir de ahora. Respiro de nuevo y entro en el hogar de Mikhail.

—Sala, comedor, cocina, baño de visitas. —Mikhail señala el enorme espacio abierto bordeado de ventanas del piso al techo en el lado opuesto—. La habitación que uso como gimnasio. La recámara de Lena. Mi oficina.

¿Quién es Lena? Tal vez tenga un ama de llaves residente.

Mikhail se gira y señala al otro lado del espacio abierto:

—Mi dormitorio. Puedes tener la habitación de invitados que está al lado.

Lo miro, procesando lo que acaba de decir. ¿No me hará dormir con él?

Me mira, su único ojo azul observándome con interés, y extiende su mano para quitar un mechón de cabello que me ha caído sobre la cara, enganchándolo detrás de mi oreja.

—Yo no fuerzo a las mujeres, Bianca. ¿Está claro? —Asiento con la cabeza—. Bien. Tengo que irme ahora, y probablemente no regresaré antes de la mañana. Hay comida en la nevera. Come, dúchate y ve a dormir, necesitas descansar. Dame tu teléfono.

De alguna manera, el pequeño bolso de mano que colgaba de mi pecho en una delgada cadena de oro sobrevivió a los eventos de esta noche. Alcanzo adentro, saco mi teléfono y se lo doy a regañadientes. No esperaba que lo confiscara.

En lugar de quitarme el teléfono, comienza a escribir.

—Estoy ingresando mi número, así como el número de la oficina de seguridad de abajo. Si necesitas algo, puedes enviarme un mensaje. Es posible que no pueda responderte el mensaje de inmediato, no obstante, lo haré tan pronto como pueda. —Me ofrece mi teléfono de vuelta, y lentamente levanto la mano y lo tomo.

—Siéntete libre de dar vueltas y explorar, pero mi oficina está fuera de los límites. Todo lo demás está bien. ¿Está claro?

Asiento de nuevo y sigo mirándolo, esperando que diga algo como "Nos vemos en la mañana" o "Buenas noches", pero en lugar de eso, simplemente se acerca y pasa su dedo por el dorso de mi mano, su toque es ligero como una pluma. Solo dura un segundo, y luego se va sin decir una palabra.

Qué hombre tan extraño.

Mikhail

—Tenía un tatuaje de una pandilla albanesa en el interior de su antebrazo —le explico a Roman—. ¿Crees que sea Dushku?

—Posiblemente. Tal vez descubrió que fui yo quien mató a su amigo Tanush. O tal vez estaba enojado porque lo derrotamos al hacer un trato con los italianos.

—Podrían ser ambos. —Asiento con la cabeza—. O alguien quiere que pensemos que fue Dushku. Enviaron a un solo hombre, y la mitad de las personas en ese salón estaban armadas. Fue una misión suicida. Y qué conveniente que tuviera un tatuaje que lo conectaba con los albaneses. Algo no cuadra.

Roman se inclina hacia adelante, tamborileando los dedos sobre el escritorio.

—Podrían ser los italianos jugando con nosotros, preparando el escenario para algo más grande. Estaban a cargo de la seguridad de la boda y un hombre armado logró pasar. —Me señala con el dedo—. Tienes que vigilar a tu esposa. Obsérvala muy de cerca.

—Lo haré. —Aseguro y salgo de la oficina del *Pakhan*.

De camino a casa, pienso en lo que dijo Roman. ¿Tiene razón? ¿Podría Bianca estar actuando como espía para su padre? Sería una gran oportunidad, una que estoy seguro de que un capo tan despiadado como Bruno Scardoni no se perdería. Aun así, tengo la sensación de que no es el caso. El disgusto que vi en los ojos de Bianca cada vez que miraba a su padre no podía ser fingido. Sí, mi esposa tiene ojos muy expresivos.

Me pregunto si debería decirle que soy competente en el lenguaje de señas. Haría la comunicación mucho más fácil, pero llevaría a cosas que aún no estoy listo para discutir con ella. Tendremos que arreglárnoslas sin lenguaje de señas por ahora.

Bianca

Cuando estoy estresada, limpio o cocino. Aquí no hay nada que limpiar. Todo está impecable. Entonces, me dirijo a la cocina y empiezo a buscar ingredientes para hacer mi pasta con queso rápida.

Más temprano, me duché en el baño de invitados y pasé un rato caminando por la casa de Mikhail. El apartamento es increíblemente grande: abarcando todo el último piso del edificio y está decorado en un estilo moderno, principalmente cristal y madera oscura combinados con detalles en blanco. Primero revisé la cocina, que es el sueño de un chef y está completamente equipada. Me topé con algunos artículos interesantes, como cacao en la despensa, pequeños paquetes de yogur de fresa en el refrigerador y una gaveta llena de dulces. Mi marido no me parece una persona que disfrute de los dulces y el yogur de fresa, pero bueno, la gente tiene gustos raros.

El siguiente fue el dormitorio de Mikhail. No estaba bien hurgar ahí, así que fui directo a su armario y tomé la primera camiseta que vi. No iba a dormir en una toalla o desnuda. No llevar bragas ya era bastante malo.

Después de la habitación de Mikhail, me salté la recámara del ama de llaves y me detuve en la puerta del gimnasio, confundida. Esperaba un montón de máquinas de fisiculturismo de alta gama, una cinta de correr y artículos similares. En cambio, solo había un estante con pesas de la vieja escuela de diferentes tamaños en una esquina, una barra de dominadas al lado y un saco de boxeo. Todo estaba alineado a lo largo de la pared frente a las ventanas del piso al techo, y no ocupaba ni una quinta parte del lugar. Qué desperdicio de espacio. Fácilmente podría haber agregado otra habitación allí. Del gimnasio volví directamente a la cocina, ignorando la puerta de su oficina.

Cuando termino de cocinar la pasta, me preparo un plato y dejo la olla con el resto sobre la encimera. Miro a mi alrededor, buscando algo con qué escribir y papel, y finalmente encuentro un bolígrafo en uno de los cajones. Eso sí, sin papel. Tomo la caja de pasta vacía, rompo un lado, luego me siento en la mesa del comedor y empiezo a escribir en el cartón.

Al finalizar, dejo la nota en el suelo junto a la puerta principal, donde a Mikhail no se le puede escapar, y regreso a la habitación de invitados.

Mikhail

Recojo el trozo de cartón que está en el suelo y empiezo a leer.

Hice pasta. La dejé en el mostrador.

Tomé prestada una de tus camisetas. Espero que no te moleste.

Con todo lo que ha pasado, olvidé que tengo que pasar por la casa de mi padre y recoger una bolsa con mi ropa. ¿Me puedes llevar mañana a buscarla?

Es posible que tengamos que ir a una tienda donde pueda comprar un cambio de ropa. No puedo ir a la casa de mi padre usando solo tu camiseta.

No pude encontrar café en la cocina. Mi nombre es Bianca y soy adicta a la cafeína. Si lo tienes en algún lugar, envíame un mensaje con la ubicación antes de irte a dormir. No soy la persona más agradable en la mañana antes de recibir mi dosis.

Mis labios se curvan ligeramente en esa última línea y me dirijo hacia la puerta de la habitación de invitados, que está ligeramente entreabierta. Envuelta bajo un edredón grueso, Bianca duerme profundamente, con el cabello enredado alrededor de su cabeza. Me apoyo en la puerta y observo su forma dormida hasta que la luz del amanecer comienza a filtrarse en la habitación.

Capítulo 3

Bianca

Son casi las nueve cuando me despierto, y me sorprende bastante que haya dormido como un tronco durante ocho horas en la casa de un extraño. Cuando me fui a la cama la noche anterior, quedé inconsciente en el momento en que mi cabeza tocó la almohada. Tal vez sea algún extraño efecto secundario de haber estado en un tiroteo.

Después de pasar por el baño para aliviar la necesidad de mi vejiga y cepillarme los dientes, me dirijo a la cocina. En el mostrador al lado de la máquina de café, encuentro mi nota, en una esquina debajo de una bolsa de granos de café sin abrir. Junto a cada una de mis notas, hay comentarios con una letra pulcra.

Gracias.

No me importa

Sí.

Llamé a mi ama de llaves y le dije que comprara algo para que te pongas mañana hasta que consigamos tus cosas. Lo dejará en el mostrador.

Alacena del extremo derecho, estante superior. Pero puedes ponerlo donde quieras.

Junto a la nota, hay una bolsa de papel. Miro dentro y saco un par de pantalones de yoga grises y dos camisetas. En la parte inferior, hay algo de ropa interior y calcetines. No hay zapatos, así que parece que combinaré mis tacones de tiras con pantalones de yoga y una camiseta cuando vayamos a buscar mis cosas. Vaya, con estilo.

Después de un pequeño desvío a la habitación de invitados para ponerme ropa interior, me preparo una taza de café, tomo un plátano del tazón y me

subo a una silla alta en la barra de desayuno que separa la cocina y el comedor. Probablemente debería enviarle un mensaje a Milene.

09:22 Bianca: Solo me reporto para informarte que todo está bien. ¿Sobrevivió el tío Fredo? ¿Alguien más resultó gravemente herido ayer? ¿Estás bien?

09:23 Milene: Se ha ido. Escuché a papá esta mañana decir que Fredo solo estaba gastando el dinero de la familia y cito: "Al menos algo bueno salió de esa boda". La amante de Agapito recibió una bala en el brazo, pero creo que eso es todo. No puedo esperar para dejar esta vida idiota.

09:26 Bianca: Papá no financiará tu universidad, Milene.

09:28 Milene: *Nonna* Giulia dijo que la pagará. Tres meses más y adiós mierda de la *Cosa Nostra*. ¡Papá va a perder la cabeza, ja, ja! ¿Está todo bien allá? Quiero el informe completo. ¿Cómo te fue? ¿Cómo es él? ¿Tuviste que acostarte con él?

09:29 Bianca: Está bien, supongo. Un poco extraño. No habla mucho. Me dejó ayer y se fue a algún lado. Trabajo, creo. No lo he visto desde entonces.

09:31 Milene: ¿Qué diablos? ¿En su noche de bodas? Supongo que tuviste suerte. Me tengo que ir, viene el profesor.

Hay dos mensajes nuevos más, uno de mi madre y otro de Angelo. Primero leo el texto de Angelo.

02:11 Angelo: Felicidades, hermana. ¿Quién es el novio afortunado? La conexión aquí es horrible, no escuché ni la mitad de las cosas que papá dijo cuando llamó.

Miro el mensaje y suspiro. Angelo nunca encontró nada malo en la tradición de los matrimonios arreglados. Era de esperarse y, por lo tanto, debe hacerse. Por lo que he oído, padre ya arregló su matrimonio con la nieta de Don Agosti. Sin embargo, Isabella y Angelo ya se conocen. No obstante, no es la misma situación, y estaría mintiendo si dijera que esperaba que fuera tan indiferente.

09:29 Bianca: Mikhail Orlov. ¿Cuándo vas a volver? ¿Y qué estás haciendo en México de todos modos?

El siguiente mensaje es de mamá. Lo abro y un montón de texto llena la pantalla. Gimo, disminuyo el tamaño de la letra y empiezo a leer su ensayo.

07:44 Mamá: Estabas tan hermosa ayer. Todo el mundo habló de ello. Y ese vestido valió cada centavo. La mamá de Catalina me preguntó dónde lo compramos para poder pedir uno para su hija. Esa mujer siempre nos está copiando. No la soporto. Lástima que todo terminó tan abruptamente. No puedo creer que a Fredo le dispararan y muriera, sin embargo, supongo que es mejor él que otra persona. Tenía más de ochenta. ¿Te diste cuenta de que Luca Rossi vino solo? Nunca le agradé a Simona, ¿pero perderse tu boda? Nunca entendí cómo esos dos terminaron juntos. Es una pena que un hombre como Luca terminara con una zorra como ella. Alguien debería decirle a él que es hora de que se corte ese cabello, no es correcto. Es un capo, por el amor de Dios.

Cierro los ojos y suspiro. Las prioridades de mi mamá siempre han sido bastante extrañas. No es su culpa. Si no fuera la esposa de un capo, estoy segura de que habría sido una asesina en serie, o algo similar. No es como si la hubieran diagnosticado, aunque estoy casi segura de que mi madre es una sociópata. Me pregunto en qué punto de su mensaje me cuestionará cómo estoy manejando estar casada con un extraño. Sigo leyendo su texto largo como una novela.

Mamá: Ya que has terminado con el *ballet*, ahora tendrás más tiempo libre. Deberíamos ir juntas de compras algún día, estoy segura de que la distracción te haría bien. No tengo ni idea de lo que estaba pensando tu padre cuando accedió a casarte con ese hombre. Honestamente, me alegro de no haber tenido mis anteojos ayer, así que no pude ver tan bien. Ayer por la mañana probé de nuevo los lentes de contacto, pero me empezaron a picar los ojos. Tal vez debería probar con otra marca. Allegra dice que es monstruoso. ¿Es eso cierto? Deberías haberte casado con Marcus...

Tomo un sorbo de mi café. Allegra... siempre metiendo su nariz donde no debe. No, eso no es verdad. El hombre tiene un ojo, ¿y qué? No es que le falte la mitad del cerebro, como a Marcus. En cuanto a su carácter... no puedo decir. No interactuamos mucho, así que no puedo concluir qué tipo

de hombre es. Pero cuando sonó el primer disparo, nos cubrió a mí y a mi hermana con su cuerpo. Y eso dice mucho. A regañadientes, termino de leer.

Mamá: ¿Cómo te está tratando? Si te levanta la voz, házmelo saber y haré que tu padre hable con él. Nadie trata a la hija de un capo con menos que respeto. Por favor usa protección, eres demasiado joven para tener niños. Te quiero.

Sí, como si mi padre me respetara.

09:42 Bianca: Todo está bien. Te informaré sobre ir de compras.

Dejo mi teléfono y alcanzo la taza de café cuando la puerta del gimnasio se abre y sale Mikhail. Se necesita un control tremendo para evitar que mi mandíbula se caiga al suelo. Ayer vestía un traje, pero incluso con la chaqueta puesta, noté que debajo tenía una buena masa muscular. Ahora, viste un pantalón deportivo y una camiseta de manga larga que se extiende sobre sus hombros increíblemente anchos y sus brazos musculosos. El hombre es una fuerte potencia.

—Me voy a duchar y luego podemos ir a buscar tus cosas —dice y camina hacia su habitación.

Lo sigo con la mirada, sintiéndome un poco como una acosadora. Había muchos chicos en la compañía de baile, y todos estaban extremadamente en forma, pero ninguno de ellos lucía como Mikhail. Nunca he conocido a nadie que se viera así. Probablemente podría hacer planchas durante horas sin siquiera sudar.

Cuando salgo de mi habitación treinta minutos más tarde, con mi increíble conjunto de camiseta, pantalones de yoga y tacones de tiras con lentejuelas, Mikhail me está esperando junto a la puerta. Esperaba que volviera a estar de traje, pero parece que no va a trabajar hoy porque lleva unos *jeans* negros desteñidos y una camiseta *Henley* negra. Al hombre realmente le gusta el negro y, aparentemente, las mangas largas.

En el garaje, Mikhail me conduce hacia una monstruosa camioneta. Estoy bastante segura de que no es el mismo auto en el que llegamos anoche, porque no tengo idea de cómo voy a meterme en esa cosa en mis tacones. El piso tiene al menos dos pies y medio de altura sobre el suelo.

Mikhail me abre la puerta y me estiro para agarrar algo que me ayude a levantarme cuando sus manos me agarran por la cintura.

—¿Necesitas un empujón? —pregunta en un tono completamente serio, su rostro a solo unas pulgadas del mío.

No espera mi respuesta, simplemente me levanta, me deposita en el asiento y cierra la puerta.

—¿Encontraste todo lo que necesitabas anoche? —agrega después de subirse al vehículo—. Le dije al ama de llaves que te comprara algunos artículos básicos.

Asiento con la cabeza. Había una canasta grande con gel de baño, champú, acondicionador, cepillo de dientes, pasta de dientes e incluso un cepillo nuevo en el baño.

—Si necesitas algo más, envíame un mensaje con la lista y me encargaré de que alguien vaya a comprarlo.

Arranca el auto mientras pretendo mirar a la acera, pero en secreto, lo observo por el rabillo del ojo. ¿También encuentra extraña esta situación? ¿Elegió casarse o su jefe se lo ordenó? ¿Y si tiene novia? ¿Seguirá viéndola? ¿Y si la lleva a su apartamento mientras estoy allí? ¿Espera que duerma con él?

Dejé que mi mirada viajara por su brazo, notando los contornos de los músculos duros visibles incluso debajo de su manga. Parece concentrado en la carretera, y dado que estoy sentada en su lado ciego y reclinada en mi asiento, estoy bastante segura de que no se da cuenta de que lo observo. Aprovecho la oportunidad para inspeccionar mejor su rostro. Lo que sea que le haya pasado, no es reciente. Esas cicatrices parecen viejas. La parte interesante, es que no me importan en absoluto. En realidad, encuentro a mi esposo extremadamente guapo, por lo que físicamente no tengo ninguna queja.

El auto reduce la velocidad y se detiene en un semáforo en rojo. Mikhail vuelve la cabeza hacia mí y me clava con la mirada. Supongo que estoy atrapada, aunque no desvío la vista. No dice nada, no me llama la atención por observarlo, solo me mira hasta que la luz cambia a verde. Luego, se vuelve a la carretera y sigue conduciendo. No creo haber conocido nunca a una persona tan serena y controlada. Su rostro es completamente inexpresivo. No puedo deducir nada de eso. ¿Está enojado porque lo estaba mirando? O tal vez no le importa un carajo. Qué hombre tan extraño.

* * *

Mikhail estaciona el auto frente a la casa de mi padre y da la vuelta justo cuando estoy abriendo la puerta. Vuelve a colocar sus manos en mi cintura y me ayuda a bajar. En el momento en que mis pies tocan el suelo, rápidamente retira sus manos.

—Toma solo lo que necesites para los próximos dos días. Enviaré a alguien por el resto. Será mejor si te espero aquí.

—Cinco minutos —articulo las palabras, me doy la vuelta y me apresuro a entrar en la casa, con la esperanza de no encontrarme con nadie de camino a mi habitación. Milene está en la escuela y no me interesa ver a nadie más.

—Por Dios, Bianca. —La voz de Allegra me llega desde atrás mientras subo las escaleras—. ¿Cómo puedes soportar estar cerca de ese monstruo?

Me detengo al pie de las escaleras y me giro hacia mi hermana mayor, quien está parada con las manos en las caderas y me mira con disgusto. Por alguna razón, Allegra siempre me ha odiado a muerte y hace todo lo posible por desanimarme con sus comentarios venenosos. Incluso lo hizo cuando éramos niñas. Angelo dijo una vez que estaba celosa de mí, lo cual es ridículo porque Allegra siempre ha sido la hija perfecta. Todos siempre la adoran, mientras que yo soy vista como la oveja negra en nuestra familia, una chica bonita, pero con defectos porque no puede hablar.

Doy dos pasos en su dirección y me detengo justo frente a ella. Extiendo mi mano para agarrar la suya, miro su dedo anular desnudo, imitando tristeza, luego le doy unas palmaditas en el dorso de la mano y levanto la mía con el anillo de bodas. Habiendo dejado claro mi punto, le muestro el dedo de en medio y la dejo con la mirada clavada en mi espalda. Conozco bien los puntos débiles de mi hermana y no tengo problema en explotarlos. El objetivo principal de Allegra en la vida siempre ha sido casarse. Comenzó a hacer planes para el día de su boda en cuarto grado. En su mente estrecha, que me casara antes que ella era lo más desastroso que podría haber sucedido.

Mis acciones son crueles, lo sé, pero no pude controlarme. Nadie puede hablar así de mi marido. Puede que tengamos un matrimonio arreglado, sin embargo, me ha tratado mejor en las últimas veinticuatro horas que algunos

de los miembros de mi familia alguna vez jamás han hecho. Y maldición, si permitiré que mi hermana diga algo así sin devolver el golpe.

En mi habitación, tomo la bolsa que había empacado previamente y me doy la vuelta para irme, solo para encontrar a mi padre bloqueando la entrada.

—Esperaba un informe anoche, Bianca. —Doy un paso adelante, con la intención de pasar a su lado, pero me aprieta el antebrazo y empuja su rostro contra el mío—. ¿Dónde está el teléfono que te di?

Asegurándome de que cada onza de repugnancia que siento por él sea visible en mi rostro, levanto la vista y señalo el bote de basura junto a la puerta, donde deseché el teléfono el mismo día en que me lo dio. Lo mira, rechina los dientes y me da una bofetada en la mejilla. Un sólido golpe con la palma abierta siempre ha sido su forma favorita de mostrar su disgusto conmigo.

—Te arrepentirás de tu desobediencia, niña —dice con desprecio en mi cara y se va.

Dejo la bolsa y me apresuro al baño para echarme un poco de agua fría en la cara y ver en el espejo si hay daño. Esta vez no tengo el labio roto, pero hay una gran marca roja que cubre la mayor parte de mi mejilla izquierda. Mierda. Le echo un poco más de agua, luego recojo mi bolso al salir de mi habitación y salgo de la casa a toda prisa.

Mikhail me está esperando afuera, apoyado casualmente con la espalda contra el capó, pero en el momento en que ve la marca en mi rostro, se endereza y me mira fijamente a los ojos. Inclino la cabeza y sigo caminando, una ola de vergüenza me envuelve. Sé que no debería avergonzarme, no es mi culpa tener un imbécil por padre, aunque todavía lo estoy.

La mano de Mikhail entra en mi campo de visión mientras coloca un dedo debajo de mi barbilla e inclina mi cabeza hacia arriba. Gira mi cabeza ligeramente hacia un lado, inspeccionando mi mejilla.

—¿Tu padre? —pregunta con los dientes apretados, y asiento—. Sabes, cambié de opinión. —Toma mi bolso y lo tira en el asiento del pasajero a través de la ventana—. Me encantaría hablar con mi suegro.

—No —articulo y niego con la cabeza.

—Voy a hablar con Bruno —agrega con voz tranquila—. Puedes quedarte aquí, o puedes venir conmigo. Hay muchas más posibilidades de

que salga vivo de esa conversación si me acompañas.

Tomo una respiración profunda y lo llevo a la casa.

Mikhail entra en la oficina de mi padre sin tocar, camina tranquilamente hacia su escritorio y se sienta en la silla que he frecuentado a menudo. Cierro la puerta y me apoyo en ella, sin interés en acercarme a mi padre más de lo absolutamente necesario.

—¿Cómo te atreves a venir aquí sin anunciarte? —grita mi padre—. ¡Sal de mi casa!

—Parece que he olvidado deletrear algunas reglas básicas para ti, Bruno.

—¿Reglas? ¿Hablas en serio? —Mi padre se ríe, se pone de pie y golpea la mesa frente a él con la palma de la mano—. ¿Quién diablos te crees que eres?

Sucede tan rápido que apenas logro seguir la acción. Mikhail toma el abrecartas decorativo con una mano y la muñeca de mi padre con la otra y la clava justo en el centro de la palma de mi querido progenitor y en el escritorio de madera.

El grito de dolor que sale de la boca de mi padre es escalofriante y habría llevado a todos dentro de la casa corriendo a su oficina si no estuviera insonorizada. Siempre estaba paranoico de que alguien escuchara sus conversaciones secretas.

—¡Cállate, Bruno! —revira Mikhail y se recuesta en su silla—. Y ni se te ocurra pulsar el botón de alarma que sé que tienes debajo del escritorio. Te quebraré el cuello antes de que llegue alguien para salvarte.

Milagrosamente, mi padre deja de gritar y los únicos sonidos que quedan son sus respiraciones dificultosas. Agarra el mango del abrecartas y trata de sacarlo, pero no se mueve.

—Ahora, aclaremos algunas cosas —indica Mikhail—. Si vuelves a tocar a mi esposa, de cualquier manera, te corto la mano. Te escucho hablar mal de ella, te corto la lengua. Si te atreves a pensar en golpearla de nuevo, te corto la cabeza. ¿Entendido, Bruno? —En lugar de responder, mi padre se limita a mirar, con los ojos muy abiertos como los de un loco—. No creo que me hayas oído, Bruno. ¿Qué tal ahora? —Mikhail toma el mango del abrecartas que todavía está incrustado en la mano de mi padre y comienza a girarlo.

—¡Sí!

—Perfecto. —Mi esposo se levanta y se dirige hacia mí—. Que tengas un buen día, Bruno.

Lanzo una mirada a mi padre, que está observando la espalda de Mikhail, sonrío y sigo a mi esposo fuera de la habitación.

Mikhail

Estaciono el auto, apago el motor y miro a Bianca.

—¿Por qué te golpeó?

Me ha llevado cerca de una hora calmarme lo suficiente como para poder hablar de ello. Si le hubiera preguntado cuando todavía estuviéramos cerca de la casa de su padre, probablemente habría dado la vuelta al auto y regresado para matar al hijo de puta.

Bianca mira al frente, sus ojos están vidriosos como si estuviera debatiendo consigo misma si contestarme o no. Después de un momento, toma su teléfono, escribe algunas palabras y gira la pantalla hacia mí.

Quería que espiara a la Bratva para él. Lo rechacé.

Bueno, no es nada que no estuviera ya esperando.

—¿Por qué declinaste?

Levanta una ceja, escribe de nuevo y me da el teléfono.

No soy suicida.

—Sabía decisión.

Extiendo la mano y paso mi dedo por su mejilla, manteniendo el toque ligero. Su piel es tan suave y tocarla no me molesta. Todo lo contrario. Acaricio su mejilla una vez más, esta vez con el dorso de la mano. El enrojecimiento ha desaparecido casi por completo. Debería haber matado a ese hijo de puta de todos modos.

Bianca

La mirada en el rostro de Mikhail mientras acaricia mi mejilla es extremadamente desconcertante. No puedo describirla. Tal vez en algún lugar entre sorpresa y confusión, pero podría estar equivocada porque

ninguno de las dos tiene sentido. Se da cuenta de que lo estoy mirando y retira su mano. Desearía que no lo hubiera hecho.

—Vamos. Sisi probablemente preparó algo para que comamos.

¿Sisi? Pensé que el nombre del ama de llaves era Lena.

Vamos al ascensor y subimos sin decir una palabra. Me pregunto si el silencio es normal para él, o si simplemente no siente la necesidad de hablar ya que no puedo responder. Me abre la puerta del apartamento, entro y me detengo en seco.

A cinco metros de la puerta, y mirándome directamente, se encuentra una niña pequeña con un bonito vestido rosa, su cabello oscuro recogido en coletas en la parte superior de la cabeza. No puede tener más de tres o tal vez cuatro años, y es la viva imagen de Mikhail.

—Hola —saluda, su rostro es serio, y ladea la cabeza hacia un lado mientras me mira con interés.

—*Lenochka*... —dice Mikhail detrás de mí y entra.

—¡Papi! —La niña chilla de alegría, sus labios se ensanchan en una gran sonrisa mientras corre y salta a los brazos de Mikhail.

Miro con asombro mientras él la levanta y le da un beso en la mejilla y luego en la frente, su mano acariciando la parte posterior de su cabeza todo el tiempo. Mikhail tiene una hija. Todavía estoy procesando ese hecho cuando ella se inclina y lo besa en el parche del ojo, riendo, y Mikhail sonríe.

No puedo dejar de mirar, asombrada por la transformación que estoy presenciando. Parece que una persona completamente diferente tomó su lugar. Y no es solo la sonrisa. La postura de su cuerpo es diferente, relajada. La forma en que la mira con tanta calidez... este hombre no tiene nada en común con el frío y controlador con el que me casé ayer.

Todavía sosteniendo a la niña en su cadera, Mikhail se vuelve hacia mí y nuestras miradas se conectan.

—Esta es mi hija, Lena.

Tantas preguntas pasan por mi cabeza. «¿Por qué no ha dicho nada antes? ¿Está viviendo con él? ¿Dónde está su madre? ¿Ella sabe quién soy? ¿Qué pasa si no le agrado?». En lugar de preguntar nada, sonrío y saludo.

—*Lenochka*, esta es Bianca. ¿Recuerdas de qué hablamos?

—Sí. Bianca va a vivir con nosotros —responde la niña con su vocecita y luego me mira—. Eres tan bonita. ¿Quieres jugar? Tengo juguetes nuevos.

¡Papi!, ¡papi!, ¿puedo mostrarle a Bianca mis juguetes?

Dice todo eso de una, y no puedo evitar reírme de lo linda que es. Quiero acercarme y tocar su pequeña mano, pero no parece apropiado. Y no quiero asustarla ya que nos acabamos de conocer. Espero que yo le agrade. Me encantan los niños.

—Más tarde, *zayka*. ¿Dónde está Sisi?

Una mujer de sesenta y tantos años sale de la habitación de Lena, con una pila de ropa en los brazos.

—Mikhail, no te escuché entrar. Pensé...

Se detiene a la mitad de la oración cuando me ve, y sus ojos se abren como platos.

—Sisi, esta es mi esposa.

Por un momento parece un poco confundida, mirando de mí a Mikhail, y de nuevo a mí, aunque luego se recupera.

—Oh sí, por supuesto. Señora Orlov, encantada de conocerla. —Vuelve a parpadear y luego se gira hacia Mikhail—. El almuerzo está en el horno. Lena ya comió, así que quería llevarla afuera a jugar.

Mikhail asiente, baja a la niña y se agacha frente a ella.

—Sisi te llevará al parque. Ve a buscar tu mochila.

—Está bien. —Lena corre a su habitación, solo para regresar unos segundos después con una pequeña mochila rosa brillante con orejas de conejo. La observo mientras abre un armario para zapatos cerca de la entrada, saca un par de pequeños zapatos deportivos blancos y se sienta en el suelo para ponérselos. Tengo un primo de su edad, y él no sabría ponerse los zapatos por sí mismo, aunque su vida dependiera de ello. Cuando termina, toma la mano de Sisi, se despide con un gesto y se van.

Siento un ligero toque en mi espalda y me giro para encontrar a Mikhail sosteniendo un mechón de mi cabello entre sus dedos.

—Vamos a sentarnos y puedes hacer tus preguntas —indica y deja caer el mechón.

Me lleva a la mesa del comedor, desbloquea su teléfono y lo desliza sobre la superficie de madera hacia mí. Lo miro, luego al teléfono antes de tomarlo en mi mano y comenzar a escribir. Cuando termino, le devuelvo el teléfono.

Baja la mirada a la pantalla.

—La madre de Lena se ha ido —responde—. Lena no fue planeada. Su madre quería un aborto. Dije que la mataría si abortaba a mi hija, así que después de dar a luz, me la dejó, tomó el dinero que le di y se fue. Hace unos meses, descubrí que tuvo una sobredosis de heroína.

Contengo el aliento y miro a Mikhail. Ha criado a Lena desde que era una bebé. Si me hubiera dicho esto antes de verla con él, nunca lo hubiera creído. Parece tan cerrado e inaccesible.

Vuelve a mirar el teléfono y lee la siguiente pregunta.

—Traté de explicarle la situación a Lena, sin embargo, no estoy seguro de cuánto entendió. Sabe que vivirás con nosotros de ahora en adelante. Ella se adapta bien. No espero ningún problema. —Su mirada se encuentra con la mía y me mira en silencio por unos momentos, y me encuentro mirando su ojo. Es el tono de azul más inusual, como el agua clara del océano—. ¿Será esto un problema para ti? ¿Que tenga una hija?

Me inclino hacia atrás y levanto las cejas hacia él. ¿Por qué sería un problema? Supongo que lee la respuesta en mi rostro porque asiente y vuelve a mirar el teléfono.

—¿El itinerario diario de Lena? —pregunta y mira hacia arriba, sorprendido. Asiento con la cabeza—. Se levanta a las siete. Sisi viene para llevarla a la guardería y la trae de regreso a casa alrededor de las tres. Almuerzan y salen a caminar o al parque. Sisi suele salir alrededor de las cinco, pero viene a cuidar a Lena por la noche cuando tengo que trabajar. A veces, cuando las nietas de Sisi se quedan con ella, lleva a Lena a su casa para pasar la noche. Como anoche. —Coloca el teléfono sobre la mesa y asiente hacia él—. ¿Alguna otra pregunta? —Niego con la cabeza—. Vamos a comer entonces.

Mi extraño esposo va a la cocina y comienza a sacar platos de la alacena, y me levanto para ayudarlo.

Mikhail

Observo a Bianca mientras toma los platos y los cubiertos, los lleva a la mesa y regresa por los vasos. Tomó inesperadamente bien el hecho de que tengo una hija, especialmente porque la embosqué con ella en lugar de

decírselo por adelantado. La cosa es, que quería ver su reacción. No todos los días una persona se ve obligada a casarse con un extraño y luego se entera de que su nuevo cónyuge también tiene una hija. No tengo idea de lo que hubiera hecho si Bianca dijera que no le gustaban los niños. Lena es la persona más importante en mi vida, y espero que las dos se lleven bien.

Bianca se gira y alcanza la jarra con agua, tropezando accidentalmente conmigo un poco, y me quedo quieto por un segundo. Es más fácil cuando soy quien inicia el contacto. Me inclino hacia la izquierda, extendiendo mi mano como para tomar el recipiente de ensalada, y dejo que su cadera roce mi costado. Nada.

Se da la vuelta y camina hacia la mesa, cargando el agua, y la sigo con la mirada, notando la forma en que sus pantalones se amoldan a sus piernas y su apretado trasero. Imágenes de ella desnuda en mi cama, inmovilizada por mi cuerpo, de repente inundan mi mente. Ha pasado tanto tiempo desde que he querido sentir el cuerpo desnudo de una mujer junto al mío, y ahora lo deseo. Y para alguien con problemas de contacto con la piel, esa es una realización muy inquietante.

* * *

—Necesito que escribas tus planes para las próximas dos semanas —digo—. Si quieres ir a algún lado, te llevaré. O si no estoy disponible, uno de mis hombres irá contigo. —Bianca levanta la vista de su plato y niega con la cabeza—. No es negociable. No sé quién está detrás del tiroteo de ayer, o qué estaban tratando de lograr. Por favor, no dejes el apartamento sola. ¿Puedo confiar en ti con eso, Bianca?

No le gusta, lo veo en su rostro, sin embargo, asiente y vuelve a su comida. La observo en secreto, sus manos, su largo cabello rubio. Maldita sea, estoy fascinado con ese cabello suyo. Lo trenzó antes del almuerzo y ahora le cae por encima del hombro hacia el frente. Anoche soñé con pasar mis dedos por esas ondas rubias.

La puerta detrás de mí se abre y, al momento siguiente, me llega el sonido de pequeños pies golpeando el apartamento.

—Manos, *Lenochka* —ordeno cuando entra corriendo al comedor.

—No están sucias.

—Debes lavarte las manos, *zayka*. Vamos, despídete de Sisi y vamos al baño.

Bianca

No puedo dejar de mirarlo.

Me sorprende la forma en que Mikhail interactúa con su hija. Nunca ignora sus preguntas, sin importar cuán tontas puedan parecer. Qué cariñoso es con ella. Una de sus coletas se soltó en algún momento de esta tarde y le pidió que la arreglara. No podía apartar los ojos de sus enormes manos mientras le ataba el cabello con cuidado. Hay tanto amor en cada acto.

Entraron en la habitación de Lena hace algún tiempo, después de que ella cenó, y ahora me encuentro atraída hacia la puerta que Mikhail dejó abierta, miro hacia dentro. Está sentado en el borde de la cama, sosteniendo un gran libro con una princesa en la portada, mientras Lena yace debajo de la manta. Le está leyendo un cuento. ¿Cómo puede ser este el mismo hombre que solo esta mañana casualmente clavó una navaja en la mano de mi padre?

—¡Bianca! —Lena grita cuando me ve—. Ven, Bianca. Papi está leyendo un cuento.

Miro a Mikhail, esperando a ver qué dirá. No quiero entrometerme en su tiempo. Me mira por un momento, luego asiente cuando voy a sentarme en el suelo junto a sus piernas y apoyo mi espalda en el borde de la cama. Hay un momento de silencio y luego continúa leyendo. La historia tiene algo que ver con un caballo perdido, pero no presto atención a la trama porque estoy demasiado concentrada en el tono de su voz. Profundo. Un poco áspero. Cierro los ojos y solo escucho.

Siento un ligero toque en mi mejilla, allí un momento y ausente al siguiente. Mantengo los ojos cerrados, fingiendo que no me di cuenta. Pasan unos momentos, luego siento un suave tirón en mi cabello cuando él quita la liga que ata mi trenza, y los mechones se sueltan. Nada más sucede al principio, y me pregunto si eso es todo lo que planeó hacer. Entonces sus dedos comienzan a peinar mi pelo. Todavía está leyendo, pero sigue jugando con mi cabello, e inclino mi cabeza hacia atrás en su toque. Y su

voz... se siente como una caricia en sí misma. Tiene acento, me doy cuenta. Es sutil, pero está ahí. Me encanta.

Un dedo roza el punto sensible en la parte posterior de mi cuello, y un ligero escalofrío recorre mi cuerpo. La mano en mi melena se detiene, luego desaparece. No, no, no... Inclino la cabeza aún más hacia atrás, con la esperanza de que reciba el memorándum. Lo hace. Hay algunas caricias lentas a lo largo de mi cabello, y luego un roce de un dedo en mi sien. No estoy segura de cuánto tiempo pasa, pero cuando Mikhail termina la historia y retira su mano de mi pelo, mi cuello está rígido por mantener mi cabeza en un ángulo tan poco natural durante tanto tiempo. Deben haber sido por lo menos veinte minutos.

—Tengo algo de trabajo que terminar —informa—. Estaré en mi oficina si necesitas algo.

Se levanta de la cama, camina a mi alrededor para ajustar la manta sobre los hombros de Lena y sale de la habitación. No es una persona habladora, eso es seguro.

Miro alrededor de la habitación, contemplando las paredes de color rosa pálido cubiertas con imágenes de animales y personajes de dibujos animados y las cortinas de seda bordadas con flores. En la esquina hay una gran casa de muñecas y dos canastas enormes llenas de juguetes. Me pongo de pie y voy a la cómoda frente a la cama y miro los marcos de fotos que recubren su superficie. No hay suficiente luz para ver los detalles, pero hay al menos diez, y Lena está en cada una. En el costado, hay una caja grande con ligas para el cabello en un arcoíris de colores. Me resulta difícil imaginar a Mikhail curioseando en una tienda y comprando cortinas rosas o los cojines con volantes que cubren la pared a un lado de la cama, pero de alguna manera, sé que es él quien los compró. Qué enigma es este esposo mío.

Capítulo 4

Mikhail

Estoy abotonando el suéter de Lena cuando escucho pasos ligeros acercarse y levanto la cabeza para encontrar a Bianca de pie en la puerta. Mira a su alrededor, camina hacia la cómoda para tomar la caja con las ligas para el cabello de Lena y se vuelve hacia mí con una pregunta en los ojos. Miro la caja que sostiene, luego de vuelta a su rostro. Bianca suspira, señala la caja, a sí misma y luego a Lena. Quiere arreglar el cabello de mi hija, y la realización hace que algo en mi pecho se apriete.

—*Lenochka*, ¿quieres que Bianca te peine hoy?

La cabeza de Lena se levanta y sonrío.

—¡Sí! Quiero muchas trenzas, como Noemi de la guardería. ¡Bianca, Bianca! ¿sabes cómo hacer muchas trenzas? Papi solo sabe hacer las coletas.

Bianca está tratando de no reírse del parloteo de mi hija y falla terriblemente. Se sienta en la cama a mi lado y le indica a Lena que se suba a su regazo. La observo mientras toma un pequeño mechón y comienza a tejerlo en una fina trenza, luego pasa al siguiente mechón. Repite el proceso hasta que hay por lo menos quince trenzas. Lleva bastante tiempo porque Lena se mueve nerviosamente durante todo el proceso, dándose la vuelta y eligiendo diferentes ligas. Ni una sola vez Bianca le grita. Solo sonrío y niega con la cabeza.

Tan pronto como su cabello queda listo, Lena salta del regazo de Bianca y sale corriendo de la habitación, dejándonos a los dos sentados en la cama uno al lado del otro. Escucho a Sisi desde algún lugar de la sala de estar, halagando el cabello de Lena mientras mi hija continúa parloteando, pero no me muevo de mi lugar en la cama. La mano de Bianca está justo al lado de la mía, y no puedo resistir la loca compulsión de tocarla de nuevo.

Extiendo la mano y la pongo sobre la de ella.

—Gracias por peinar a Lena. —Cuando giro la cabeza para mirarla, ella me está observando.

Nuestros rostros están a solo unas pulgadas de distancia, y me pregunto cómo una criatura tan dolorosamente hermosa puede soportar mirarme y no estremecerse.

—Tengo que ir a revisar algo en uno de los almacenes, pero volveré en un par de horas —aviso—. Si quieres, puedes invitar a tu hermana a que venga, pero avísales a los chicos de seguridad de abajo. Solo envíales un mensaje. Dejaré los códigos de alarma y la tarjeta llave de repuesto para el ascensor y la puerta en el mostrador.

Bianca asiente y su mano comienza a moverse debajo de la mía, sin embargo, en lugar de apartarse como esperaba, gira su palma hacia arriba y entrelaza sus dedos con los míos.

—¡Papi!

Miro hacia abajo a nuestras manos unidas y luego de nuevo a la cara de Bianca.

—¡Papi! ¡Papi!

Sí, Lena siempre llega en el *mejor* momento.

—Tengo que irme. —Me pongo de pie y dejo que la mano de Bianca se deslice de la mía—. Si necesitas algo, envíame un mensaje.

Mira hacia arriba, esos ojos color *whiskey* me miran con interés. Podría pasar horas mirándolos.

—Está bien —dice moviendo los labios y se levanta de la cama. Cuando pasa junto a mí, se acerca y roza el dorso de mi mano con la suya.

Bianca

—Wow. Esto es... Wow. —Milene se da la vuelta en medio de la sala y camina hacia los altos ventanales que dan a la ciudad—. La vista es para morirse.

Me paro junto a ella, mirando las azoteas y las aceras visibles debajo.

—Entonces... ustedes dos, ¿ya sabes?

—¿Qué?

—¿Tuviste sexo?

—No.

—Renata me dijo que su esposo la obligó a dormir con él esa misma noche —comenta—. El suyo también fue un matrimonio arreglado, pero a su esposo no le importó el hecho de que básicamente eran extraños. La lastimó mucho, Bianca. Tenía tanto miedo de que te pasara lo mismo.

—*Me dio la habitación de invitados. Y no ha intentado nada hasta ahora.*

—¿Quieres que lo haga?

—Sí.

Milene me mira fijamente, con los ojos muy abiertos.

—¿Hablas en serio?

—*¿Por qué? Es mi esposo. Me siento atraída por él.*

—¿Atraída por él? Bianca, ¿estás ciega? Es...

—*¿Es qué?*

—Es... tiene un solo ojo, por el amor de Dios, ¿y dices que te gusta?

—*Sí, me gusta. ¿Tienes algún problema con eso?*

—No, yo solo... wow ¿Preguntaste qué le pasó? A su cara, quiero decir.

—*No. Me lo dirá cuando lo crea conveniente. No preguntaré.*

—¿Y no te molestan? ¿Las cicatrices? ¿El parche?

—*No. Encuentro a Mikhail bastante sexy.*

—Estás loca.

—*Espera hasta que lo veas con la Henley ajustada que se puso esta mañana. Caliente. Apuesto a que está aún más atractivo sin ella.*

—Dios mío, realmente te gusta. ¿Cómo es eso posible? Quiero decir... mírate. Podrías haber tenido a cualquier hombre que quisieras. Tú... dejaste a Marcus, por Dios.

—*Marcus es un idiota malcriado.*

—Está bien, pero... —Se detiene a mitad de la frase y mira algo por encima de mi hombro—. Es eso ... esa es la habitación de una niña. ¿Por qué hay una...?

Tomo su antebrazo para atraer su atención hacia mí.

—*Mikhail tiene una hija.*

—¿Qué? ¿Lo sabías?

—No.

—Está bien, le voy a decir a papá. Debe haber algo que pueda hacer para anular el matrimonio.

—*No te atrevas.*

—¿Hablas jodidamente en serio? ¡Tienes veintiún años y él espera que críes a su hija!

—*Baja la voz. Nunca dijo eso, y créeme, no me necesita para criar a su hija. Él mismo lo está haciendo asombrosamente bien. Y me agrada Lena. Es una gran niña.*

—Bianca...

—*¿Cómo está mi querido padre? Mikhail lo apuñaló bastante fuerte, espero que su mano no esté demasiado dañada.*

Milene me mira con horror en sus ojos.

—¿Tu esposo hizo eso?

—*Papá me volvió a pegar ayer cuando fui a buscar mis cosas. Mikhail no estaba contento con eso.* —Sonríó cuando recuerdo la mirada en el rostro de mi padre mientras observaba el abrecartas clavado en su palma—. *Fue muy emocionante de ver.*

—Está bien, eso es todo. Voy a llamar al psiquiatra de mamá. Necesitas ayuda profesional.

—*No, no creo que lo necesite.*

* * *

Milene se fue a casa hace horas y Mikhail todavía no ha vuelto. Me envió un mensaje alrededor de las dos de la tarde, diciendo que Sisi se llevaría a Lena a pasar la noche. Probablemente no quiere dejar a su hija con una extraña, aunque no me hubiera importado cuidarla.

Es casi medianoche. ¿Debería preocuparme o esto es lo habitual? No tengo idea de cuál es exactamente su trabajo en la *Bratva*.

Tomo mi teléfono y abro la lista de contactos. ¿Debería enviarle un mensaje para preguntarle si todo está bien? ¿Sonará estúpido? Sí, probablemente. No quiero que piense que lo estoy controlando. Tal vez podría preguntar algo benigno. Si responde, significa que está bien.

23:14 Bianca: En cuanto a mis planes. Necesito hacer algunas compras mañana. Además, acepté una oferta para dar una lección de *ballet* como invitada en la escuela de *ballet* local el jueves de la próxima semana. Empieza a las nueve de la mañana y debería haber terminado para el mediodía.

23:22 Mikhail: Probablemente no regrese antes de mañana por la tarde. Enviaré a Denis a recogerte a las diez de la mañana y te llevará de compras.

Leo el mensaje y siento una punzada inesperada de decepción. Aparentemente, secretamente esperaba verlo esta noche. Empiezo a colocar el teléfono en la mesa junto a la cama, pero luego cambio de opinión y escribo otro mensaje.

23:26 Bianca: ¿Puedo usar el gimnasio a veces?

23:28 Mikhail: Por supuesto. Por lo general, termino mi entrenamiento a las nueve de la mañana, así que es tuyo después de eso. Solo una solicitud: no me gusta tener una audiencia cuando estoy haciendo ejercicio, así que espera hasta que termine.

Qué extraña petición. Estoy bastante segura de que disfrutaría ver a Mikhail hacer ejercicio, pero respetaré sus límites.

23:29 Bianca: Trato hecho.

Dejo el teléfono, apago la luz y me deslizo debajo de la manta cuando escucho el *ping* de un mensaje entrante.

23:31 Mikhail: ¿Te puedo llevar a cenar el viernes?

Una sonrisa idiota se extiende por mi rostro mientras miro la pantalla. Me siento como una adolescente a la que acaban de invitar a una cita por primera vez.

23:32 Bianca: Sí, puedes.

Mikhail

Guardo mi teléfono, reviso el vendaje en mi brazo y me giro hacia el hombre atado con los brazos y las piernas abiertas a la pared.

—Ahora, ¿dónde estábamos? —pregunto mientras tomo un cuchillo de la mesa de metal. Compruebo su filo sosteniéndolo a la luz de la bombilla desnuda, luego me paro frente al hombre atado. Ya está en malas condiciones. Decir que no estaba feliz cuando Yuri y yo lo emboscamos cuando salía de la casa de su novia, sería quedarse corto—. Oh sí. Ibas a

decirme quién te pagó para enviar a uno de tus pandilleros a mi boda, y quién dejó entrar al imbécil. Ese fue un movimiento realmente estúpido. — El líder de la pandilla albanesa escupe en el suelo—. Uno de los tercios. Excelente. —Vuelvo a la mesa, dejo el cuchillo y cojo unas tijeras de jardinería—. Entonces, comencemos con las orejas y veamos adónde nos lleva.

* * *

La puerta detrás de mí se abre con un chirrido, pero me quedo sentado en mi silla, observando pequeños riachuelos de sangre que corren por los brazos del albanés y luego gotean uno por uno en un gran charco en el suelo. Hay una oreja cortada junto a su pie derecho y varios dientes esparcidos.

—¿Alguna información? —Yuri pregunta y coloca un vaso de café para llevar en la mesa.

—Alguien lo contrató en línea —contesto—. Nunca conoció al hombre que ordenó el trabajo. Todo se resolvió por teléfono. El cliente transfirió veinticinco mil antes del trabajo, y veinticinco más inmediatamente después de que se hizo.

—¿Quién era el objetivo?

—No lo sabe. El tirador debía reunirse con el cliente antes de la boda para recibir los detalles. El cliente es quien arregló que entrara al hotel.

—Entonces, no tenemos nada hasta ahora. —Yuri camina para pararse frente al líder de la pandilla y ladea la cabeza, inspeccionando mi trabajo—. ¿Está muerto?

—Desmayado. —Agarro el café, tomo un sorbo y hago una mueca—. Te dije que sin azúcar.

—Lo siento —murmura y golpea al albanés en el pecho con el dedo. El hombre se mueve, deja escapar un sonido estrangulado y luego se desmaya de nuevo—. Siempre he admirado cómo te las arreglas para mantenerlos con vida durante tanto tiempo.

—La práctica hace al maestro, Yuri.

—Sí. Recuérdate que nunca me ponga en tu lado malo. —Me lanza una mirada por encima del hombro—. Eres un hijo de puta aterrador.

—Obviamente. —Me recuesto en la silla y tomo otro sorbo de café. Es horrible—. ¿Ha vuelto Anton?

—Sí. Atrapamos a otro tipo de la misma pandilla. Anton lo tiene en su camioneta. Podría saber algo. ¿Cuánto tiempo necesitas para terminar con este?

Dejo el café y tomo el arma de la mesa.

—Muévete.

Yuri da un paso al costado. Apunto y le disparo al albanés en el centro de su cabeza.

—Listo. Acabé. Puedes traer el siguiente.

Capítulo 5

Bianca

Denis me abre la puerta del auto y se apresura a buscar mis bolsas en el asiento trasero. Intento quitárselas, pero se apresura a apartarlas de mi alcance.

—No. El jefe me mataría. —Sacude la cabeza y comienza a caminar hacia la entrada del edificio.

Miro al cielo y lo sigo adentro. Son solo algunos productos cosméticos y algunas prendas de vestir, sin embargo, no me dejó tocar las bolsas en toda la mañana, insistiendo en cargarlas por mí. Denis es un buen tipo, alrededor de los veinticinco años, y por lo que dijo, ha estado trabajando para Mikhail desde que tenía dieciocho. Y habla sin parar. Ya me ha dado la versión corta de la historia de su infancia, que no fue muy agradable, y luego un informe de todas las chicas con las que ha salido durante los últimos seis meses. Había al menos veinte de ellas. Después de eso, me dio una lección rápida sobre cómo cambiar un neumático pinchado. Claramente no tiene ningún problema en que yo no pueda contribuir a la conversación, porque no ha dejado de parlotear durante dos horas.

Cuando llegamos al último piso, Denis me da las bolsas, por fin, y se va. Utilizo la tarjeta para entrar en el apartamento y me detengo en seco en el umbral.

—Pensé que los viajes de compras duraban al menos varias horas —indica Mikhail mientras está parado frente al fregadero de la cocina, presionando un trapo ensangrentado en su antebrazo.

Dejo que las bolsas caigan al suelo, corro hacia él y miro todo lo que ha alineado sobre el mostrador: aerosol antiséptico, crema antibiótica, vendas y una aguja con hilo. ¿Está planeando coserse él mismo?

—Ve a tu cuarto. Te llamaré cuando termine. —Lo ignoro, abro el agua y empiezo a lavarme las manos con jabón—. Bianca, vete.

Hay algo muy peligroso en el tono de su voz, como si estuviera enojado conmigo por alguna razón, pero debajo hay algo más. No puedo definirlo

bien.

Muy lentamente, me giro hacia él y, sin romper el contacto visual, coloco mi mano sobre la suya, que todavía sostiene el trapo ensangrentado en su brazo. Me mira, sus labios están apretados en una línea dura, y su ojo azul me observa con tal intensidad que tengo la impresión de que puede ver directamente mi alma.

Finalmente, su agarre se afloja y quita el trapo. Solo entonces me doy cuenta de que lleva una camiseta, algo que nunca le había visto usar. Miro su antebrazo y necesito todo mi autocontrol para no mostrar ninguna reacción ante lo que veo. La herida en sí no es tan grave, mide unas pulgadas de largo y no es tan profunda. Parece una lesión de cuchillo. Lo que es realmente malo es... todo lo demás.

El interior de su antebrazo está muy quemado, una larga franja de piel moteada corre en diagonal desde su muñeca hasta el interior de su codo. Parece una cicatriz muy antigua, igual que las demás. Líneas largas y delgadas cruzan su brazo en diferentes direcciones, probablemente heridas infligidas por la punta de un cuchillo. Me permito solo un segundo para recuperarme, luego tomo un paquete de gasa esterilizada y el antiséptico y empiezo a limpiar la herida.

—Veo que has hecho esto antes —señala.

Sin apartar los ojos del corte, levanto cuatro dedos, arrojo la compresa ensangrentada al fregadero y tomo una nueva. Angelo era un idiota cuando estaba más joven, siempre se metía en peleas, así que tenía mucha experiencia lidiando con las consecuencias de su comportamiento estúpido.

Después de repetir el proceso de limpieza varias veces, tomo la aguja y empiezo a buscar el *spray* anestésico entre todo lo que hay en el mostrador, aunque no lo encuentro. Miro hacia arriba y encuentro a Mikhail observándome. Maldita sea, ¿cómo puedo explicar esto? Imito el movimiento de rociado y apunto hacia su herida.

—Puedes coserlo sin él. No necesitará más de dos puntos. —No puede hablar en serio—. Hazlo. —Asiente—. Tengo una alta tolerancia al dolor.

Bajo la mirada hacia su brazo, observando la multitud de cicatrices. Sí, probablemente la tenga. Respiro hondo, aprieto la piel a cada lado del corte y empiezo con el primer punto. Mikhail ni siquiera se tensa cuando la aguja atraviesa su piel. Es perturbador. Después de terminar de curarlo, coloco una compresa limpia sobre el corte y le vendo el antebrazo.

Hay un ligero toque en mi cara, justo encima de mi pómulo. Dura solo un momento y luego quita el dedo.

—Gracias, *solnyshko*. —Agradece y sale de la cocina.

* * *

Saco la cazuela de carne del horno, la pongo sobre la encimera y miro hacia el dormitorio de Mikhail. Entró después de que lo curé y no ha vuelto a salir desde entonces. Probablemente esté durmiendo. ¿Dónde había estado toda la noche? ¿Cómo obtuvo la herida de cuchillo? ¿Y qué le pasó a su brazo antes para dejar esas cicatrices? Cuando se trata de mi esposo, tengo una larga lista de preguntas y cero respuestas. ¿Será siempre así?

La puerta principal se abre y Lena entra corriendo, riéndose, seguida por Sisi. Despertará a Mikhail. Cojo mi teléfono del mostrador, corro hacia Lena, quien está sentada en el suelo quitándose los zapatos, y me agacho frente a ella. Rozo su mano con la mía y mira hacia arriba, sonriendo.

—¿Bianca, Bianca!, tengo un dibujo nuevo. ¿Quieres verlo?

Pongo un dedo sobre mis labios y señalo el dormitorio de Mikhail. Cuando me mira una y otra vez, junto las palmas de las manos en la mejilla para mostrar una pose de sueño.

—¿Tienes sueño, Bianca?

Suspiro. Comunicarse con una niña pequeña va a ser difícil si no puedo hablar y es muy chiquilla para leer. Cojo mi teléfono del suelo, escribo un mensaje y se lo doy a Sisi, quien está parada a mi lado y observa mi interacción con Lena. Levanta la vista de la pantalla y asiente, sorpresa visible en su rostro.

—Papá está durmiendo, Lena. Tenemos que estar calladas.

—Está bien —susurra la niña.

—Bianca preparó el almuerzo. Dice que, si te quedas callada y almuerzas, te enseñará *ballet*.

—¡Sí! Sí, Bianca, estaré callada ¿De verdad sabes *ballet*?

Sonrío y asiento, luego pongo mi dedo en mis labios otra vez.

—Ven, Lena. —Sisi toma su mano—. Vamos a cambiarte para que no te manches de comida tu bonito vestido.

Mientras Sisi ayuda a Lena a cambiarse, pongo la mesa para las tres y arreglo el desorden que hice en la cocina mientras preparaba el almuerzo. Sisi trae a Lena unos minutos más tarde y las tres nos sentamos a comer. Durante la comida, tenemos que recordarle a Lena al menos cinco veces más que sea silenciosa. Mientras observo a Sisi con Lena, parece que se llevan excepcionalmente bien. Me viene a la mente una pregunta, así que tomo mi teléfono, escribo y luego le muestro la pantalla a Sisi.

—He estado trabajando para Mikhail desde que Lena era una bebé — responde—. Me contrató cuando Lena vino a vivir con él. Tenía dos semanas.

Mis ojos se abren. ¿Cómo se las arreglaba Mikhail con una bebé tan pequeña, solo? Sisi no podía estar allí veinticuatro siete. Tomo el teléfono y escribo otra pregunta, luego se lo paso a Sisi.

—Sí, fue duro. Pero Lena era una bebé realmente buena, apenas lloraba y yo venía todos los días, pero aun así... —suspira—. No sé cómo lo logró. Durante los primeros meses, apenas dormía, sin embargo, después de que Lena comenzó a dormir toda la noche, se hizo más fácil. Le ofrecí comenzar a llevarla a la guardería durante el día y pasar la noche conmigo, pero se negó. Me tomó una semana convencerlo de que finalmente la dejara ir cuando tenía dos años. Él la quiere mucho.

Sí. Cualquiera puede ver cuánto adora Mikhail a su hija. Especialmente alguien como yo, quien fue criada por padres como los míos.

—¡Bianca, Bianca!, ¿puedes mostrarme *ballet* ahora? —pregunta Lena, moviendo las piernas hacia adelante y hacia atrás.

La ayudo a bajarse de su silla, y tomando su mano en la mía, la guio hacia mi habitación.

—¿Estás segura de que no quieres que me quede? —inquire Sisi, pero solo niego con la cabeza y levanto el pulgar. Encontraré la manera de entretener a Lena hasta que Mikhail se despierte.

Mikhail

Tomo mi teléfono de la mesita de noche y miro la hora. Casi las seis de la tarde. Mierda. Parece que me estoy poniendo demasiado viejo para pasar

dos noches seguidas sin dormir. Probablemente Sisi ya se haya ido a casa, lo que significa que Bianca está cuidando a Lena. Mi hija es una buena niña, aunque inquieta.

Después de una ducha rápida, salgo de mi habitación, esperando encontrar a las chicas viendo la televisión o algo así, pero no hay nadie en la sala de estar ni en ningún lugar alrededor. La puerta de la habitación de Lena está cerrada y del interior se escucha un débil sonido de una canción infantil. Abro la puerta un poco para ver qué está pasando, y mi mano se queda quieta en la manija. De espaldas a la puerta, Bianca está de pie en medio de la habitación, con los brazos levantados sobre la cabeza. Tiene una de esas faldas blancas esponjosas sobre sus *jeans* y está usando sus zapatillas de *ballet*. Junto a ella, Lena está en una posición similar, de puntillas y con una de las faldas de escenario más cortas de Bianca. Le llega a mi hija casi a los pies.

Bianca baja una de sus manos, toca a Lena en la espalda para enderezar su columna y comienza a girar lentamente hasta que me ve de pie en la puerta. Me sonrío, y se siente como un rayo de luz sobre piel helada.

—¡Papi, papi!, soy una bailarina. ¿Ves?

Miro a Lena, que da vueltas sobre la punta de los dedos de los pies.

—Ya veo, *zayka*.

—Quiero zapatillas de bailarina como las de Bianca. ¿Por favor? Bianca, dile a papi que necesito los zapatos. Tengo la falda, pero necesito los zapatos.

Me inclino para tomar a Lena en mis brazos, la coloco en mi cadera y le doy un beso en la cabeza.

—Compraremos los zapatos, *Lenochka* —digo y miro a Bianca, que está sentada en la cama quitándose las zapatillas de *ballet*—. Lo lamento. Me quedé dormido.

Ladea la cabeza hacia un lado, mirándome, luego se pone de pie y camina hacia mí. Dejando sus zapatillas de *ballet* en la cómoda de Lena, toma el dobladillo de mi manga izquierda y comienza a levantarla con cuidado. Cuando me sube la manga hasta el codo, inspecciona el vendaje alrededor de mi antebrazo. No hay sangre, pero está húmeda por mi ducha. Bianca suelta mi brazo, me mira con los ojos entrecerrados y se dirige a la cocina.

—Papi, ¿podemos ver a Elsa en la televisión grande? ¿Podemos, papi?

—Claro, *zayka*.

Llevo a Lena a la sala de estar, pongo la película y me siento en el sofá junto a ella. Debe ser la centésima vez que la veo, pero a Lena le encanta. Hay un sonido de pies descalzos en el piso, y Bianca se acerca y se sienta en la mesa de café frente a mí, sosteniendo la caja con compresas y vendajes que guardo debajo del fregadero. Coloca la caja en la mesa junto a ella y mira fijamente mi antebrazo hasta que extendiendo mi brazo izquierdo. Me quita el vendaje húmedo y las curaciones, luego limpia suavemente el corte y lo envuelve con un vendaje nuevo. Esperaba que se fuera en cuanto terminara. En cambio, se mueve para sentarse en el sofá a mi lado, doblando las piernas debajo de ella y se concentra en la película.

Capítulo 6

Bianca

Leo la receta en mi teléfono, revisando los ingredientes alineados en el mostrador. Hay harina y azúcar en la alacena, pero me faltan pasas y almendras. También necesito más chocolate.

Ayer, Lena dijo que una de sus amigas trajo galletas a la clase de la guardería y habló sobre ellas durante veinte minutos, describiendo las diferentes formas y sabores. Le preguntó a Mikhail si le haría galletas, para que ella también pueda llevárselas a la clase. La mirada en su rostro no tenía precio. Me imaginé a mi enorme esposo haciendo galletas, y apenas logré mantener mi cara seria mientras le explicaba a Lena cómo no es bueno para hornear. Yo misma no soy muy buena cocinera. Puedo hacer algunos platillos decentes y algunos postres, pero no es nada épico. La mayor parte de mi tiempo al crecer estaba reservado para el *ballet*, sin embargo, cuando tenía una o dos horas libres, me encantaba ir a la cocina y ayudar a nuestra cocinera a preparar la comida. Nunca intenté hacer galletas, aunque no puede ser tan difícil. Agarro mi teléfono y le envío un mensaje a Mikhail.

14:17 Bianca: Necesito ir a la tienda. Vuelvo en veinte.

Un minuto después se abre la puerta de la oficina de Mikhail. Sale, se acerca a la cocina y mira todo lo que he dejado sobre la encimera. Su mirada baila sobre la sartén grande que he forrado con papel pergamino, un tazón con chocolate rallado y una pequeña olla con un gran trozo de mantequilla que he dejado para derretir.

—Estás haciendo galletas para Lena —dice y me mira. No puedo medir la expresión de su rostro, pero parece confundido.

Me encojo de hombros, escribo en mi teléfono y le muestro la pantalla.

No te hagas ilusiones. Es mi primera vez, así que no sé qué tan comestibles resultarán.

Coloca su dedo en mi barbilla e inclina mi cabeza hacia arriba, su ojo azul mirándome. Me encuentro enfocándome en sus labios. Firmes,

presionándolos juntos. ¿Se quedarían así si lo besara?

—Vamos a la tienda —ordena y suelta mi barbilla.

Mis ojos lo siguen mientras toma sus llaves y su billetera. Me recuerda a una pantera, grande, negra y aparentemente relajada, sin embargo, tengo la sensación de que debajo de toda esa compostura y calma, hay una bestia.

* * *

La tienda cerca del apartamento es pequeña, pero me las arreglo para encontrar todo lo que necesito, así como un pequeño juego de moldes para galletas en varias formas y algunas decoraciones comestibles coloridas. Mikhail me ha estado siguiendo en silencio, siempre manteniéndose un paso atrás. Cuando me detengo en el pasillo de las frutas y empiezo a poner algunas manzanas y plátanos en la canasta, se acerca para tomarla de mi mano y nuestros dedos se tocan. Lentamente suelto el mango, mas me aseguro de rozar el dorso de sus dedos antes de seguir examinando la fruta.

Mikhail paga mi compra y lleva las bolsas al apartamento. Después de que las coloca en el mostrador de la cocina, espero que vuelva a su trabajo. En cambio, se apoya con la espalda contra los gabinetes, cruza los brazos delante de él y me observa mientras me lavo las manos. Puedo sentir su mirada en mí todo el tiempo que preparo la masa. Cada vez que lo atrapo por el rabillo del ojo, tengo que volver a leer la receta. Me resulta difícil concentrarme, sabiendo que está allí, mirándome, aunque no es porque esté nerviosa. Es porque me gusta.

Después de que logro terminar la masa sin estropearla, la divido en dos, coloco la mitad en la encimera frente a mí, la otra un poco hacia la derecha y me giro hacia Mikhail. Señalo con un dedo la segunda mitad de la masa, luego a él, y levanto una ceja. Ladea la cabeza hacia un lado, contemplándome, y creo que la comisura de sus labios se curva ligeramente hacia arriba. Sin romper el contacto visual, se aleja del mostrador y se coloca a mi derecha. Una sensación de calma me invade cuando está cerca, lo cual encuentro bastante inusual. No me siento cómoda con personas que no conozco bien. Me resulta difícil comunicarme con ellos y, por lo general, terminamos en un silencio incómodo. A Mikhail no parece importarle el hecho de que no pueda hablar, probablemente porque él mismo no es

hablador, y el silencio entre nosotros no se siente desagradable en absoluto. Todo lo contrario.

Rompo el contacto visual y empiezo a trabajar la masa frente a mí, preguntándome qué hará. Mikhail me mira durante un minuto más o menos, luego coloca sus manos sobre su trozo de masa y copia mis movimientos. Tiene unas manos preciosas. Grandes, fuertes, con dedos largos, y no puedo evitar preguntarme cómo se sentiría tener esas manos sobre mí.

Las carcajadas acompañan la apertura de la puerta principal.

—Papi, papi, ¿qué estás haciendo? —Lena corre hacia nosotros mientras Sisi cierra la puerta detrás de ellas—. ¿Puedo? ¿Puedo?

—Las manos primero, Lena —indica Mikhail y señala con la cabeza el baño—. Después puedes hacer galletas con nosotros.

Lena se ríe y corre al baño. Sisi está de pie en el umbral, con los ojos muy abiertos mientras observa a Mikhail trabajar la masa. Ciertamente hace una vista interesante, tan grande y rudo, con su parche en el ojo y su camisa negra estirada sobre sus anchos hombros. Sobre todo, con una mota de harina en un lado de la barbilla. Levanto mi mano, con la intención de limpiarlo, pero en el momento en que mis dedos tocan su piel, su cuerpo se queda completamente inmóvil. Se enfoca intensamente en sus manos enterradas en la masa frente a él. Le sacudo un poco de harina de la barbilla con el pulgar y rápidamente retiro la mano. ¿Crucé algún límite?

—¡Papi, papi! —Lena corre hacia la cocina—. ¡Estoy lista! ¿Puedo hacer algunas por favor?

—Está bien, *zayka*.

Mikhail deja la masa, se dirige a la mesa del comedor y regresa con una silla. Colocándola al lado del mostrador, ayuda a Lena a subirse y desliza su masa frente a ella.

—Haré un pastel. Con chocolate. —Sonríe y me mira—. ¿Te gusta el chocolate? A papi no le gusta el chocolate, pero se comerá el pastel si lo preparo. Me encanta el chocolate, pero papi dice que es malo para mis dientes.

Asiento con la cabeza, sonriendo. Se sacude las manos por la parte delantera del vestido y alcanza el recipiente.

—Oh, tengo harina en mi vestido. —Mira a Mikhail—. ¿Se lavará?

—Se lavará, *Lenochka*. No te preocupes.

—Tienes harina en la cara, papi. —Lena se ríe y procede a jugar con la masa.

Mikhail vuelve su mirada hacia mí, mira mi mano sobre la superficie de trabajo, luego inclina la cabeza hacia un lado, ofreciéndome la barbilla. Lentamente, extendiendo la mano y quito los restos de harina con el dorso de la mano, tomándome un poco más de tiempo del necesario.

Capítulo 7

Mikhail

Los dos chicos sentados en el café han estado mirando lujuriosamente a Bianca durante casi un minuto. Aprieto mi mano en un puño y respiro profundamente. Si sobrevivimos a este viaje de compras sin que mate a alguien, me sorprenderé gratamente.

Lena me ha estado fastidiando con las zapatillas de *ballet* durante días, y finalmente cedí y la llevé al centro comercial. Le pedí a Bianca que viniera con nosotros porque no tengo ni idea de dónde comprarlas y porque quiero pasar más tiempo con ella.

Mala decisión.

Bianca es una mujer excepcionalmente hermosa, por lo que esto es algo esperado. Que un hombre la mire de vez en cuando, podría soportarlo. Tal vez. Lo que no esperaba era que todos los hombres del centro comercial la miraran, o lo furioso que me pondría cada una de esas miradas.

Giro la cabeza hacia la derecha y observo a mi esposa, quien actualmente está agachada frente a la ventana de una tienda, señalando vestidos de verano a Lena. Bianca viste *jeans* ajustados y una camisa blanca sin mangas atada alrededor de su cuello. Los tacones blancos que tiene puestos definitivamente hacen que sus piernas se vean increíbles, pero, aun así, no es nada provocativo. Trato de imaginar cómo actuarían los hombres aquí si hubiera usado una minifalda, y casi enloquezco. No voy a pensar en eso.

Su cabello está suelto y, con ella agachada así, las puntas de sus mechones rubios pálidos casi llegan al suelo. Lena dice algo y señala el vestido de la derecha. Bianca inclina la cabeza y todo su cabello se desliza de su espalda hacia un lado y algunos mechones terminan tocando las baldosas del piso. Me inclino y recojo su cabello con mi mano izquierda, levantándolo del suelo. Bianca me mira y luego mi mano sosteniendo las hebras sedosas. Sonríe un poco y vuelve a señalarle los vestidos a Lena.

—¡El rojo! Papi, ¿podemos comprar el rojo?

Miro a mi hija y suspiro.

—Tienes más de veinte vestidos, *Lenochka*.

—¡Por favor! Solo este, ¿por favor, papi? A Bianca le gusta. Bianca, ¿te gusta?

Bianca se ríe de esa manera silenciosa suya y asiente, mirándome por encima del hombro. Mujeres. Nunca tienen suficiente ropa.

—Está bien, pero solo este.

Las sigo detrás de ellas cuando entramos en la tienda y navegamos entre los estantes. En el camino, Bianca saca lo que parecen ser todos los vestidos disponibles en la talla de Lena. Deja caer el montón de al menos diez prendas en un taburete, coloca a Lena frente a un espejo al lado y sostiene el primer vestido frente a ella. Es el rojo que le gustaba a Lena, y mi hija chilla de alegría. Bianca me mira y asiento. Toma el siguiente vestido, uno verde oscuro con detalles negros, y coloca la percha debajo de la barbilla de Lena. Hacen contacto visual en el espejo y Bianca la mira con una cara cómicamente disgustada. Lena se ríe y copia la expresión de Bianca.

Continúan el proceso con cada vestido, pasándosela muy bien, y disfruto viéndolas. Después de que terminan, Bianca se gira hacia mí y sostiene no uno, sino cuatro vestidos, mirándome con ojos tristes de cachorrito. Por supuesto, terminamos comprando los cuatro.

Cuando salimos de la tienda, Lena corre hacia la gran pecera en el escaparate de una tienda de enfrente. Bianca y yo retrocedemos unos pasos. De repente, me doy cuenta de que un hombre se dirige hacia nosotros (veinte años, traje de negocios, parece tener prisa), pero en el momento en que ve a Bianca, su paso se hace más lento. Sus cejas se levantan ligeramente mientras la observa.

Las vías neuronales en mi cerebro deben haberse roto y reorganizado, porque en ese instante, decido que he tenido suficiente. Mis problemas con el contacto con la piel pueden irse a la mierda. Agarro la mano de Bianca, la acerco a mi costado y la rodeo con el brazo. No lo suficientemente cerca. No está lo suficientemente cerca. Aprieto mi brazo alrededor de ella, la levanto y me quedo con su espalda pegada a mi frente. La presión en mi pecho se alivia. Eso funcionará. No necesito un psiquiatra para interpretar mis acciones. Cuando un hombre ya ha perdido todo lo que amaba, es normal que se desquicie un poco y tenga miedo de que pueda volver a suceder.

El tipo elegante mira hacia arriba, sus ojos se agrandan al ver mi mirada asesina. Sí, hijo de puta. Ella es mía. Traga saliva, gira a la derecha y entra en la tienda más cercana. Mucho mejor. Miro a Bianca para encontrarla observándome con sorpresa, y me pregunto si debería explicar mi comportamiento errático. Luego, la comisura de sus labios se levanta ligeramente y, como si nada extraño hubiera pasado, continúa viendo a Lena seguir un pez con el dedo.

Bianca

No sé qué ha sucedido, pero algo le ha pasado a Mikhail. Desde el momento en que nos conocimos ha estado extremadamente distante, evitando casi cualquier tipo de conexión física. Aparte de algunos toques ligeros y ayudarme a subir a su auto, rara vez ha iniciado contacto. Incluso comencé a preguntarme si algo andaba mal. Tal vez ha decidido compensar por los últimos días, porque no me ha soltado la mano en las últimas dos horas. Fuimos a una tienda a comprar las zapatillas de *ballet* de Lena y visitamos algunas tiendas más en el camino. En un momento, Lena se quejó de que estaba cansada, así que Mikhail la cargó. Nunca soltó mi mano mientras la tenía en su cadera izquierda, y mis ovarios casi explotaron cuando lo miré con tanta naturalidad sosteniendo a Lena a su lado.

—¿Necesitamos algo más? —pregunta cuando salimos de la librería que visitamos para comprar un libro infantil para Lena.

Gira la cabeza y me mira, y por un momento, me pregunto por qué. Entonces, me doy cuenta de que estoy en su lado ciego y probablemente no pueda ver mi respuesta de otra manera. Niego con la cabeza.

—Bien. Llamaré a Sisi para que venga a cuidar a Lena esta noche. Te llevaré a cenar. ¿Está bien?

Sonrío y asiento. Sí, está más que bien.

* * *

¿Es demasiado?

Me giro hacia un lado y me inspecciono en el espejo. El vestido es largo, con una abertura en el costado y un escote modesto. Sin embargo, es rojo. Tal vez me debería cambiar.

La voz de Mikhail viene del otro lado de la puerta.

—¿Estás lista?

Parece que va a ser el vestido rojo después de todo.

Abro la puerta para encontrar a Mikhail de pie allí. Basada en la forma en que me está mirando, le gusta lo que ve, y envía una pequeña emoción a través de mí. Me giro para agarrar el abrigo que dejé en la cama, sin embargo, Mikhail me lo quita de las manos y me lo ofrece. Siempre un caballero, este oscuro esposo mío. Me estiro para sacar mis mechones de debajo del abrigo, pero se me adelanta, deslizando sus manos debajo de mi cabello en la base de mi cuello y levantándolo con cuidado.

—Me dejas sin aliento —susurra en mi oído.

Escalofríos recorren mi espalda cuando toma mi mano y me lleva fuera del apartamento.

Llegamos al restaurante y mientras seguimos al *maître d'* hasta la mesa del rincón, la gente nos mira fijamente. Están tratando de ser discretos, no obstante, se enfocan en el parche en el ojo y las cicatrices de Mikhail, luego bajan la mirada a nuestras manos unidas, la sorpresa claramente escrita en sus rostros. Parece que mi marido no se da cuenta, o tal vez está fingiendo que no lo hace. Lo odio, por el bien de Mikhail, finjo que no me doy cuenta de sus miradas frías o susurros en voz baja.

Cuando estamos sentados, tomo el menú para ver qué tienen, pero todo está en francés. Podría elegir algo al azar, aunque existe el riesgo de que obtenga caracoles o algo igualmente desagradable. En cambio, lo dejo, muevo mi silla al lado de la de Mikhail y miro el menú que está sosteniendo. También está en francés, pero asumo que puede leerlo ya que nos trajo aquí.

Mikhail me mira, pone su brazo en el respaldo de mi silla y comienza a enumerar los platos para mí. No soy particularmente exigente, así que saco mi teléfono y escribo rápidamente.

Tú eliges, simplemente nada de caracoles ni nada desagradable por el estilo.

Luego dejo el teléfono sobre la mesa frente a él.

Mientras esperamos la comida, el camarero nos trae vino, colocando las bebidas en el lado derecho de nuestros platos. Cuando se va, Mikhail toma su copa y la mueve hacia la izquierda.

Alcanzo mi copa, rozo ligeramente la parte inferior de su antebrazo y miro hacia arriba.

—Está bien —dice—. Casi curado.

Escribo de nuevo en el teléfono.

—Nunca pregunté qué pasó.

Le muestro la pantalla y señalo su antebrazo.

—Rastreamos al tirador hasta una pandilla albanesa y fuimos a atrapar al líder para interrogarlo. Él se resistió.

—¿Descubriste algo?

—No, pero lo haremos. Es solo cuestión de tiempo.

Me pregunto qué les hará a los que ordenaron el tiroteo, y cuál es exactamente el trabajo de Mikhail en la *Bratva*, pero, de nuevo, no estoy segura de querer saberlo.

El camarero nos trae la comida poco después. No tengo idea de lo que estoy comiendo. Sabe a cerdo en salsa de champiñones y es delicioso. El platillo de Mikhail también parece cerdo, cortado en rodajas pequeñas y con un fuerte condimento encima. Huele increíble, así que me inclino más cerca, pincho un trozo de carne con el tenedor y me lo meto en la boca.

—¿Te gusta? —Hay una sonrisa apenas visible en sus labios, como si le divirtiera que le robara la comida.

Debería sonreír más. Saco un trozo de carne de mi plato y levanto el tenedor hacia él, preguntándome qué hará. Mikhail mira el tenedor, luego a mí y se inclina hacia adelante, tomando la ofrenda.

—Perfección absoluta —dice mientras me mira directamente, y creo que no está hablando de la comida.

Por un momento, me pregunto si me va a besar. La forma en que está mirando mis labios hace que mi cuerpo zumbe de emoción, mas luego mira hacia otro lado. ¿Estoy haciendo algo mal? Sé que se siente atraído por mí. Veo cómo me mira cuando piensa que no estoy observándolo, como si quisiera quemar la ropa de mi cuerpo con su mirada.

«¿Qué diablos está pasando en esa cabeza tuya, Mikhail?».

Capítulo 8

Mikhail

Dimitri llama el martes por la tarde para decirme que hemos llegado a otro callejón sin salida con los albaneses, haciendo que el mal humor en el que he estado durante días sea aún peor. Me levanto de mi escritorio y camino hacia la pared de ventanas que dan a la acera de abajo.

Después de que Sisi vino a buscar a Lena para que durmiera en su casa, Bianca entró en el gimnasio, llevando sus zapatillas de *ballet* y su teléfono. Unos minutos después, el suave sonido de una melodía clásica llegó a mi oficina. Eso fue hace cuatro horas. He tratado de ignorarlo y trabajar un poco, mas las imágenes de ella bailando siguen apareciendo en mi cabeza y no puedo concentrarme en nada más.

También he estado tratando de evitarla durante los últimos dos días, porque cada vez que la veo, tengo este impulso enloquecedor de agarrarla, arrastrarla a mi habitación y cogerla sin sentido. Antes de casarme con ella, tenía relaciones sexuales regularmente. Cada una de mis parejas conocía mis reglas, la principal era no tocar. Pero Bianca... Quiero tocarla en todas partes.

No sé si Bianca estaría dispuesta a hacerlo. Parecía tan sorprendida cuando vio mi brazo. Duró solo una fracción de segundo, y si no hubiera estado prestando atención, me lo habría perdido porque se recompuso de inmediato. Mi pecho y mi espalda están en mucho peor estado que mis brazos, y no tengo idea de cómo reaccionará al verlos. Eventualmente me verá sin camisa. Tal vez debería comenzar a usar camisetas frente a ella, dejar que vea mis brazos mejor para que pueda estar un poco preparada. Tomo el dobladillo de mi playera y me la levanto hasta el pecho, observando la piel con cicatrices y tratando de imaginarme mirándola a través de sus ojos. No, nada puede prepararla para eso.

Tan malo como es, mi ojo derecho es mucho peor. Eso, ella nunca lo verá.

La música saliendo del gimnasio cambia a una balada de *rock* lento, y no puedo ignorar las ganas de verla bailar un segundo más. En la puerta del gimnasio, me cuido de estar lo más silencioso posible mientras la abro y luego me apoyo en el marco para observarla. Lleva unas mallas negras y una blusa de gran tamaño que cae sobre un hombro. Su cabello está recogido sobre su cabeza en un moño desordenado. Sus pies están descalzos, las zapatillas de *ballet* tiradas junto a la pared, mientras se desliza por la habitación en una complicada serie de pasos y saltos. Termina con una hermosa pirueta.

Espero a que se dé la vuelta, pero durante varios minutos, se queda parada allí, mirando la pared frente a ella con las manos en la parte baja de la espalda. Cuando finalmente se gira, sus ojos están rojos y lágrimas caen por su rostro. Se estremece cuando me nota, luego mira hacia otro lado rápidamente y comienza a caminar hacia sus zapatillas de *ballet*. Hace una mueca de dolor cada par de pasos, su mano derecha todavía presiona su espalda baja. Ahí es cuando me doy cuenta. La razón por la que su papel en los programas se acortó en los últimos meses. Por qué decidió dejar la compañía. Recuerdo el cartel que decía que era su último *show*. Pensé que significaba de la temporada. No lo era.

Me toma varios pasos grandes alcanzarla y tomarla en mis brazos. No se resiste, simplemente enlaza sus brazos alrededor de mi cuello y apoya su cabeza en mi hombro, todavía mirándome. Las lágrimas siguen cayendo, pero el gesto de su rostro es extrañamente inexpresivo. Si no fuera por las lágrimas y los ojos rojos, nadie sabría que está llorando. La llevo a la sala de estar y me siento en el sofá, sosteniéndola cerca de mi pecho. Es extraño cuánto disfruto tener su cuerpo presionado contra el mío. Hay una manta doblada a un lado, así que la tomo y la cubro, colocándola alrededor de su barbilla y piernas. Se siente tan pequeña acurrucada en mí, como un gatito.

No sé cuánto tiempo nos sentamos así. Probablemente pasa cerca de una hora, porque la noche comienza a caer y la habitación se oscurece. Está tan quieta que empiezo a preguntarme si se ha quedado dormida, y entonces su mano se mueve, trazando líneas en mi pecho. Al principio, creo que es un patrón aleatorio, pero luego noto la repetición de las formas. Está dibujando letras con el dedo, y me toma unos momentos comprenderlo. No es tan difícil, solo dos palabras cortas, aun así espero a que repita el patrón unas cuantas veces más para asegurarme de que lo capté correctamente.

Bianca

Noto el momento exacto en que Mikhail se da cuenta de lo que estoy dibujando en su pecho, porque su cuerpo se tensa. Por si acaso, lo hago una vez más y trazo las letras.

B-É-S-A-M-E

No hace nada al principio, pero luego siento su dedo acariciando mi mejilla. Engancho mi mano alrededor de su cuello y me levanto hasta quedar sentada, a horcajadas sobre él. Solo el contorno de su rostro es visible en la oscuridad. Afuera ha caído la noche y ninguna de las luces de la habitación están encendidas. Hay suficiente luz entrando por la ventana para que vea su cabeza bajar, y al momento siguiente, sus labios chocan con los míos.

No es ligero ni tenue, sino demandante. Sus manos acunan mi rostro. La piel de sus palmas es dura y callosa, sin embargo, la forma en que me sostiene, como si fuera algo precioso, es desgarradora. Entierro mis dedos en su cabello y me dejo devorar por sus labios pecadores mientras un fuego de deseo me consume. Rompe el beso y comienza a dejarme besos por la barbilla y me inclino hacia él, sintiendo su dureza presionando mi centro mientras mi respiración sale en ráfagas cortas y rápidas. Alcanzo el dobladillo de mi camiseta y me la quito, luego trato de desabrocharme el sostén, pero mis manos tiemblan demasiado, así que me lo quito por la cabeza.

—¿Estás segura, Bianca? —Mikhail susurra en mi oído y luego coloca un beso en el costado de mi cuello.

¿Está loco? Llevo días imaginando esto. Coloco mi boca en su barbilla y lo muerdo ligeramente.

Es como si se hubiera estado conteniendo hasta este punto, esperando mi confirmación. Salta del sofá conmigo en sus brazos y me lleva a su dormitorio. Mientras tanto, hago mi mejor esfuerzo para desabotonar su camisa. Logro deshacer los primeros dos botones, pero hay al menos cinco más, y no puedo concentrarme en deshacerlos todos. En lugar de eso, meto las manos en la abertura, agarro ambos lados de la camisa y los separo con

todas mis fuerzas. Desgarrando el material. Los botones se sueltan y caen al suelo.

Mikhail me acuesta en la cama, me quita las mallas y las bragas y comienza a desabrocharse los pantalones. Demasiado lento. Lo necesito dentro de mí ahora o me volveré loca. Me pongo de pie en la cama, y en el momento en que se quita los pantalones, salto de nuevo a sus brazos y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura.

Nunca había sido tan audaz con un hombre antes. Marcus dijo una vez que debería recibir asesoramiento porque era fría y poco afectuosa. Estaba en lo correcto. Realmente nunca había disfrutado del sexo con él o con otros. Durante años, pensé que algo podría estar muy mal conmigo, ya que ninguna de mis parejas podía excitarme. Siendo el sexo necesario para una relación, lo acepté porque era lo esperado y fingía el orgasmo.

Frígida. Pensé que era *frígida*. Aparentemente no, porque estoy tan mojada que, si pudiera pensar racionalmente, me avergonzaría.

Sujetándome por debajo de los muslos, Mikhail se da la vuelta y presiona mi espalda contra la pared. Está diciendo algo en ruso y, aunque no entiendo una palabra, solo escuchar su voz áspera en mi oído me derrite por dentro. Dios, quiero tanto sentirlo dentro de mí, todo mi cuerpo está temblando.

—Mi pequeña bailarina —pronuncia mientras besa mi cuello—. Sería mucho más fácil si no fueras tan hermosa.

Mikhail se posiciona y me baja lentamente sobre su pene. Ni siquiera está a mitad de camino dentro de mí, y ya estoy teniendo espasmos alrededor de su enorme longitud. Cuando se entierra completamente en mi interior, jadeo y mi cuerpo se estremece. La sensación de su miembro duro dentro de mí y la pared áspera contra mi espalda, me lleva al borde del orgasmo mientras me estira de la mejor manera posible.

Susurra palabras extrañas pero seductoras en mi oído mientras sus grandes manos aprietan mis nalgas. Sus labios besan el punto sensible a un lado de mi cuello cuando finalmente comienza a moverse. Con cada embestida se asienta más dentro de mí, golpeando un lugar al que ningún hombre ha llegado antes. Lento al principio y luego más rápido. Entierro mis uñas en su piel mientras sus embestidas aumentan en fuerza, y puedo sentir mi cuerpo comenzar a hormiguear con mi orgasmo inminente. Es una locura. Embriagador. La destrucción absoluta de mi cuerpo y mente. Me

golpea como un hombre poseído, cada golpe de sus caderas contra las mías hace que mi espalda pegue contra la pared, robándome el aliento. Me vengo y Mikhail lo hace justo después de mí.

Estoy tan agotada que no puedo reunir la fuerza para soltar mis brazos del cuello de Mikhail, así que simplemente meto la cara en el hueco de su cuello y dejo que me lleve a la cama. Lo último que recuerdo antes de dormirme son palabras susurradas y un ligero beso en mi cabello.

Mikhail

Tiro de Bianca más cerca de mí, maravillándome de la sensación de tenerla finalmente entre mis brazos mientras observo su rostro iluminado por la luz de la luna. Trazo el contorno de su ceja con un dedo, luego su pequeña nariz y labios carnosos. Es tan hermosa que duele. Se siente como un sacrilegio tenerla atada a alguien como yo, o tener mis manos ensangrentadas tocándola, manos que han matado y mutilado a tantos. Se merece algo mejor. Una casa con una cerca de madera y una vida sin preocupaciones con un hombre normal. Un hombre honesto que no tendría que mentirle ni esconder las cosas malas que hace cuando va a “trabajar”. Un hombre que nunca volvería a casa cubierto de sangre.

Se merece poder ir a un restaurante sin que la miren mientras la gente a su alrededor susurra entre sí, discutiendo por qué diablos está con alguien como yo. Me acostumbré a las miradas y susurros hace años. No me molestan en lo más mínimo. Sin embargo, no me gusta que Bianca sea objeto de chismes. Si fuera un mejor hombre, la mandaría lejos, anularía el matrimonio y la dejaría en libertad. No obstante, supongo que soy un mal hombre, porque no planeo dejarla ir.

¿Cómo le voy a decir que he ocultado el hecho de que sé lenguaje de señas? ¿Que en lugar de hacer su situación más fácil, solo la he hecho más difícil? ¿Cómo puedo explicar mi egoísmo? ¿Me odiará por eso?

No me mentiré pensando que Bianca se siente atraída a mí, no me engaño. Estaba en un mal lugar esta noche. Vulnerable, probablemente sola, y deseosa de contacto humano. Y yo era el único aquí. Por la mañana, probablemente se arrepienta de lo que pasó entre nosotros, así que

disfrutaré estos momentos robados. Tendrán que ser suficiente. Pongo mi cabeza en la almohada detrás de ella, entierro mi cara en su cabello y la abrazo aún más fuerte.

Capítulo 9

Bianca

La habitación en la que despierto me parece vagamente familiar. Me siento en la cama y miro a mi alrededor. La recámara de Mikhail. Yo, en la cama de Mikhail. Sonrío y me dejo caer sobre las almohadas. Dios, solo pensar en lo de anoche me dan ganas de salir corriendo de aquí, encontrar a Mikhail y arrastrarlo de regreso a la cama conmigo.

El reloj de la mesita de noche marca las siete de la mañana. ¿Dónde está? ¿En serio me dejó aquí y se fue a entrenar como lo hace todas las mañanas? No haces eso después de darle a una mujer el mejor sexo de su vida la noche anterior. ¿Dónde está el acurrucarse? ¿Ducharse juntos? ¿La segunda ronda?

Salgo de la cama, voy al armario en la pared opuesta y robo otra camiseta de Mikhail. Si no recuerdo mal, el ama de llaves vendrá hoy a hacer una gran limpieza y no quiero que me vea desnuda si llega temprano. Cuando salgo de la habitación, no hay nadie alrededor. Sin ama de llaves y sin rastro de mi marido. Me dirijo a la habitación de invitados para darme una ducha y lavarme el cabello, luego voy a la cocina a prepararme un café.

Reviso mi teléfono mientras bebo el elixir oscuro y veo tres mensajes, uno de Milene y dos de Angelo, todos de anoche.

21:12 Milene: ¿Qué vas a comprarle a Nonna? Por favor, dime que no le vas a comprar otro sombrero.

Maldita sea. Con todo lo que pasó, me olvidé por completo de la fiesta de cumpleaños de Nonna Giulia.

Abro una nueva ventana de mensaje y empiezo a escribir un pequeño texto para Mikhail.

07:29 Bianca: Olvidé que mi abuela cumple 96 años el próximo domingo. Tengo que comprarle un regalo.

Abro los mensajes de Angelo a continuación.

23:44 Angelo: ¡¿PAPÁ DEJÓ QUE TE CASARAN CON MIKHAIL ORLOV?!

23:45 Angelo: ¡No me jodas, Bianca! No es gracioso.

Miro los mensajes. Parece que Angelo conoce a Mikhail y no es *fan*.

07:31 Bianca: No te estoy jodiendo. ¿Cómo conoces a mi esposo?

La puerta del gimnasio se abre y sale Mikhail. ¿Por qué está usando una camisa de manga larga otra vez? Nadie en su sano juicio usa camisas de manga larga en junio, y sé con certeza que tiene al menos veinte camisetas, menos las dos que robé. Entra en la cocina y se dirige a la nevera sin siquiera mirarme.

—Sisi vendrá alrededor de las tres con Lena, así que, si necesitas algo, solo envíale una lista por mensaje de texto y ella lo comprará en el camino.

—Toma una botella de agua, cierra la nevera y luego se dirige a su dormitorio—. Podemos comprar el regalo para tu abuela el viernes si quieres. —Me mira por encima del hombro.

¿En serio? ¿No hay un beso de buenos días ni nada? Bueno, que se jodan él y su serenidad. He terminado de jugar este juego de frío y calor. ¿Quiere fingir que no pasó nada anoche? Ningún problema. Puedo hacer lo mismo.

Asiento con la cabeza y vuelvo mi atención a mi teléfono.

* * *

—Pero quiero que también venga Bianca.

Dejo la caja con las especias que estoy organizando y miro a Lena. Está parada en la puerta con Mikhail agachado frente a ella y subiendo el cierre de su chaqueta.

—Bianca, Bianca, ven con nosotros. Si eres buena, papi te comprará una dona. Siempre me compra una dona si soy buena en el parque.

Mikhail me observa durante unos segundos y, cuando no hago ningún movimiento, se vuelve hacia Lena.

—En otro momento, *Lenochka*. Bianca está ocupada.

Sí, Bianca está ocupada ordenando una cocina que ya está impecable, tratando de distraerse de reflexionar sobre todas las posibles explicaciones del extraño comportamiento de su esposo. Suspiro, saco mi teléfono y le envío un mensaje a Mikhail.

17:13 Bianca: No tengo una chaqueta. La mayor parte de mi ropa para el frío todavía está en la casa de mi padre.

No esperaba que la temperatura bajara tanto. La mayoría de las cajas que trajo Denis de mi casa tenían vestidos, ropa de verano y los trajes de escenario que no quería dejar atrás. Solo tengo mi abrigo elegante aquí conmigo, y planeé pedirle a Milene que empacara el resto de la ropa en mi armario.

Suena el teléfono de Mikhail. Lo saca del bolsillo de sus *jeans*, mira la pantalla y comienza a escribir. Mi teléfono vibra un segundo después. ¿De verdad? Bufo. Estamos a menos de diez pies de distancia y me responde por mensaje.

17:14 Mikhail: Puedes tomar prestada una de mis sudaderas.

Miro hacia arriba y asiento. Mientras va a su habitación, devuelvo las especias al cajón y camino hacia la puerta para ponerme los zapatos deportivos. Lena está saltando a mi alrededor, parloteando sobre donas, cuando siento la mano de Mikhail en la parte baja de mi espalda y me giro. Sostiene una sudadera con capucha gris doblada en la otra mano. Parece que sí posee algo más que ropa negra.

Me pongo la sudadera, luego me miro. El dobladillo casi me llega a las rodillas. Las mangas miden por lo menos otra mano más allá de las puntas de mis dedos. Miro hacia arriba y encuentro a Mikhail observándome. Está esforzándose mucho por mantener una expresión seria, pero sus labios están fuertemente apretados. Se cruza de brazos, se tapa la boca con el puño, sacude la cabeza y luego se echa a reír. Es rico y gutural, y no puedo apartar los ojos de él. Es tan hermoso cuando se ríe.

—Extiende los brazos —indica.

Los levanto y me arremanga, primero la izquierda y luego la derecha. Todavía está sonriendo, y quiero besarlo de nuevo.

—Bianca, te ves graciosa con la ropa de papi. —Lena se ríe a mi lado.

Hay un espejo a la izquierda de la puerta, así que doy unos pasos y miro mi reflejo. Me veo aún más cómica con las mangas arremangadas tres veces. Mikhail se para detrás de mí, y nuestros ojos se encuentran en el espejo. Ya no sonrío y solo observa nuestros reflejos durante unos segundos antes de alejarse abruptamente.

—¿Quieres que pasemos por una tienda primero? ¿Para comprarte algo de tu talla? —pregunta sin mirarme y abre la puerta.

Lo pienso por un momento. «¿*Parezco una idiota? Probablemente. ¿Me importa? No*». Me giro, tomo la mano de Lena y me dirijo hacia el

ascensor. Con suerte, no es su sudadera con capucha favorita, porque me la voy a quedar.

Mikhail

He jodido algo, y no estoy seguro de qué. Bianca ha estado enojada conmigo desde esta mañana por razones que no puedo entender. He pasado todo el día tratando de averiguar qué hice mal y todavía no tengo ni idea. Aunque, parece que lo peor ya pasó, porque cuando la tomé de la mano cuando salíamos del edificio, no se apartó. Sin embargo, me regaló una mirada mordaz con los ojos entrecerrados.

Sentado en el banco al borde del parque de juegos, observo a Bianca mientras persigue a Lena por el arenero. Han estado jugando durante una hora. Primero en el tobogán y luego en la casa de juegos para niños pequeños, donde Lena preparó un almuerzo imaginario con hojas y rocas que recogió. Bianca fingió comérselos. Mi esposa se ve aún más joven con mi sudadera con capucha de varias tallas demasiado grande y, por un momento, siento una punzada de culpa. ¿Y si Roman tenía razón? Tal vez debería haber dejado que Kostya la tuviera. Es más cercano a ella en edad, por lo que probablemente tendría más cosas de qué hablar con él que conmigo. No hablo mucho de todos modos. Los dos habrían sido mucho más adecuados como pareja.

No puedo dejar de pensar en el momento antes de salir de mi casa, cuando me paré detrás de ella y vi nuestros reflejos en el espejo. Bianca, incluso con esa sudadera con capucha ridículamente grande, parecía tan hermosa y sofisticada. Y luego estaba yo, cerniéndose sobre ella como un monstruo horrible. Sabía que éramos un mal par, pero hasta ese momento, no entendía cuánto.

—¡Papi, papi! —Lena grita y me hace señas con la mano—. ¡Ven, papi!

Me pongo de pie y camino hacia la caja de arena.

—¿Qué pasa, *Lenochka*?

—Tú eres el lobo ahora, papi. Tú persigues y Bianca y yo nos escaparemos. —Se ríe y corre hacia el otro extremo del parque de juegos.

Me giro hacia Bianca, que está de pie a unos pasos de distancia, mirándome con una pregunta en los ojos. Doy unos pasos hasta que estoy frente a ella, me inclino y le susurro al oído.

—Corre, mi corderita.

Inclina la cabeza hacia mí, sus labios se abren en una sonrisa traviesa, luego gira sobre sus talones y corre hacia Lena, quien se esconde detrás del tobogán. Doy los primeros pasos en su dirección, y cuando Lena me ve venir, grita y corre hacia la izquierda, riéndose. Corro tras ella. Me toma menos de diez segundos alcanzarla, y chilla de alegría cuando la levanto por la cintura. Le doy un beso en la mejilla, luego la sostengo bajo mi brazo izquierdo y me vuelvo hacia Bianca.

Hay una expresión presuntuosa en su rostro mientras me mira, pero se transforma en sorpresa cuando corro hacia ella con Lena riendo locamente bajo mi brazo.

—¡Más rápido, papi!

Bianca corre hacia la casa de juegos del otro lado y es bastante rápida. Sin embargo, soy más rápido y mis zancadas son mucho más grandes. La alcanzo a unos metros de la casa de juegos, la agarro por la cintura con mi brazo libre y la atraigo hacia mí. Se está riendo. No puedo oírlo, pero puedo sentir la forma en que su pecho se mueve bajo mi brazo. La levanto del suelo y las llevo a ambas a la pequeña cafetería frente al parque.

Bianca

Todavía estoy riendo cuando las puertas corredizas dobles se abren y Mikhail nos lleva cargadas a la cafetería. Algunas personas alrededor del lugar nos miran sorprendidas. Una pareja mayor sentada junto a la ventana sonríe y vuelve a concentrarse en sus bebidas y pasteles. Al otro lado de la tienda, una mujer de mediana edad sentada con otra dama mira boquiabierta la cara de Mikhail sin vergüenza, luego le da un codazo a su amiga e inclina la cabeza en nuestra dirección. El descaro que tienen algunas personas.

Mikhail me baja, y tomando mi mano en la suya, camina hacia la caja registradora.

—¿Café negro? —pregunta, y asiento. Ha recordado que bebo mi café negro.

—Papi, tengo que ir a hacer pipí —susurra Lena.

—Solo un segundo, *Lenochka*.

Mikhail pide un café para mí y jugo de naranja para Lena, le dice a la cajera que son para llevar y luego me entrega su billetera.

—Tengo que llevar a Lena al baño.

Sosteniendo la cartera en una mano, me señalo a mí misma con la que tengo libre y me ofrezco a llevar a Lena, pero Mikhail niega con la cabeza.

—Está bien. Yo la llevaré —responde y dirige a Lena hacia los baños.

Saco suficientes billetes para la cantidad que se muestra en la caja registradora y miro hacia arriba para encontrar al chico del otro lado mirándome mientras sirve el café. Lanza una mirada hacia el baño, donde Mikhail acaba de ir con Lena, luego vuelve a mirarme y sonrío. Yo no correspondo.

—Tu papá es un tipo realmente aterrador —dice.

Pongo los ojos en blanco. ¿En serio? Mikhail puede parecer un poco mayor de treinta y uno a primera vista por el parche en el ojo y las cicatrices, pero es más que evidente que no puede ser mi padre.

—¿Crees que me dejaría llevarte al cine o algo así? —El barista se inclina hacia adelante y guiña un ojo.

¿Este tipo habla en serio? Apenas tiene diecisiete años, si acaso. Idiota. Dejo el dinero en el mostrador y me giro justo cuando Mikhail y Lena salen de los baños. Lo evalúo, notando la forma en que sus *jeans* negros le quedan a la perfección, y como su suéter negro se amolda a su pecho y estómago duro como roca, recordando cómo se sintió al estar atrapada contra la pared por su magnífico cuerpo anoche.

—¿Lista para irnos? —Mikhail pregunta cuando llega a mi lado.

Sonrío, tomo el jugo de Lena del mostrador y se lo doy el sorbete. Luego, coloco mi mano sobre el pecho de Mikhail, y tomando un puñado de tela entre mis dedos, tiro de su suéter. Su rostro es inexpresivo, pero capto una ligera confusión en su mirada cuando se inclina. Cuando su cara se detiene unos pulgadas por encima de la mía, me pongo de puntillas y presiono mis labios contra los suyos.

Estaba destinado a ser un beso rápido, sin embargo, en el momento en que siento su boca sobre la mía, toda la razón sale volando por la ventana.

Lo siguiente que sé, es que estoy agarrando la nuca de Mikhail mientras él me aplasta contra su cuerpo. Mis pies cuelgan sobre el suelo, y nos estamos besando como si no hubiera un mañana.

—¡Guácala! —Escucho a Lena exclamar y mis ojos se abren de golpe.

Un ojo increíblemente azul me mira con tal intensidad que, por un momento, se siente difícil respirar. No recuerdo que nadie me mirara así, nunca.

—*Ty luch solntsa v pasmurnyy den'*, Bianca —dice en mis labios, me besa de nuevo y lentamente me baja al suelo.

Se siente como si yo acabara de correr una milla, porque mi corazón me late en el pecho como loco. Respiro hondo y me giro para tomar mi café del mostrador. El barista me está mirando, con los ojos muy abiertos.

—Mantén tus ojos lejos de mi esposa, niño —ordena Mikhail detrás de mí.

El tipo parpadea, mira a Mikhail y luego da un paso atrás.

—Papi, ¿podemos ir a comprar donas ahora? ¿Podemos, papi?

—Claro, *zayka*. —Mikhail se inclina para recoger a Lena, toma mi mano y nos dirige hacia la salida.

Mikhail

Mi teléfono empieza a sonar justo cuando entramos en el apartamento.

—Lávate las manos, *Lenochka*. —Señalo la bolsa de papel que contiene su dona, que está apretando contra su pecho—. Y primero la cena. Puedes comer la dona después. ¿Está bien?

—¡Está bien, papi!

Saco el teléfono, miro la pantalla y me giro hacia Bianca.

—Es Roman. ¿Puedes ayudar a Lena? Tengo que contestar.

Asiente, pasa su mano por mi antebrazo y se apresura hacia el baño. Todavía me resulta difícil procesar cuánto disfruto que me toque.

—¿*Pakhan*? —respondo en el teléfono.

—Necesito que localices a Sergei —agrega—. No ha estado contestando su teléfono desde esta mañana, y tiene una reunión con los hombres de

Mendoza esta noche. Si no está en forma para tomarla, necesito que vayas tú.

—Estaré allí en una hora.

Guardo el teléfono y voy al baño donde Bianca está ayudando a Lena a secarse las manos.

—Tengo que irme. —Extiendo la mano y retiro un mechón de cabello de su mejilla—. Llamaré a Sisi para que venga a cuidar a Lena. No sé cuánto tiempo tomará.

Bianca me mira, niega con la cabeza, se señala el pecho y luego a Lena.

—¿Segura?

Asiente y toma la mano de Lena.

—*Lenochka*. —Me inclino y rozo su barbilla con mi pulgar—. Papá necesita ir a trabajar. Bianca se quedará contigo, ¿de acuerdo?

—Está bien, papi. —Sonríe y se vuelve hacia Bianca—. Bianca, ¿podemos tener una fiesta de pijamas? ¿Podemos, por favor?

—Cena primero, *zayka*. Y sé buena.

—Sí, papi. —Toma la mano de Bianca y comienza a tirar de ella—. Vamos, Bianca. Primero la cena, luego la dona y después la fiesta de pijamas.

Bianca deja que Lena la lleve fuera del baño y hacia la cocina. Las sigo con la mirada, luego me dirijo a mi habitación para cambiarme en caso de que tenga que ir a la reunión más tarde.

Al salir, tomo un pequeño desvío hacia la cocina donde las chicas están sentadas en la barra de desayuno, haciendo sándwiches.

—Escucha a Bianca —le indico a Lena y le doy un beso en la parte superior de la cabeza.

Cuando miro hacia arriba, encuentro a Bianca observándome. Dios, tengo tantas ganas de aplastar mi boca contra la suya, pero no me atrevo. No tengo idea de lo que pasó en la cafetería antes para instarla a que me besara, y no quiero presionarla. No puede ser fácil para ella, así que, en lugar de eso, solo rozo mi dedo por su mejilla.

—Envíame un mensaje si tienes algún problema con Lena —agrego y me doy la vuelta para irme.

Cuando estoy en la puerta, miro hacia atrás y encuentro a Bianca observándome con los ojos entrecerrados. Puede que me equivoque, sin embargo, parece que está enfadada conmigo otra vez.

Mientras estoy encendiendo el auto y me pregunto qué diablos me voy a encontrar cuando llegue a la casa de Sergei, escucho mi teléfono sonar con un mensaje entrante.

19:31 Bianca: No has comido.

Miro el mensaje. No lo he hecho Y ella se dio cuenta.

19:32 Mikhail: Compraré algo en el camino.

19:32 Bianca: Te prepararemos un sándwich y lo dejaremos en la nevera. Por si acaso.

19:33 Mikhail: Gracias.

Dejo el teléfono en el tablero y salgo del garaje. En algún lugar del camino, escucho llegar otro mensaje, aunque no lo abro hasta que me estaciono frente a la casa de Sergei. Cuando lo hago, me siento al volante durante cinco minutos, mirando su mensaje.

19:52 Bianca: A partir de ahora, también espero un beso de despedida. Por favor, tenlo en cuenta, Mikhail.

Bianca

Después de la cena y un baño rápido, arropo a Lena en la cama y la cubro con su manta floreada.

—Bianca, Bianca, ¿puedo tener una historia? Por favor, Bianca.

Tomo mi teléfono, busco el canal en línea que tiene historias para niños y me acuesto en la cama con ella. Dios, se parece tanto a Mikhail, me pregunto si hay alguna característica que tenga de su madre. Tal vez su nariz, es muy pequeña. Extiendo la mano para acomodar mejor su manta.

Se gira hacia mí.

—A papi le gustas.

Sonríó y acaricio su mejilla. No puede saber eso. Incluso yo no estoy segura de qué pensar sobre el comportamiento de Mikhail.

—Papi te besó. Y tomó tu mano. Creo que a papi le gustas mucho, mucho, Bianca. A papi no le gusta tocar a la gente.

Mi mano en la mejilla de Lena se congela, todo mi cuerpo se queda inmóvil.

—También me agradas, Bianca. ¿Te agrado?

Vuelvo a acariciar su mejilla y asiento.

—Bianca, ¿por qué no puedes hablar? ¿Te lastimaste la boca? Mi papi se lastimó el ojo. Noemi dice que mi papi solo tiene un ojo, pero miente. Papi tiene dos ojos. Le pregunté y me mostró. Noemi dice que mi papá es feo. ¿Es papi feo, Bianca?

Se me corta el aliento. Coloco mis manos a cada lado de la cara de Lena, niego con la cabeza y articulo:

—No.

—Papi dice que es un poco feo. Le pregunté. Pero eres tan bonita, Bianca. Eres como una princesa. Me gusta tu pelo. ¿Mi cabello será tan largo como el tuyo?

Lena pasa a contarme lo que pasó en la guardería el otro día, algo sobre un camión de juguete que uno de los niños rompió, lo que hizo llorar al otro niño, pero me resulta difícil concentrarme. Hubo una frase que Mikhail dijo anoche. Se me olvidó en ese momento porque estaba demasiado absorta en sus besos. Algo sobre cómo sería más fácil si no fuera tan bonita.

Oh, Dios. Cierro los ojos y niego con la cabeza. Las mangas largas, la distancia que ha estado manteniendo, todas esas señales frías y calientes... Las cosas tienen mucho más sentido ahora.

Mikhail

—¡Sergei! —Golpeo la puerta con la palma de mi mano por tercera vez —. Si no abres esta puerta, la voy a derribar.

La alarma suena y la cerradura hace clic. Agarro la manija, abro la puerta y entro.

—¡No te atrevas a dispararme! —grito en la sala de estar vacía—. Y controla a esa bestia tuya.

—No puedes romper una puerta blindada que cuesta más que un auto, idiota. —Escucho la voz de Sergei desde la cocina y me dirijo hacia allí, luego me detengo en seco en el umbral.

Sergei está sentado a la mesa en medio de la cocina, con un rifle de francotirador desarmado frente a él, puliendo una de sus partes y silbando.

Toda la superficie de la mesa de seis asientos está llena de armas de varios tipos. Pistolas, cuchillos, rifles automáticos y semiautomáticos, y Dios sabe qué más.

A unos pies de distancia, sobre una manta doblada junto a la pared, yace un perro negro del tamaño de un ternero pequeño. Me mira por unos momentos, luego mira a Sergei y se vuelve a dormir.

Saco el teléfono de mi bolsillo y llamo a Roman.

—¿Cuándo y dónde es la reunión con los mexicanos? —pregunto en el momento en que toma la llamada.

—Estarán en Ural alrededor de las once.

Miro mi reloj. Ocho y media.

—Probablemente seré yo quien vaya a la reunión. Déjale saber a Pavel.

—¡Mierda! ¿Cómo está él?

—Acabo de llegar. Te llamaré más tarde. —Corto la llamada y me siento frente a Sergei.

—¿*Pakhan* te envió? —inquieta sin mirarme y sigue puliendo la parte del rifle.

—Sí. No contestaste tu teléfono. Se preocupa. —Asiento hacia la mesa —. ¿Haciendo inventario?

—Un poco. No puedo dormir. —Coloca la pieza pulida en una caja que está a sus pies y que contiene el resto de las piezas del rifle de francotirador, y cierra la tapa.

—¿Desde cuándo?

—Dejé de contar. Tres días. Tal vez cuatro.

—Demonios, Sergei. —Niego con la cabeza—. ¿Has estado comiendo?

—Creo que sí, sí. Tengo algunas latas en la despensa.

Me doy la vuelta y busco a su mayordomo-jardinero-cocinero de setenta años.

—¿Dónde está Felix?

—Envié a Albert a un hotel por una semana.

Desde que conozco a Sergei, nunca ha llamado a Felix por su nombre real. Siempre es Albert. No tengo idea de cuál es el trato entre ellos dos, pero Felix ha estado viviendo en un pequeño apartamento encima del garaje desde que Sergei compró la casa y se unió a la *Bratva* hace cuatro años.

—¿Por qué enviarlo lejos? —pregunto.

—Me estaba irritando los nervios. Tenía miedo de matarlo por accidente —resopla, alcanza el arma más cercana a él y comienza a desarmarla.

—¿Tal vez deberías ir a visitar a un psiquiatra?

Me mira, se recuesta en su silla y se cruza de brazos.

—Para que lo del psiquiatra funcione, Mikhail, es necesario hablar con el tipo sobre las cosas que te preocupan. Para la mayoría de las cosas que me molestan, firmé documentos diciendo que mantendría la boca cerrada o terminaría en la cárcel. O peor.

Lo más peligroso de Sergei es que la mayor parte del tiempo no parece loco en absoluto. Sus ojos están claros, sus movimientos controlados, su voz firme, y para alguien que mira desde afuera, parece una persona perfectamente equilibrada. Hasta que empieza a matar gente. Incluso ahora, si no fuera por las armas esparcidas por la mesa, lo único que alguien vería es un tipo pulcro de unos veinte años. Relajado. Simplemente charlando como si nada le molestara.

—¿Qué tal las pastillas para dormir? —pregunto.

—¿No crees que ya intenté con ellas? —Suspira y continúa limpiando el arma—. No funcionan. Nada funciona, maldición.

—¿Has pensado en renunciar? ¿Dejar la *Bratva* e ir a una isla desierta o lo que sea?

—Sí, aunque eso no me serviría. Sin trabajo, probablemente me volvería loco por completo.

Y Dios nos salve a todos si eso sucede alguna vez. Si Sergei se vuelve loco en algún momento, alguien tendrá que sacrificarlo como a un perro rabioso.

—¿Qué hay de intercambiar con Pavel? Podrías tomar los clubes. Menos estrés allí.

Me mira y se echa a reír.

—¿Te imaginas a nuestro pulido Pavel negociando con Mendoza? No me malinterpretes, Pavel hace un gran trabajo con los clubes, sin embargo, Mendoza se lo comería vivo. Perderíamos millones.

Probablemente lo haríamos. Todavía me resulta difícil de entender, pero Sergei es excepcionalmente bueno en lo que hace. Parece que, para hacer buenos negocios con gente desquiciada, necesitas tener tu propio lunático que hable su tipo de locura.

—¿Y qué hay de la reunión con sus hombres esta noche? —pregunto—. ¿Puedes manejar eso, o debo ir en tu lugar?

Me mira y sonrío.

—Odias las reuniones.

—Sí, bueno, son las órdenes de *Pakhan*. —Me encojo de hombros—. ¿Entonces?

—Sería mejor si vas. No estoy seguro de cuánta basura en este momento puede manejar mi cerebro privado de sueño. A Roman no le gusta mi forma de mostrar descontento.

—¿Como tratar de cortar la mano a Shevchenko cuando pidió mejores condiciones?

—Lo que pidió fue un robo. —Mete la mano debajo de la mesa, saca una gran caja de metal que parece pesada y la coloca encima—. ¿Sabes lo que les hacen a los ladrones en algunos países? Les cortan las manos. Me gusta esa práctica.

¿Por qué no estoy ni un poco sorprendido? Miro mi reloj.

—Mejor me voy entonces.

Sergei asiente.

—No dejes que te engañen. Ya hemos establecido las tarifas y las cantidades para este trimestre, te enviaré los números por mensaje de texto.

—Está bien. —Me levanto—. Llámame si necesitas algo. Y por favor empieza a tomar las llamadas de Roman.

—Seguro. —Se encoge de hombros, abre la tapa de la caja y saca algo parecido a un pequeño lanzagranadas.

—No tienes un tanque escondido en el garaje, ¿verdad?

—¿Un tanque? ¿Por qué diablos mantendría un tanque en el garaje?

—Por nada. Solo me preguntaba.

—Si necesitas un tanque, puedo pedírselo a Luca. Tiene la mejor mierda.

—¿Luca Rossi? —Lo miro—. Si Roman descubre que estás comprándole armas a los italianos, no terminará bien. Sabes que acordamos la exclusividad para la compra de armas con Dushku.

—Puedo comprar mis armas para uso personal a quien quiera, Mikhail. —Sonríe—. Sin embargo, sería mejor que Roman no se enterara. Probablemente le dé un ataque, ya sabes qué dramático es mi hermano.

Niego con la cabeza.

—Llámame si necesitas algo.

—Lo haré. Hazme saber si cambias de opinión sobre ese tanque.

Cuando vuelvo a mi auto, llamo a Sisi, luego a Denis y luego le envío un mensaje a Bianca.

21:19 Mikhail: No sé cuándo volveré, probablemente por la mañana. Sisi llegará temprano para ayudar a Lena a prepararse para la guardería. Denis te llevará a tu clase de *ballet* después de dejarlas. Te estaré esperando cuando termines. Solo envíame un mensaje de texto con la dirección.

Luego, llamo a Roman para actualizarlo sobre Sergei, pongo el teléfono en el tablero, enciendo el auto y maldigo. Lo único que odio más que las negociaciones comerciales con nuestros proveedores son los clubes.

Capítulo 10

Bianca

Cuando salgo del edificio de la escuela alrededor del mediodía, Mikhail ya me está esperando junto a su monstruosa camioneta. Está apoyado en el capó con los brazos cruzados frente a su pecho, luciendo malvado y sexy con su atuendo completamente negro y sus lentes de aviador. Su postura casual dice que no le importa nada en el mundo, pero no me dejo engañar. Es consciente de todo lo que sucede a su alrededor. He notado cómo escanea su entorno cada vez que llega a algún lugar, sopesando todas las posibles amenazas en los alrededores. Es como si siempre estuviera esperando que alguien saltara de los arbustos y comenzara a disparar.

—¿Cómo estuvo la clase? —cuestiona cuando me acerco. No pretendo discutir el hecho de que la clase salió bien, o que me pidieron que volviera la próxima semana. Mikhail me debe algo de anoche, y planeo tomarlo. Me detengo frente a él, ladeo la cabeza y lo miro con los ojos entrecerrados—. ¿Pasa algo, Bianca?

Asiento con la cabeza. Ciertamente sí. Levanto mi mano frente a mí, curvo mi dedo, pidiéndole que se incline. Mikhail baja la cabeza. Ojalá no llevara esas gafas de sol, porque incluso sin ellas, es difícil leerlo. Enfoco mi mirada en sus labios, todavía a un par de pulgadas de los míos, y veo que se curvan ligeramente hacia arriba. Su mano ahueca mi barbilla, y al momento siguiente, choca su boca contra la mía.

No es un beso suave, sino crudo y hambriento. Siempre está tan perfectamente controlado, pero las pocas veces que ha perdido la compostura me hacen preguntarme qué se esconde debajo. No puedo esperar el momento en que las riendas de su control se rompan por completo.

Suelta mi barbilla, sin embargo, no se aleja.

—¿Y ahora? ¿Sigue pasando algo?

Sonrío y niego con la cabeza. Está aprendiendo. Coloco mi mano en su rostro, pero en el momento en que mis dedos tocan la piel de su mejilla

derecha, levanta la cabeza abruptamente y da un paso atrás.

—Deberíamos irnos si queremos evitar el tráfico —dice y me abre la puerta del pasajero.

Estamos a medio camino del apartamento cuando Mikhail saca su teléfono y llama a alguien. Está hablando ruso de nuevo, y las únicas palabras que entiendo son Ford Explorer. La persona del otro lado dice algo y luego Mikhail termina la llamada.

—Estamos tomando un pequeño desvío —agrega.

Mantenemos un ritmo constante, conduciendo durante unos veinte minutos. Muy pronto, dejamos atrás el ajetreo y el bullicio del tráfico de la ciudad y hay menos edificios frente a la autopista. Nos dirigimos a algún lugar fuera de la ciudad. De repente, Mikhail pisa el acelerador. Agarro la manija de la puerta y me aferro como si mi vida dependiera de ello. El velocímetro en el tablero comienza a subir, rápido, alcanzando casi cien millas por hora. Mi marido mira por el espejo retrovisor y gira bruscamente a la derecha, tomando un estrecho camino de tierra. Miro hacia atrás al Ford Explorer negro que toma el mismo giro y acelera detrás de nosotros. Mikhail sigue conduciendo, manteniendo la distancia durante veinte minutos más, luego gira por otro camino de tierra que conduce a una fábrica visible en la distancia. Su teléfono suena una vez, luego se detiene.

—Toma mi teléfono —ordena—. Envía un mensaje a Denis. Es el número al que acabo de llamar.

Acepto el móvil, busco la llamada en el registro y abro una ventana de mensaje.

—Escribe: Necesito a uno de ellos con vida.

Me tenso, mis dedos se congelan sobre el teclado por un segundo, luego escribo el mensaje y lo envío.

—Ahora, escúchame con atención —dice, mirando de nuevo al espejo retrovisor—. Me estacionaré frente a la fábrica. Te encierras, te tiras al suelo y no sales del auto. No importa lo que pase. ¿Entendiste?

Asiento con la cabeza y trato de controlar el pánico acumulándose en mi pecho.

—Si las cosas van mal, enciendes el coche y te vas. Ve al centro, estaciona en algún lugar lleno de gente y espera. Alguien vendrá a recogerte lo antes posible. El vehículo tiene rastreo por GPS.

¿Y dejarlo en medio de la nada? ¿Está loco? ¿Cómo volverá?

—¿Entiendes lo que estoy diciendo, *solnyshko*?

No planeo dejarlo, pero no es el mejor momento para tener esa discusión, así que asiento.

—Bien.

El coche rechina hasta detenerse frente a la entrada de la fábrica. Mikhail se quita las gafas de sol, busca debajo de su asiento y saca una pistola.

—Enciérrate.

Salta y cierra la puerta de golpe detrás de él, y luego se va.

Mikhail

Entro corriendo en la fábrica abandonada, amartillo el arma y me detengo junto a la ventana rota, la cual me da una vista directa de la carretera y la puerta de entrada. El vehículo siguiéndonos atraviesa la verja un momento después y se detiene a unas cinco yardas de mi auto. Nadie sale por un par de minutos. Probablemente estén debatiendo qué hacer. Eventualmente, una de las puertas traseras se abre y un hombre sale, sosteniendo un arma. Apunta a la ventana trasera de mi auto y dispara. No pasa nada, así que lo intenta tres veces más.

«*Es un carro blindado, idiota*».

Lanzo una mirada rápida hacia la verja. ¿Dónde diablos está Denis? Si empiezo a disparar, podrían salir corriendo de aquí y los perderemos.

La otra puerta trasera se abre y sale un hombre calvo de unos cuarenta años que lleva una escopeta. ¡Mierda! No estoy seguro de cuántas rondas puede aguantar el cristal, pero no planeo arriesgar la vida de Bianca. Apunto a la cabeza del tipo calvo, visible por encima de la puerta del auto, y disparo. Su cabeza se sacude hacia atrás y se derrumba en el suelo en el mismo momento en que mato al segundo tipo. Hay unos segundos de silencio, luego se abren las dos puertas delanteras. Me agacho antes de que el conductor y otro tipo abran fuego en mi dirección.

Pedazos de vidrio de la ventana comienza a llover sobre mí. Una de las piezas más grandes se incrusta en mi espalda, a la altura de mi hombro. Me estiro y lo saco, cortándome la mano en el proceso.

Se escucha el rugido de un motor y, por un segundo, creo que Denis finalmente ha llegado. Sin embargo, el sonido está demasiado cerca. Un segundo después se oye un ruido aplastante y cesan los disparos. Miro por la ventana y niego con la cabeza. Mi pequeña esposa sofisticada acaba de embestir el vehículo de los perseguidores.

Salgo corriendo del edificio y me dirijo hacia los tiradores, quienes yacen en el suelo. Sus puertas deben haber estado abiertas cuando Bianca los golpeó. Parece que el conductor está más o menos ileso y ya está alcanzando el arma en el suelo a unos pies de él. Le disparo en la cabeza antes de que llegue, recojo el arma y rodeo el auto. El último tipo está agachado en el suelo, vomitando. Basado en la cantidad de sangre en la parte posterior de su cabeza, la golpeó bastante fuerte. Pateo su arma lejos de él cuando escucho el sonido de otro carro acercándose. Cinco segundos después, Denis se estaciona detrás de mí y salta.

—Veo que ya tiene todo bajo control, jefe. —Sonríe como un idiota.

—¿Dónde demonios estabas?

—Tomé un giro equivocado. Lo siento, jefe.

Maldigo y señalo los otros tres cuerpos.

—Revísalos. Después llama para una limpieza. —Me giro hacia el tipo vomitando—. Agarra a ese de ahí y llévalo al almacén del este. Lo interrogaré mañana. Si es necesario, llama al médico para que lo vea. Lo necesito vivo.

Me doy la vuelta y me dirijo hacia mi auto.

Bianca

¿Qué es lo primero que dice mi marido cuando abre la puerta después de que le salvé la vida?

—Rompiste mis luces traseras.

Levanto las cejas, resoplo y me muevo al asiento del pasajero. Mikhail entra, y cuando se estira para encender el auto, noto la sangre en su mano derecha. Tomo una bocanada de aire y coloco mi mano sobre la suya. Suelta las llaves y me deja inspeccionar su palma. Hay suciedad mezclada con la sangre. No puedo ver de dónde está sangrando, y no quiero arriesgarme a

empeorarlo tratando de quitarle la suciedad. Tomo el dobladillo de mi camiseta, rasgo un trozo del material y luego lo envuelvo cuidadosamente alrededor de su mano. Cuando miro hacia arriba, lo encuentro observándome. Me señalo a mí misma, luego al volante.

—Es solo un rasguño, Bianca. Puedo conducir —dice y arranca el auto.

Mikhail pasa todo el viaje de regreso a su casa hablando con alguien por el altavoz. No estoy segura de quién es, pero la voz me resulta familiar, probablemente su *Pakhan*. No tengo idea de lo que se dice porque toda la conversación ocurre en ruso, así que me recuesto en mi asiento y cierro los ojos.

Me han disparado. De nuevo. En menos de un mes. ¿Se convertirá esto en la norma para mí ahora? Estar casada en la *Bratva* parece ser mucho más peligroso para la vida de lo que esperaba. Entonces, ¿por qué diablos no estoy más conmocionada por este hecho? Abro los ojos un poco y observo a mi esposo. Hay algo increíblemente sexy en la forma en que Mikhail habla ruso, suena menos cauteloso. No sé si es porque está usando su idioma nativo o porque es cercano a Petrov. ¿Alguna vez estará tan relajado conmigo?

Mikhail estaciona el auto en el garaje subterráneo y, cuando se inclina para abrir la puerta, veo una mancha roja en el asiento de cuero *beige*. Está herido. ¿Por qué no ha dicho nada, maldita sea? Lo sigo con la mirada y veo una mancha húmeda en su camisa, cerca de su omóplato izquierdo. ¿Qué carajo le pasa? Salto de mi asiento, azoto la puerta del carro y lo miro.

—¿Otra vez enojada conmigo?

Señalo su hombro y lanzo mis manos al aire. ¡Claro que estoy enojada!

—No es nada, Bianca. Relájate.

¿Relajarme? ¿Está sangrando por todas partes y quiere que me relaje? Me doy la vuelta y empiezo a marchar hacia el ascensor.

Cuando entramos al apartamento, voy directamente a la cocina, abro el cajón inferior donde guardé el botiquín de primeros auxilios la vez anterior y empiezo a sacar los suministros. Mikhail me observa desde la puerta, mientras alineo todo en el mostrador de la cocina y luego me lavo las manos. Una vez que termino, me vuelvo hacia él y espero.

Mikhail permanece parado en el mismo lugar, mirándome fijamente, y juro que, si no viene aquí en este segundo, lo voy a arrastrar yo misma. Finalmente, se mueve y va directo al fregadero. Después de quitarse el

vendaje improvisado y lavar la sangre, pone su mano sobre el mostrador frente a mí, con la palma hacia arriba.

Tres de sus dedos han sido cortados, probablemente con vidrio, pero es bastante superficial. Limpio los cortes, aplico un poco de crema antibiótica y pongo una bandita en cada uno. Cierro la caja, señalo su hombro, indicándole con el dedo que se dé la vuelta.

—No. Yo me encargaré de eso.

¿Y cómo planea tratar él mismo la herida en su espalda? Ladeo la cabeza hacia un lado y le digo las palabras moviendo los labios:

—El hombro.

Me ignora y alcanza el *spray* antiséptico. Oh, por el amor de Dios, es tan malditamente terco. Coloco mi mano sobre la suya y presiono mi otra mano contra su pecho. Lentamente, trazo las letras en su pecho con la punta de mi dedo.

P-O-R F-A-V-O-R

Mira mi dedo, luego me mira a los ojos y hay una expresión en su rostro... No puedo definirla del todo, pero parece vulnerable.

—Está bien —dice, y agarrándose por la cintura, me levanta para sentarme en la encimera.

Por unos momentos se queda allí de pie, con las manos agarrando el borde del mostrador a cada lado de mí, su cuerpo inclinado hacia adelante y su mandíbula en una línea firme. Nuestras caras están tan cerca que puedo sentir su aliento en mi piel mientras el azul profundo de su ojo me mira de cerca.

—No es una vista agradable, Bianca —agrega Mikhail con voz tranquila, con el rostro serio—. Si no puedes soportarlo, solo dilo.

No tengo ningún problema con la sangre. Ya lo sabe. Me estoy perdiendo algo. Mikhail me da la espalda y comienza a desabrocharse la camisa. Una sensación de pavor se acumula en mi estómago. Recuerdo su brazo de la única vez que lo vi. Siempre usa mangas largas, y la otra noche cuando puse mis manos en su espalda, sentí rugosidad en su piel. Aunque estaba demasiado oscuro para ver algo. Su vacilación no es sobre la herida en absoluto. No quiere que le vea la espalda.

Mikhail termina de desabrocharse la camisa, se la quita y la tira al suelo. Observo su espalda mientras las lágrimas comienzan a acumularse en las esquinas de mis ojos, y ninguna cantidad de autocontrol puede evitar que

caigan. Largas, ligeramente levantadas, pero descoloridas con marcas que se entrecruzan en su torso. Viejas heridas. Tantas... tantas de ellas. Hay algunos parches de piel intacta, sin embargo, aparte de eso, toda su espalda es un tapiz de tejido cicatricial.

Cierro los ojos por un segundo y seco las lágrimas con mi mano. Cuando miro de nuevo, Mikhail sigue de pie en la misma posición, de espaldas a mí, mirando al frente y dejándome observar. Respiro hondo, alcanzo la compresa y el *spray* antiséptico y dirijo mi atención a la incisión en su omóplato izquierdo. No es muy profundo y probablemente no necesitará puntos de sutura. Limpio el corte con una gasa esterilizada varias veces, cubro la herida con crema antibiótica y luego coloco vendajes de mariposa para mantener la piel unida. Cuando he terminado, pongo una capa de gasa sobre la lesión y la aseguro con unos cuantos trozos de cinta médica. Tomo otro respiro para prepararme para el dolor que vendrá y coloco mi mano en la parte superior de su brazo.

—Date la vuelta, Mikhail. —Mi voz es tan débil, apenas un susurro, no obstante, se siente como si estuviera gritando porque mi garganta duele como si alguien estuviera restregando papel de lija sobre mis cuerdas vocales.

Mikhail se vuelve hacia mí y el movimiento es tan rápido y repentino que me estremezco. Me mira como si me hubiera crecido otra cabeza. Muevo mi mirada hacia su pecho. Aquí no hay marcas de látigo, pero hay quemaduras en el costado y el estómago, así como numerosas cicatrices de cortes con cuchillo, como las de sus brazos. Por Dios, ¿cómo está vivo?

Miro su rostro serio, levanto las manos y las entierro en su cabello. Sin apartar mis ojos de su mirada, enganchó un dedo bajo el cordón de su parche y espero. No dice una palabra, solo rechina los dientes y asiente. Con un gesto afirmo en respuesta y le quito el parche.

Todavía tiene ambos ojos, pero mientras que su ojo izquierdo es claro y de un azul océano profundo, el iris del derecho es mucho más pálido y borroso. Hay algunas cicatrices fuertes en la piel que lo rodea y en el párpado, como si alguien hubiera intentado quitarle el ojo.

—Me queda alrededor del 5 por ciento de vista en mi ojo derecho —explica con voz distante—, pero interfiere con la vista en mi ojo izquierdo, haciendo que todo sea borroso. Uso el parche todo el tiempo, excepto cuando duermo, hago ejercicio o me ducho.

«Oh, Mikhail... ¿Qué te pasó?». Me pregunto si alguna vez me lo dirá. Conmigo sentada tan alta, estamos casi cara a cara, así que me inclino hacia adelante hasta que nuestras narices se tocan y pongo las palmas de las manos a cada lado de su rostro, sintiendo las ásperas crestas que estropean su piel.

—Dios, Bianca. —Cierra los ojos y toca su frente con la mía—. ¿Cómo puedes soportar mirarme?

Extiendo mi mano para quitar un mechón de su cabello que ha caído sobre su frente y paso el dorso de mi palma por su mejilla derecha. El dolor que experimentó sosteniendo esto debe haber sido insoportable. La más larga de las cicatrices divide su ceja derecha en dos partes, y paso mi dedo a lo largo de ella, luego hacia abajo por su nariz, hasta llegar a su boca.

—Creo... —Mi garganta grita de dolor, mientras el susurro agrietado sale de mis labios, pero continúo de todos modos—. Que eres... guapo.

Tomo su rostro con mis palmas y le doy un beso en los labios. Luego otro. Estoy obsesionada con sus labios.

—Estás loca, *solnyshko*.

No, no loca. Simplemente enamorada de él.

No me importan las cicatrices o su ojo. Para mí, es el hombre más guapo que he conocido. Lentamente, deslizo mis manos por su pecho y abdominales hasta que llego a la cinturilla de sus pantalones y empiezo a desabrocharlos. Mikhail deja escapar un sonido parecido a un gruñido, me agarra por la cintura y me lleva a su dormitorio.

—Quítate la ropa —ordena mientras me deposita en la cama.

Me quito la camiseta y los *jeans* en un tiempo récord y busco a tientas el broche de mi sostén mientras él engancha los dedos en la cinturilla de mis bragas y las desliza por mis piernas.

—Eres... —Coloca un beso en mi tobillo—. Tan jodidamente hermosa. —Otro beso, este en el interior de mi muslo.

Lo observo mientras se agacha, entierra su cara entre mis piernas y lame mi coño.

—No soy muy digno de mirar —otra lamida—, pero me aseguraré de que nunca pienses en ningún otro hombre, Bianca.

Mete un dedo dentro de mí y comienza a chupar mi clítoris. Es demasiado, pero al mismo tiempo, quiero más. Agrega otro dedo y, oh, Dios, creo que voy a combustionar. Sus dedos estiran mis paredes, su

lengua rodea mi clítoris, y arqueo la espalda desde la cama mientras una ola de placer sacude mi cuerpo. Mikhail retira su boca de mi coño y, de repente, siento la punta de su pene en mi entrada, aunque no me penetra de inmediato. En cambio, su gran cuerpo se cierne sobre el mío, su mano agarrando la parte de atrás de mi cuello mientras me mira con ojos dispares.

—¡Mía! —gruñe cuando comienza a deslizar su pene dentro de mí tan lentamente que siento que voy a perder la cabeza—. Si veo a un hombre tocarte, lo mataré, Bianca. —Coloca su palma en mi mejilla y se empuja dentro de mí, luego se retira.

Tomo una respiración profunda y mis ojos se vuelven hacia mi cabeza. Mikhail levanta mis piernas y las apoya sobre sus hombros, lo que le permite adentrarse más en mí. Golpea ese punto de nuevo, y puedo sentir que me acerco al clímax. Cuando levanta mis caderas de la cama y empuja hacia mí, los temblores comienzan a sacudir mi cuerpo. Las estrellas blancas explotan detrás de mis párpados mientras aguanto mi orgasmo, a la par que Mikhail continúa golpeándome, destruyéndome de la mejor manera posible.

Capítulo 11

Mikhail

Felicidad. No recuerdo la última vez que me sentí verdaderamente feliz. Satisfecho, sí. Pero esta emoción, esta sensación de ingravidez llenando todo mi cuerpo, es completamente extraña. Miro a Bianca, quien está acurrucada a mi lado, su mano en mi pecho y una pierna entre las mías, y mi duro corazón se ablanda.

—Tengo que levantarme —susurro y deposito un beso en la parte superior de la cabeza de Bianca—. Sisi estará aquí con Lena en media hora.

Ella me mira, sonríe y toma mi mano para inspeccionar mis dedos. Satisfecha de que las banditas todavía están en su lugar, se sienta y me hace señas para que me dé la vuelta. Las cortinas de las ventanas están abiertas y toda la habitación está bañada en luz, poniendo cada marca en mi piel a la vista. Aun así, me pongo boca abajo y, mirando por la ventana, espero.

Coloca su palma en mi espalda baja y lentamente mueve su mano hacia arriba, su toque increíblemente ligero. Experimento una sensación de hormigueo cuando su cabello cae sobre mi piel, y luego sus labios, colocando un beso entre mis hombros donde la cicatriz es peor.

—Por favor... no hagas eso.

La sensación de hormigueo viaja hacia arriba cuando las puntas de su cabello tocan la piel justo debajo de mi hombro, y se inclina y me susurra al oído:

—¿Por qué?

—Dios, nena, ¿cómo puedes siquiera preguntar?

—Me gustas... Mikhail —dice, su voz apenas audible—. Cada... pequeña... parte... de ti.

La última palabra se pierde y lo único que escucho son sus respiraciones cortas mientras el escalofrío me recorre la columna. Me levanto de un salto hasta sentarme, acuno su rostro entre mis manos y espero estar equivocado.

—Duele cuando hablas, ¿no?

Me mira y asiente.

Cierro los ojos y beso su frente. Debería matarme como el imbécil que soy. Un *imbécil* egoísta y mentiroso que la hizo lastimarse a sí misma sin ninguna razón.

—Nunca volverás a hacer eso. —Pongo mi dedo sobre sus labios—. Prométemelo.

Su rostro cae, pero asiente de nuevo, haciéndome sentir aún peor. Mierda. Me levanto de la cama, me pongo los pantalones y me paro frente a la ventana, mirando a la gente apresurándose por la acera de abajo. Ella me odiará.

Pongo mis manos en la parte de atrás de mi cabeza y tomo una respiración profunda.

—Necesito decirte algo.

Bianca

De repente Mikhail está actuando de forma extraña, caminando de un lado al otro frente a la ventana. Se detiene por un segundo, me mira, luego niega con la cabeza y continúa caminando. ¿Pasó algo? Debe ser algo malo, porque no recuerdo haberlo visto nunca tan angustiado.

Finalmente, se detiene y se vuelve hacia mí.

—Sé que te enojarás, y tienes todo el derecho a estarlo. Espero que me perdones por no decírtelo de inmediato. Lo lamento.

Mis ojos se abren como platos, mi mandíbula casi toca el suelo mientras observo sus dedos haciendo formas familiares mientras habla. La forma en que sus manos se mueven, rápidamente y con facilidad... Dios mío, no solo está familiarizado con el lenguaje de señas. Sé lo suficiente para una conversación diaria. Nunca sería capaz de tener discusiones filosóficas y tal. Sin embargo, por la forma en que seña Mikhail, es evidente que es un profesional.

—¿*Por qué?* —Hago señas y lo miro fijamente, asegurándome de que toda la tristeza y la decepción sean visibles en mi rostro.

—Porque hubiera requerido una explicación, y no estaba listo para dártela. Lo lamento.

—¿*Y no podías simplemente decir eso?*

Me levanto de la cama y, sin mirarlo, me dirijo directamente a la habitación de invitados, cerrando la puerta con todas mis fuerzas.

* * *

El sonido de la risa de Lena llega a mis oídos y me siento en la cama. Me pasé dos horas tirada allí, mirando al techo, pensando.

Mikhail sabe lenguaje de señas y no dijo una palabra al respecto en todo este tiempo. Fue egoísta y grosero, como cuando te colocas tapones en los oídos a propósito, solo para que no escuches lo que la otra persona tiene que decir. Me siento tan traicionada.

—Pero quiero panqueques. —La voz de Lena me llega a través de la puerta—. Por favor, papi. —No escucho lo que dice Mikhail, solo la infeliz respuesta de Lena—. Está bien, papi.

Cuando salgo de la habitación de invitados, veo a Mikhail de pie junto al mostrador, una sartén y un cartón de huevos frente a él. Lena está sentada en el piso de la sala, jugando con el libro que compramos el otro día. Cuando me ve venir, salta y corre en mi dirección.

—Bianca, ¿puedes hacer panqueques? Papi no sabe cómo hacer panqueques. ¿Puedes hacer panqueques?

Sonrío, rozo el dorso de mi palma sobre su mejilla sonrosada y asiento.

Chilla de alegría, toma mi mano y comienza a arrastrarme hacia la cocina.

—¡Papi!, ¡papi!, Bianca hará panqueques.

Me lleva a la estufa, y me encuentro de pie junto a Mikhail, con mi hombro rozando su brazo. Lena me suelta la mano y vuelve corriendo a la sala de estar, dejándome sola con el mentiroso de mi marido.

—No tienes que hacerlo —musita sin mirarme—. Le haré huevos revueltos.

Lo ignoro y voy al otro lado de la cocina para sacar la batidora del cajón, luego abro la alacena para sacar un bol. Está en el segundo estante, así que me pongo de puntillas y lo trato de alcanzar. Dos grandes manos rodean mi cintura mientras Mikhail me levanta las últimas pulgadas. Una vez que obtengo lo que busco, me baja sin una palabra, luego sale de la cocina y se dirige a sentarse en el suelo junto a Lena. Ella toma el libro y se sienta en su

regazo, y lo observo mientras señala algo en la página y comienza a hacer ruidos de animales. Lena se ríe y lo besa en la mejilla, luego señala otra cosa.

Comienzo a hacer la masa para panqueques, sin embargo, no puedo resistirme a echarles un vistazo cada pocos minutos. Mi esposo es tan extraño. No lo entiendo, y todavía estoy enojada con él, aunque no puedo ignorar su presencia. Es como si una fuerza mágica me estuviera atrayendo hacia su persona. A pesar de que estoy enojada, se necesita una gran cantidad de autocontrol para evitar ir allí, solo para estar más cerca de él.

Mientras espero a que se cocinen los panqueques, reviso los mensajes en mi teléfono. Hay tres de Milene, indagando cómo están las cosas y preguntando por el regalo de *Nonna*. Mierda. Me olvidé de eso otra vez. Le envío un mensaje de texto rápido diciendo que todo está bien y preguntándole sobre la escuela. El siguiente mensaje es de Angelo.

11:17 Angelo: ¡Todo el mundo conoce a Mikhail maldito Orlov! ¡No puedo creer que papá lo haya hecho! ¿Estás bien? No sé cuándo volveré. Tengo algunas cosas con las que lidiar aquí, pero tan pronto como regrese iré a verte. Si te hace algo, tienes que decírmelo de inmediato y me encargaré de él.

Le doy la vuelta a los panqueques y leo el mensaje una vez más, confundida. ¿Qué cree que me está haciendo Mikhail?

21:13 Bianca: Estoy bien. ¿Cuál es el problema de que esté casada con Mikhail? ¿Ustedes dos se pelearon en algún momento o algo así?

El mensaje de mi mamá es el siguiente. Está preguntando de nuevo sobre el viaje de compras que le prometí. La ignoro, guardo mi teléfono y vuelvo a los panqueques.

Casi termino cuando suena el teléfono de Mikhail. Toma la llamada y, por unos momentos, solo escucha a la persona del otro lado y luego maldice. Levantando a Lena, la lleva a la cocina, la coloca en uno de los taburetes y se vuelve hacia mí.

—¿Puedes cuidar a Lena durante una hora más o menos? Surgió algo y es demasiado tarde para llamar a Sisi.

Asiento y vierto más masa en la sartén.

—No tardaré mucho.

Hay un ligero beso en la parte superior de mi cabeza, y luego se va. Cierro los ojos y respiro hondo. Es difícil seguir enojada con Mikhail cuando cada célula de mi cuerpo parece, de alguna manera, estar en sintonía con él, anhelando estar más cerca.

Mikhail

Es bien entrada la noche cuando estaciono mi auto dentro del almacén. Salto y me dirijo hacia la esquina donde el chico albanés de esta mañana está sentado en el suelo. Parece medio muerto. Me giro hacia Denis, que está de pie junto a él, y aprieto los dientes.

—¿Dónde diablos está el doctor? —gruño.

—Está fuera de la ciudad. No puede llegar antes de mañana. Le dije los síntomas del tipo y contestó que era una conmoción cerebral grave o que tenía una hemorragia intracraneal. Necesita ir a un hospital.

Miro al imbécil sentado en un charco de su vómito.

—Se atrevió a dispararle al auto mientras mi esposa estaba adentro. No irá a ninguna parte.

Hay una botella de agua en una silla cercana, así que la agarro y salpico el contenido sobre la cabeza del tipo. Se estremece, murmura algo incoherente y se recuesta contra la pared. Basado en lo pálido que está y la mirada desenfocada en sus ojos, no durará mucho. Tendré que trabajar rápido.

Regreso a mi coche, abro el maletero y saco una caja de herramientas. Por fuera, parece un juego de herramientas ordinario, pero al quitar la caja interior, se revela un compartimento oculto, donde guardo las instrumentos reales de mi oficio. Agarro una de las jeringas y un bisturí, y regreso.

—¿Qué es eso? —pregunta Denis, señalando la jeringa.

—Inyección de adrenalina —agrego mientras entierro la aguja en el costado del cuello del tipo—. Podría hacerlo más coherente por un corto tiempo. Nunca lo he probado en alguien con una conmoción cerebral.

—Entonces, ¿hará que mejore? ¿Por qué Doc no pensó en eso?

—Porque Doc no mata gente para ganarse la vida. —Lanzo la jeringa a un lado, me agacho y tomo la mano del albanés—. Cuando la adrenalina

abandone su sistema, colapsará. Duro. Agárralo por los hombros y mantenlo quieto.

Sosteniendo al tipo por la muñeca, fuerzo su palma hacia el suelo y coloco el bisturí en la raíz de su pulgar. El albanés se vuelve coherente en el momento exacto en que le corto el dedo y comienza a gritar.

—¡Cierra la puta boca! —Lo abofeteo en la cara. No es lo más inteligente teniendo en cuenta su condición, pero estoy de mal humor—. Escúchame con atención. Vas a morir esta noche. Puede ser rápido, o puedo asegurarme de que sea extremadamente lento y doloroso. Asiente si lo entiendes.

Él gime y asiente, tratando de sacar su mano de mi agarre. Arrastro el bisturí y le corto otro de sus dedos, lo que resulta en otro ataque de gritos.

—¿Quién te envió a interceptarnos y cuáles fueron tus órdenes? —le grito en la cara.

—No lo sé. —Se ahoga—. Arben habló con el tipo que pagó el trabajo.

—¿Quién es Arben? —murmura algo y cierra los ojos. Parece que la adrenalina no está funcionando. Lo abofeteo de nuevo—. Dije, ¿quién es Arben?

—El conductor.

Uno de los tipos a los que le disparé. ¡Mierda!

—¿Qué querían que hicieras?

—Matar al hombre con el parche en el ojo. —Me mira y se estremece—. Era solo un trabajo.

—¿Qué pasa con la mujer?

—El tipo dijo que ella no es importante.

No es importante. Tomo una respiración profunda, tratando de evitar matarlo de inmediato

—¿Algo más?

—Nn-no.

—¿Sabes cómo era el hombre que se reunió con Arben?

—No. —Su voz es apenas audible ahora.

Mierda. Me pongo de pie y saco el arma de la funda debajo de mi chaqueta.

—No es importante —escupo y le disparo en la cabeza. Volviéndome hacia Denis, lo inmovilizo con mi mirada—. Asegúrate de no llegar tarde la próxima vez, Denis.

Da un paso atrás.
—Por supuesto, jefe.
—Bien. Limpia este desastre.

Bianca

Son casi las cuatro de la mañana y empiezo a preocuparme. ¿Dónde está Mikhail?

Cuando Lena se quedó dormida, fui a la cocina a arreglar el desorden y luego me di una ducha rápida, esperando que él regresara cuando terminara. ¿Ha pasado algo?

Tomo una de las camisetas que le robé y me la pongo. Estoy terminando de trenzar mi cabello cuando siento palmas ásperas cubriendo mis manos. Suelto los mechones y mi cabello cae mientras miro el reflejo de Mikhail en el espejo. Se para detrás de mí y vuelve a dividir mi cabello en tres secciones, luego comienza a trenzarme el cabello. Sus movimientos pueden ser un poco torpes, pero parece que sabe lo que está haciendo.

—Mi hermana siempre me molestaba para que le trenzara el pelo cuando nuestra madre no estaba —confiesa sin mirarme a los ojos, y hay tanto dolor en esa frase que me atraviesa el corazón—. Oksana era sorda de nacimiento. Era cuatro años mayor que yo, así que aprendí el lenguaje de señas antes de aprender a leer.

No es solo el hecho de que está usando el tiempo pasado. Puedo sentirlo en el tono de su voz... Algo malo le pasó a su hermana. Mikhail levanta la cabeza y nuestras miradas chocan en el espejo. Hay un sentimiento tan atormentado en sus ojos, y sé con certeza que lo que pasó es mucho peor de lo que puedo imaginar.

Tomo la cinta para el pelo de la cómoda, se la ofrezco a Mikhail y espero a que asegure la trenza.

—Me temo que no es mi mejor trabajo —suspira—. Es posible que desees hacerlo de nuevo.

—*Es perfecto.* —Seño en el espejo.

Mikhail coloca sus manos en mis caderas, me da la vuelta y levanta la mano para pasar un dedo por un lado de mi cara.

—Lo lamento. —Suspiro, tiro de su brazo hasta que se encorva y le doy un beso en los labios—. ¿Estoy perdonado?

—*Todavía no. Tendrás que trabajar mucho más para eso.*

Levanta la ceja izquierda y sus labios se ensanchan ligeramente.

—¿Qué tenías en mente? ¿Algún tipo de trabajo manual?

—Sí. —Sonrío y empiezo a desabotonar su camisa.

Siento sus manos en mi estómago, tirando lentamente de mi camisa.

—Entonces, será mejor que empiece.

Me saca la camiseta por la cabeza, me quita las bragas y me gira para mirarme al espejo, con mi espalda desnuda presionada contra su pecho. Observo nuestros reflejos: yo completamente desnuda y él parado detrás de mí con su camisa negra y pantalones de vestir. Coloca un beso en mi cuello mientras sus manos llegan a mi cintura y lentamente comienzan a deslizarse hacia abajo, sobre los huesos de mi cadera y luego más abajo.

—Quiero que mires. —Su mano derecha se desliza aún más abajo, entre mis piernas—. Lo hermosa que eres cuando tienes un orgasmo.

Su palma se presiona contra mi coño mientras muerde mi hombro al mismo tiempo, haciéndome estremecer por la sensación combinada. Un dedo entra en mi centro, y me agarro a su antebrazo, presionándome en su mano. Hay algo impropio en verme así, con él tocándome tan íntimamente mientras todavía está completamente vestido.

Su otra mano se desliza hacia abajo, su dedo rodea mi clítoris, luego presiona el lugar en la parte superior de mi coño. Un gemido silencioso escapa de mis labios y cierro los ojos, disfrutando la sensación.

—Ojos en el espejo, Bianca. O me detengo. —Los abro al instante—. Buena chica.

No puedo apartar la mirada de nuestro reflejo en el espejo. El enorme cuerpo de Mikhail presionado contra el mío, sus manos entre mis piernas, sus labios trazando una línea de besos en mi hombro. Otro dedo entra en mí mientras comienza a jugar con mi clítoris con la otra mano, cambiando el ritmo de lento a rápido, luego lento de nuevo, haciendo que mi cuerpo tiemble más fuerte.

—Vente para mí, mi corderita —susurra en mi oído y enrosca sus dedos dentro de mí mientras presiona mi clítoris, y exploto.

Los temblores que sacuden mi cuerpo son tan fuertes que no puedo mantenerme en pie, así que agarro su antebrazo con ambas manos y observo

a Mikhail en el espejo. Compuesto. Ni un pelo fuera de lugar. Mirándome directamente a los ojos. Hombre malvado, *malvado*. Los tipos silenciosos son siempre los más peligrosos.

Capítulo 12

Mikhail

Ella ha estado robando mi ropa. Según mi cálculo actual, hasta ahora se ha llevado al menos cuatro camisetas, mi sudadera con capucha favorita y una camisa de vestir. Y parece que ha decidido que necesita otra sudadera con capucha para su colección.

—¿Esta servirá? —pregunto.

—*Sí. Perfecta.* —Bianca toma la sudadera negra que estoy sosteniendo, se la pone y comienza a enrollar las mangas.

Sé que consiguió el resto de sus cosas. Denis fue a casa de su padre hace dos días y trajo las cajas que empacó su hermana.

—¿Hay alguna posibilidad de que me la devuelvas? —digo y acaricio su rostro con el dorso de mi mano.

Me mira, sonrío y niega con la cabeza. Mi pequeña ladrona. Sonrío, tomo su barbilla para inclinar su cabeza y la beso.

—¡Sisi, Sisi, se están besando otra vez! —Lena grita desde algún lugar detrás de mí—. Roby me pidió besarme hoy y le dije que estaba bien. Me besó en la mejilla. Le diré que me bese en la boca mañana.

Mi cabeza se levanta. Giro sobre mis talones, camino hacia la cocina donde Lena está viendo a Sisi preparar el almuerzo y me agacho frente a mi hija.

—No beses a los chicos, Lena. Eres demasiado joven para eso.

—No soy. Me voy a casar con Roby —declara con seriedad, y Sisi se echa a reír.

Dios. No esperaba tener esta conversación hasta dentro de una década.

—¿Por qué quieres casarte con Roby? ¿Es una buena persona?

—No, siempre pelea con otros chicos.

—Entonces, ¿por qué quieres casarte con él, *zayka*?

—¡Tiene dos perros y un periquito, papi!

—¿Te gustaría tener una mascota, *Lenochka*? ¿Un pez dorado tal vez?

—«*Por favor, no pidas un periquito*».

—¡Quiero un periquito, papi! Por favor, ¿por favor, puedo tener un periquito? ¡Sisi, Bianca, papi dijo que puedo tener un periquito! ¿Podemos ir a comprar un periquito ahora? Papi, ¿cuándo vamos a comprar mi periquito?

«*Maravilloso*». Suspiro.

—De acuerdo. Iremos a comprar un periquito la próxima semana, Lena.

—¡Sí! —grita de alegría y comienza a correr alrededor de la mesa del comedor.

Hay un ligero toque en mi antebrazo derecho. Giro la cabeza y encuentro a Bianca parada allí, mirándome con una expresión divertida en su rostro.

—¿Crees que dejará de hablar sobre casarse con Roby cuando tenga el periquito? —pregunto.

—No. —Bianca dice moviendo los labios y sonríe.

—Sí, tampoco lo creo.

—*Eres un padre extraordinario*. —Seña—. *Ella tiene suerte de tenerte*.

Coloco mi palma en su mejilla. No tiene idea de cuánto significan sus palabras para mí.

—Mikhail —llama Sisi desde la cocina—. Hay una reunión de padres y maestros programada para mañana por la tarde en la guardería. ¿Quieres que vaya?

—¡Papi irá a la reunión! —Lena grita desde debajo de la mesa—. Papi, ¿quieres ir?

—Papi irá a la reunión, *zayka*.

—¿Puede venir Bianca? Bianca, ¿vendrás con papá?

Miro a Bianca para encontrarla observándome.

—No tienes que ir.

—*Me encantaría ir*. —Seña, ladea la cabeza hacia un lado y luego continúa—. *¿No te gusta ir a la guardería de Lena?*

Toco su barbilla. No pensé que yo fuera tan fácil de leer.

—No.

—*¿Por qué?*

—Porque algunos de los amigos de Lena me tienen miedo.

—*Los niños pueden ser estúpidos a veces*. —Rueda los ojos.

Mi corderita. La mayoría de los días parece mucho más madura que sus veintiún años, pero la verdad es, que es demasiado inocente. Si no lo fuera, probablemente vería lo que inconscientemente sienten esos niños: que

deberían darse la vuelta y correr lo más rápido que puedan en el momento en que me vean llegar.

Capítulo 13

Mikhail

Bianca quería comprar un regalo para su abuela y esperaba que fuéramos a un centro comercial o a una joyería. En cambio, me encuentro en una tienda pequeña y estrecha que se especializa en sombreros hechos a medida. Cuando entramos, me convengo de que me ha dado la dirección equivocada. Ninguna de las cosas que se muestran aquí parecen un sombrero. Todo es plumas multicolores e ikebana. Uno, en particular, me llama la atención y parece un pájaro muerto.

Bianca señala algo que se parece a un plato azul con una variedad de flores artificiales blancas y verdes que brotan de él. Es atroz.

—¿Hablas en serio?

Ella simplemente asiente, toma la monstruosidad azul verdosa y se la pone en la cabeza. Me resulta difícil no reírme cuando camina hacia el espejo y comienza a girar la cabeza de izquierda a derecha, observando el sombrero desde todos los ángulos. Incluso con esa cosa loca puesta, mi esposa es increíblemente hermosa. Lleva una falda de flores que le llega hasta las rodillas y la ha combinado con un *top beige* y unos tacones del mismo color. Me he acostumbrado a verla con el cabello suelto o en una trenza, pero hoy lo tiene recogido en un moño en la parte superior de la cabeza. Creo que quiere causar una buena impresión con la maestra de la guardería. Se vuelve hacia mí y seña:

—*Nos lo llevamos.* —Luego, lleva el horrible sombrero a la caja registradora.

Cuando salimos de la tienda, agarro la mano de Bianca y la guío hacia el pequeño restaurante con mesas al aire libre que noté un poco más abajo en la acera. Tengo que ir a trabajar después de recoger a Lena y no volveré hasta tarde, así que quiero pasar un poco más de tiempo con ella.

Tomamos una de las mesas auxiliares y, mientras esperamos la comida, observo nuestro entorno. Esta situación con los albaneses empieza a preocuparme.

—Entonces, estás segura de que a tu abuela le gustará esa... ¿cosa? —
Bebo un sorbo de mi vino y miro la caja que está en la esquina de la mesa.

—*Le encantará.* —Bianca seña y se concentra en su comida.

Lo dudo mucho.

—Tiene un gusto extraño entonces.

—*Todo el mundo piensa que Nonna Giulia está un poco loca.*

—¿Tú no?

—*No. Solo finge que lo es, para poder salirse con la suya. Contrató strippers masculinos para su último cumpleaños.*

Bianca se echa a reír cuando casi me atraganto con el vino. Me encanta su sonrisa, la forma en que llega a sus ojos me recuerda a un rayo de sol en un día oscuro y tormentoso.

—*V tvoyikh glazakh kusohek neba, solnyshko.* —Me mira, confundida, así que traduzco para ella—. Significa: hay un trozo de cielo en tus ojos, rayo de sol. —Me resulta difícil de creer, pero sus mejillas en realidad se ponen un poco rojas. A veces olvido lo joven que es—. ¿Te molesta la diferencia de edad entre nosotros? —pregunto.

A fin de cuentas, supongo que la diferencia de edad de diez años es lo menos problemático.

—*No. ¿Por qué?*

—No sé. Tal vez te gustaría salir todas las noches, ir de fiesta, hacer lo que otras... chicas de tu edad hacen.

—*La mayoría de las chicas de mi edad no han estado entrenando seis horas al día desde que tenían doce años. Salir de fiesta hasta el amanecer nunca fue lo mío. Sin embargo, no me opondría si mi esposo me llevara a bailar de vez en cuando. ¿O eres demasiado mayor para eso?*

Me inclino sobre la mesa, tomo su barbilla entre mis dedos y beso sus labios carnosos.

—Ya veremos.

—*¿Cómo va el trabajo?*

—Lo mismo de siempre. La esposa del *Pakhan* nos invitó a cenar el lunes. ¿Quieres ir?

—*Claro. ¿Cómo es ella? No estaba en la boda.*

—Está embarazada de tres meses, y muy antipática últimamente. Creo que podría terminar matando a Roman.

—*¿Por qué?*

—Digamos que el comportamiento de Roman se volvió un poco extremo una vez que descubrió que estaba embarazada. Ya verás.

—*Nunca me dijiste lo que haces para la Bratva.*

—Organizo la distribución de drogas —explico.

—*¿Conoces a mi hermano? ¿Angelo?*

Una pregunta interesante.

—No creo que nos hayamos conocido.

—*Que extraño. Tengo la impresión de que él te conoce.*

Sí, probablemente sabe de mí. La mayoría de las personas en nuestros círculos lo hacen. Necesito cambiar la dirección de esta conversación.

—*¿Cuándo empezaste con el ballet?*

—*Mi mamá me llevó a mi primera lección cuando tenía cuatro años. Empecé con un entrenamiento más intensivo a los seis.*

—Quince años. Debe haber sido duro dejar todo eso atrás.

—*Lo más difícil que he hecho. Podría haberme quedado, tomado algunos papeles secundarios con una coreografía menos exigente. Menos saltos. En cambio, decidí retirarme. Irme mientras todavía estaba en la cima. Es vanidoso, lo sé.*

—No es vanidoso. —Tomo su mano y paso mi pulgar por el interior de su palma. Tan suave—. ¿Qué le pasó a tu voz, Bianca?

La siento quedarse quieta. Aparta su mano de la mía, bebe un sorbo de su jugo de naranja y mira hacia algún lugar detrás de mí.

—*Tenía once. Mi padre me estaba llevando al entrenamiento. Era domingo, alrededor de las siete de la mañana. Hubo una fiesta la noche anterior, estaban celebrando algo. Todavía estaba un poco borracho. Nos estrellamos.*

La observo mientras respira hondo y me mira.

—*Dijeron que no respiraba cuando llegó la ambulancia. Tuvieron que entubarme en el acto. El paramédico que lo hizo era joven y estaba asustado. Él arruinó algo. Dañó mis cuerdas vocales.*

—¿Y tu padre?

—*Hombro dislocado.* —Sonríe y mira hacia otro lado—. *Bruno Scardoni es como una cucaracha.*

Es evidente que no quiere hablar más de eso.

—Lo lamento. —Alcanzo su mano y beso la parte superior de sus dedos. Alguien tiene que matar a ese imbécil.

Bianca

No me gusta la forma en que la maestra de Lena mira a Mikhail. Desde el momento en que entramos en la sala de juegos, ha estado lanzando miradas en nuestra dirección de vez en cuando, así que me acerco a él y envuelvo mi brazo alrededor de su cintura. La maestra habla sobre los libros que recomienda que los padres compren para las actividades del próximo mes y, por un momento, sus ojos vagan hacia mí, mirándome de pies a cabeza como si me estuviera evaluando. Es evidente que le gusta Mikhail, y eso no me agrada ni un poco.

Después de que termina de enumerar los materiales, algunos de los padres se reúnen para discutir el progreso de sus hijos, pero Mikhail y yo nos quedamos atrás y esperamos hasta que la multitud se disipe. Cuando nos acercamos a la profesora, dejo que mi brazo caiga de la cintura de Mikhail y decido quedarme unos pasos atrás. No se siente bien entrometerse.

—Señor Orlov —canturrea la profesora con voz azucarada—. No lo hemos visto desde hace bastante tiempo.

Es bonita, parece tener poco más de treinta años y, basándome en la enorme sonrisa en su rostro, *realmente* le gusta mi esposo.

—¿Cómo está Lena? ¿Algún problema? —pregunta Mikhail, ignorando su comentario.

—Oh, Lena es una niña maravillosa, se porta muy bien. Está haciendo un gran trabajo con ella. —Bate sus pestañas hacia él como una colegiala enamorada, y mi visión se vuelve roja. Cubro los pocos pies que nos separan en dos segundos, envuelvo mi mano alrededor de la cintura de Mikhail de nuevo y sonrío.

El brazo de Mikhail me rodea la espalda.

—Señorita Lewis —dice—, esta es Bianca. Mi esposa. —No puedo recordar la última vez que sentí tanta satisfacción como ahora, viendo sus ojos agrandarse como platos. «*Así es, zorra. Está fuera del mercado. Como ya deberías haber deducido tú misma*»—. Si eso es todo, deberíamos irnos. Lena nos está esperando en el pasillo. —Mikhail asiente hacia la puerta.

—Sí, claro.

Cuando nos vamos, lanzo una mirada por encima del hombro para encontrar a la maestra observándonos. Sin apartar mis ojos de los de ella, deslizo mi mano desde la parte baja de la espalda de Mikhail hacia abajo hasta que aterriza en su trasero duro como una roca, y no puedo resistirme a apretarlo un poco.

Cuando salimos al pasillo, Mikhail se inclina para susurrarme al oído.

—¿Acabas de apretar mi trasero?

—Tal vez —gesticulo y lo hago de nuevo.

—¡Papi, papi! —Lena salta del pequeño banco a nuestra derecha y brinca a los brazos de Mikhail—. ¿Podemos ir a comprar mi periquito ahora, papi?

—Sí. —Mikhail suspira y la besa en la frente.

Pasamos por la tienda de mascotas de camino a casa y Lena elige un pequeño periquito azul. Mientras Mikhail le pide al encargado de la tienda las pautas sobre alimentación, Lena y yo vamos al estante de la izquierda para recoger algunos juguetes para pájaros. La puerta de la tienda se abre y dos niños de la edad de Lena entran corriendo, seguidos por su madre, y corren hacia las peceras que se exhiben en la pared.

—¡Mami, quiero un pez dorado! —Uno de los chicos grita.

—No quiero un pez dorado. ¡Quiero uno negro, como Batman! —exclama el otro—. Los peces dorados son para niñas.

Todavía están peleando por el pez cuando salimos de la tienda, y mientras caminamos hacia el auto, miro a Lena, quien de repente se ha quedado inusualmente callada. Esperaba que estuviera emocionada, pero no dice una palabra mientras Mikhail coloca la jaula con el pájaro en el asiento trasero y asegura a Lena en su lugar en el coche. Es extraño, suele parlotear sin parar.

Cuando todos estamos dentro y Mikhail se acerca para encender el vehículo, Lena finalmente habla.

—¿Papi? ¿Dónde está mi mamá?

La mano de Mikhail se detiene con las llaves a medio camino del encendido. Respira hondo, luego se gira y toma su pequeña mano entre las suyas.

—Tu mami está con los ángeles ahora, *zayka*.

—¿Por qué?

—Ella... estaba enferma, *Lenochka*.

—¿Como el papi de Charley?

—Sí, *zayka*. Como el papá de Charley.

Me estiro y coloco mi mano sobre el muslo de Mikhail. Esto es difícil para él. Lo veo en la forma en que está apretando el volante con la otra mano, sus nudillos blancos por la tensión.

Lena inclina la cabeza hacia un lado, me mira por un momento y se vuelve hacia Mikhail.

—Charley tiene un nuevo papi ahora. ¿Bianca es mi nueva mami?

Se me corta el aliento y, al mismo tiempo, siento que el cuerpo de Mikhail se queda inmóvil bajo mi mano. Nunca hemos hablado de cómo debería llamarme Lena. Supuse que sería Bianca, sin embargo, no había contado con el hecho de que es demasiado joven para entender. Basado en la expresión de pánico en el rostro de Mikhail, tampoco esperaba esto. No obstante, deberíamos haberlo hecho.

—¿Recuerdas cuando hablamos de esto? ¿Que papá y Bianca se iban a casar y que todos viviríamos juntos?

—Sí, papi. El nuevo papi de Charley también vive con ellos.

Deberíamos haber asumido que "la esposa de papi" podría ser igual a "mami" para ella. Siempre he querido tener hijos, pero parecía algo que no sucedería pronto. No creo que me importe si Lena comienza a llamarme mamá. Lo considero por un momento. No, no me importaría en absoluto. De hecho, me gusta la idea. Si Mikhail está de acuerdo con eso, por supuesto.

—Bueno, *Lenochka*, es... —Mikhail comienza, mas le aprieto el muslo y se gira hacia mí.

—*Puedes decirle que sí. Si te parece bien.*

No dice nada, solo me mira. Tal vez no le guste la idea de que Lena me considere su nueva mamá. Darme cuenta duele, sin embargo, me aseguro de que no se muestre en mi rostro.

—*No tienes que hacerlo. Yo solo...* —Suspiro—. *Está bien. Podemos intentar explicárselo.*

Mikhail extiende su mano, toma mi mejilla y se inclina hacia adelante.

—Lena nunca hablaba de su madre, y —cierra el ojo y maldice—... La cagué. Pensé que entendía. Es demasiado joven. Debería haber intentado

explicar mejor las cosas. Tú y yo deberíamos haber hablado primero. No puedo pedirte esto, Bianca.

—*Eres un buen padre, y no cagaste nada.* —Seño y rozo su mano—. *Y estoy bien con Lena pensando en mí como su nueva mamá.*

—Tienes veintiún años, nena. —Mikhail frunce el ceño.

—*Mi madre tuvo a Angelo cuando tenía diecinueve años. Está bien.*

—¿Estás segura?

Me inclino y coloco mis labios sobre los suyos.

—Sí —susurro en su boca y lo beso.

Capítulo 14

Mikhail

Estoy apoyado en el mostrador de la cocina y buscando en mi teléfono actualizaciones sobre el trabajo cuando entra Bianca. Miro hacia arriba y mi respiración se detiene por un momento. Con un vestido largo negro que envuelve la parte superior de su cuerpo y luego cae al suelo en numerosas capas de tela sedosa, y con el cabello recogido en una gruesa trenza, parece que salió de las páginas de una revista de moda. Me ve mirando, sonríe y se da la vuelta dos veces, haciendo que la tela sedosa flote a su alrededor, revelando sus *stillettos* negros y sus piernas esbeltas a través de una profunda abertura en el costado. No puedo quitarle los ojos de encima.

—¿Qué opinas? —Seña.

No soy capaz de pensar racionalmente, y lo único que tengo en mente actualmente es ella, desnuda, en mi cama.

—*Ty zazhgla ogon' v moyey dushe, solnyshko.* —Sonríe, se me acerca y comienza a trazar la forma de un signo de interrogación en mi pecho con su dedo—. Significa: has encendido un fuego en mi alma, rayo de sol. Y si no nos vamos de inmediato, no nos iremos en absoluto.

Sus labios se ensanchan en una sonrisa, toma mi mano y me conduce hacia la puerta. Sigue sonriendo en el auto mientras salimos del garaje, y me pregunto qué podría estar en su mente cuando se inclina y me susurra al oído.

—No... traigo bragas.

El auto se desvía, pero logro enderezarlo, esquivando apenas el pilar de concreto en el costado. Cuando lo tengo bajo control, me vuelvo hacia Bianca y la encuentro recostada en su asiento, con una sonrisa satisfecha en su rostro.

* * *

Hay cuatro carpas grandes instaladas en el extenso césped bien cuidado. Al menos doscientos invitados se arremolinan alrededor de largas mesas cubiertas con tela blanca, charlando entre ellos y se ríen de lo que probablemente sean bromas tontas. La mayoría de ellos son italianos. Recuerdo haber visto a algunos de ellos en la recepción de nuestra boda. También hay algunos políticos. Sin duda, un grupo interesante.

En medio del grupo más grande se encuentra una mujer pequeña y frágil, que lleva un vestido verde como el veneno y una extraña cosa puntiaguda en la parte superior de su cabello gris. Un hombre sumamente atractivo y joven, probablemente de unos veinticinco años, tiene su brazo envuelto alrededor de su cintura y le está susurrando algo al oído a la mujer.

Bianca me aprieta la mano y bajo la mirada hacia ella para encontrarla sonriendo ampliamente, señalando con la cabeza a la mujer con el vestido verde. Supongo que es la famosa *Nonna* Giulia.

Nos acercamos al grupo y tomo nota de cada persona que entra en mi campo de visión, catalogando cualquier cosa remotamente sospechosa. No me gustan las multitudes, y tampoco soy *fan* de los espacios abiertos. Ambos son un riesgo de seguridad.

La abuela de Bianca se gira y, en el momento en que nos ve, se ríe de alegría como una niña pequeña y luego se apresura hacia nosotros. Su joven compañero la sigue.

—¡Bianca! ¡Llegas tarde! —Besa a Bianca en ambas mejillas y luego se vuelve hacia mí—. Veo que trajiste a tu esposo. Elegante. Alto. En forma. —Se inclina ligeramente, mirándome—. Elegiste bien, *tesoro*.

No solo loca sino también ciega, aparentemente. Asiento con la cabeza.

—Me alegro de que lo apruebe, señora Mancini.

—Oh, Dios, no. Solo llámame *Nonna*. Sra. Mancini suena como el nombre de una anciana. Y me divorcié hace dos meses, de todos modos —indica y hace un gesto de ahuyentar al joven que está parado a su lado—. Ve a buscar algo de comer, Tony. Te encontraré más tarde. —El chico asiente y se va sin dudar—. Lo contraté específicamente para hoy. Los jóvenes son caros, pero valdrá la pena. Bruno se va a volver loco. —Sonríe ampliamente, y no estoy seguro si no está un poco loca.

Bianca saca su teléfono, escribe y se lo da a Giulia, quien mira la pantalla y luego a Bianca.

—Por supuesto. ¿Por qué, tienes algo en contra de los gigolós? Es un trabajo honesto. Oh, ahí está Luca Rossi. Es una pena que ya esté casado. Un espécimen macho tan fino. —Ella entrecierra los ojos—. ¿Es Franco el que está con él? Escuché que se divorció de su esposa el mes pasado, así que está abierta la temporada. Tengo que irme.

Miro a Bianca, quien niega con la cabeza mientras ve a su abuela correr hacia el hombre, presumiblemente Franco.

—Solo está bromeando. —Bianca seña—. *Vamos a buscar un lugar para sentarnos.*

Elegimos una de las mesas milagrosamente libres al costado y observamos a la multitud en silencio. El mesero trae nuestras bebidas, y Bianca alcanza mi vaso, moviéndolo de mi lado derecho hacia el izquierdo. No creo que lo haya hecho conscientemente, ya que parece demasiado concentrada en elegir un canapé del plato frente a nosotros. Debe haber notado que no mantengo las bebidas en mi lado ciego. Es extraño cómo a ella no parece importarle que su esposo solo tenga un ojo. Sé muy bien lo mal que está mi ojo derecho, así que todavía espero que retroceda cuando se despierta en mis brazos y me mira. Pero solo sonrío y se vuelve a dormir por unos minutos más. Mi Bianca no es una persona mañanera.

Hay muchos hombres alrededor, y mi esposa se ve especialmente atractiva con su vestido hoy. Y sin nada debajo.

Agarro su silla y la acerco a mí.

—Nena —me inclino para susurrarle al oído—, ven y siéntate en mi regazo.

Bianca

Miro a Mikhail, levanto una ceja, luego me pongo de pie y me paro entre sus piernas. Se toca el muslo izquierdo y me mira fijamente, como si me desafiara. Mikhail nunca hace nada sin una razón, y tengo curiosidad por saber qué tiene en mente, así que me giro y me siento en su pierna.

—Mucha gente. Tu *Nonna* es popular —dice.

Su mano encuentra la abertura de mi vestido, y al siguiente segundo, hay un toque de un dedo en mi rodilla, antes de que viaje lentamente más arriba

sobre el lado interno de mi muslo. Permanece allí por un momento, luego comienza a subir. Está loco. Parpadeo y giro la cabeza para mirarlo.

—¿Ocurre algo? —inquire, su rostro la encarnación de la calma e inocencia, como si no tuviera su mano enterrada entre mis piernas.

Tomo el costado de mi vestido, coloco el trozo de tela sobre su mano y antebrazo, y miro hacia atrás, hacia el tumulto de invitados. Dos pueden jugar este juego.

—Me pregunto —musita en voz baja mientras su dedo alcanza mi centro desnudo y presiona mi clítoris—. ¿Les parecerá apropiada la forma en que estamos sentados? —Respiro hondo y abro un poco las piernas, agradecida de que la mesa nos oculte—. ¿Sabes?, he notado al menos veinte hombres desvestiéndote con sus ojos desde que llegamos aquí —susurra, y de repente, su dedo entra en mí—. No me gusta eso, Bianca.

Mientras su dedo juega hábilmente con mi coño, mi respiración se torna más rápida y se vuelve más difícil mantener mi rostro inexpresivo. No puedo creer que esté sentada frente a doscientas personas con el dedo de Mikhail dentro de mí. O lo malditamente bien que me hace sentir. Oh, Dios, un mesero con una bandeja llena de postres viene en nuestra dirección. Agarro el antebrazo de Mikhail y empiezo a tirar de su brazo, pero me ignora por completo y acaricia mi clítoris con su pulgar.

—Soy un hombre muy celoso. —Su dedo se curva, haciendo que me muerda el labio para reprimir un gemido—. No lidio bien con otros hombres comiéndose a mi esposa con los ojos. —La presión que se acumula entre mis piernas se dispara—. Nadie tiene permitido mirarte, Bianca. Solo yo. —Pellizca mi clítoris, entierra un segundo dedo dentro de mí, luego lo mueve hábilmente en una secuencia de caricias contra mis paredes. El camarero se acerca, pero en lugar de detenerse, Mikhail acelera el ritmo. Justo cuando creo que voy a perder los estribos, presiona firmemente mi clítoris y llego al clímax sobre su mano.

Todavía siento las réplicas cuando el mesero llega a nuestra mesa.

—No, gracias —dice Mikhail con indiferencia y me mira—. ¿Quieres algo?

Sacudo rápidamente la cabeza. En el momento en que el mesero nos da la espalda, tomo mi copa de vino y la vacío de un trago. No puedo creer que haya hecho eso. Aquí.

—Deberíamos ir a fiestas más a menudo —agrega Mikhail y toma una servilleta de la mesa. Alcanzando debajo de mi vestido, comienza a limpiarme.

—*Estás loco.* —Seño.

Mikhail solo se encoge de hombros y asiente hacia la entrada.

—Tu familia está aquí.

Mikhail

Observo al grupo entrar en el área. Su padre es el primero, con la madre de Bianca del brazo. Ambos están impecablemente vestidos, y lo único que destaca es un vendaje alrededor de su mano derecha. El abrecartas obviamente hizo un daño significativo ya que han pasado tres semanas. Cuando Bruno nos nota, sus pasos vacilan por un segundo y me lanza una mirada que podría quemar el césped bajo mis pies. Levanto mi vaso en su dirección, disfrutando de la mirada de enojo que se extiende por su rostro. La hermana mayor de Bianca, Allegra, sigue a sus padres con la espalda recta y la cabeza erguida como si fuera la dueña del lugar. Milene es la última, caminando de la mano de otra chica de su edad. Se están riendo, susurrando y comiéndose con los ojos a Tony, quien está apoyado en uno de los pilares al lado de la pista de baile.

—Tu hermanita está comiéndose con los ojos a la cita de tu abuela —comento. Los ojos de Bianca se agrandan y salta de mi regazo, agarrando mi antebrazo—. Esperaré aquí. No sería prudente que me acercara a tu padre. —Paso mi mano por su brazo y entrelazo nuestros dedos, luego miro sus ojos color *whiskey*. Todavía me desconcierta lo mucho que disfruto tocarla—. Puedo decidir que tampoco necesita su otra mano.

Resopla y arruga la nariz.

—*Vuelvo enseguida.*

Veo a Bianca apresurarse hacia su hermana, señalando con las manos incluso antes de llegar a Milene. Sus movimientos son agudos y agitados. Es tan linda cuando está enojada.

—Ella es realmente algo, ¿no es así? —*Nonna* Giulia dice mientras toma asiento en la silla de Bianca a mi lado.

—Sí.

Milene está susurrando algo y veo a Bianca golpearse la frente, luego le hace señas a su hermana, luciendo muy molesta. Parece que Milene también quiere contratar a Tony para su cumpleaños.

—Ustedes dos son una pareja extraña, mi muchacho —expresa Giulia—. Siempre esperé que terminara con uno de los bailarines de su compañía, o tal vez un artista. Alguien... relajado. Pensé que necesitaría a alguien menos... duro. —No comento, porque estoy seguro de que no se equivoca—. Me casé seis veces, ¿sabes? —continúa—. Todo el mundo piensa que estoy un poco loca de la cabeza... la loca Giulia que cambia a sus maridos como si fueran calcetines. Pero solo estaba tratando de encontrar a un hombre que me mirara de la forma en que Vitallo, mi primer esposo, me miraba.

—¿Y cómo sería eso? —pregunto.

—Como miras a mi Bianca. Como si fueras capaz de poner tu cuerpo sobre un campo de carbón en llamas, para que ella pudiera cruzarlo sin quemarse los pies.

Valoro a la mujer en silencio. *Nonna* no está tan loca como la gente piensa, y es mucho más atenta de lo que creía.

—Bianca es diferente a tu alrededor, ¿sabes? —prosigue—. Solo hubo dos novios antes de ti. Nunca le gustaron las citas, incluso cuando tenía la edad de Milene. Sin embargo, los chicos siempre se sentían atraídos por ella. Allegra la odiaba por eso.

—Es su hermana, ¿cómo puede odiarla?

—Nunca subestimes el poder de la vanidad de una mujer. Empeoró después de Marcus. Oh, Allegra realmente perdió los estribos. Tenía sus ojos en él durante años. Era un buen partido, el hijo del magnate inmobiliario. Pero Marcus solo tuvo ojos para Bianca. Él y Bianca se juntaron y ni siquiera un mes después le dijo a Bruno que quería casarse con ella.

Una ira profunda comienza a acumularse dentro de mí solo con la mera idea de que Bianca esté casada con otra persona.

—Bianca respondió que no y rompió con él. —Giulia se encoge de hombros—. No lo entendí entonces, parecían una buena pareja. Sin embargo, ahora lo entiendo.

Me giro hacia ella y ladeo la cabeza.

—¿Qué exactamente?

—Todavía te queda un ojo, pero de todos modos estás ciego como un murciélago. —*Nonna* suspira y niega con la cabeza.

Veo a Bianca señalando algo a Milene. Cuando besa a su hermana y se da vuelta para caminar en nuestra dirección, un hombre se le acerca y comienza a decirle algo. Tiene veintitantos años, es rubio y, por la forma en que le habla, se conocen muy bien.

—Hablando del rey de Roma. —Giulia chasquea la lengua a mi lado—. El mismísimo Marcus Kuch. Realmente nunca superó el rechazo de Bianca y...

No escucho el resto, porque en el momento en que veo que el imbécil pone su mano en la parte superior del brazo de Bianca, me levanto de un salto y me dirijo hacia él mientras una rabia asesina comienza a consumirme.

Bianca

Logro convencer a Milene de que no puede contratar al gigoló de *Nonna* para su próximo cumpleaños y doy vuelta para caminar a nuestra mesa cuando Marcus aparece frente a mí. No acabamos en los mejores términos, aunque personalmente no tengo nada contra él, así que me detengo por un momento, con la intención de ser cortés.

—¿Es ese? ¿Es ese el monstruo con el que te casaron? —Se pone en mi cara—. ¿Es cierto que te compró de tu padre, como dice la gente? —Estoy tan sorprendida por sus palabras que solo puedo mirarlo fijamente—. Allegra me dijo que te mantiene como una prisionera en su casa. —¿Qué demonios? Voy a matarla—. ¿Es cierto que te está golpeando, Bianca?

No puedo escuchar más esta mierda, así que me doy la vuelta para irme y veo a mi esposo venir hacia nosotros con asesinato escrito en toda su cara.

Mikhail pasa a mi lado, envuelve su mano alrededor del cuello de Marcus, y tira de él lo suficientemente cerca como para que estén nariz con nariz.

—¡Cómo te atreves a tocar a mi esposa! —escupe entre dientes.

Gimo por dentro y me agacho bajo el brazo de Mikhail para insertarme entre ellos, colocando mis palmas sobre el pecho de mi esposo y sacudiendo

mi cabeza. Mikhail me mira, luego a Marcus, y empieza a apretarle el cuello. Lo va a estrangular. Trato de tirar del brazo de mi marido, pero él aprieta su agarre mientras Marcus intenta apartar sus dedos y lucha por respirar. Todo el mundo nos mira. Mierda. Mierda. ¡Mierda! Me pongo de puntillas y engancho mis manos alrededor del cuello de Mikhail.

—Mikhail —susurro, con la esperanza de que escuchar mi voz lo saque de su ira—. Por favor.

Me observa y me sostiene la mirada durante unos segundos, luego vuelve a ver hacia Marcus.

—¡Si te veo cerca de mi esposa de nuevo! —grita y lo suelta—. ¡Estás muerto!

Como era de esperar, Marcus gira sobre sus talones y sale corriendo, tosiendo. Siempre fue un cobarde. Estoy tan enojada con él, y si veo a Allegra, voy a estrangularla en el acto por difundir esas mentiras.

—¿Qué quería? —pregunta Mikhail.

No estoy segura si debería decirle. Ya parece medio loco y, aunque me está hablando, sigue a Marcus con la mirada, como si planeara ir tras él. La multitud que nos rodea se ha quedado completamente en silencio, y todos miran en nuestra dirección, susurrando entre ellos. Por Dios, ¿podría la gente estar pensando lo mismo que dijo Marcus? Coloco mi palma en la mejilla de Mikhail para atraer su atención hacia mí.

—Solo preguntó sobre algunos chismes. Olvídalo.

Mikhail lanza una mirada a las personas que nos observan fijamente, algunas de ellas incluso a distancia de escucha, que están visiblemente ansiosas por oír nuestra conversación.

Me mira.

—¿Qué chismes? —Seña.

—Eres tan sexy cuando señas, esposo. —Sonrío.

—No cambies de tema. Sé que ustedes dos estaban comprometidos.

Oh, Nonna Giulia y su bocota.

—Nunca estuvimos comprometidos. Quería casarse conmigo. Dije que no.

—Te tocó. —Mikhail está señalando tan rápido que apenas puedo seguirlo—. Si vuelve a tocarte, voy a acabar con él.

—Nunca volverá a cometer ese error. —Toco su pecho antes de continuar—. Solo hay un hombre que quiero que me toque. No hay

necesidad de estar celoso.

Veo que la comisura de sus labios se levanta un poco. Eso es bueno.

—¿Es eso cierto?

—Sí.

Deberíamos poner fin a los rumores idiotas de que Mikhail me retiene en contra de mi voluntad. De inmediato. Levanto las cejas, agarro un puño de su camisa, me pongo de puntillas y levanto la barbilla. Mikhail me mira. Todavía está enojado. Lo veo en su ojo y en la forma en que aprieta los dientes. Suspiro y coloco mis palmas a ambos lados de su rostro. Mi hermoso y oscuro esposo. ¿No puede ver lo loca que estoy por él?

—Bésame —pronuncio.

Sus fosas nasales se ensanchan, y al momento siguiente, choca sus labios contra los míos. Alguien jadea detrás de mí, pero simplemente paso mis brazos alrededor del cuello de Mikhail y bloqueo todo, y a todos los demás. Dejen que los hijos de puta miren, les daremos mejor material para la fábrica de rumores.

—Consigan una habitación, ustedes dos —bromea *Nonna* Giulia, pasando junto a nosotros.

Sonrío contra los labios de Mikhail.

—Buen consejo. —Se inclina, me toma en sus brazos y me lleva lejos de la multitud.

Cuando alcanzamos la puerta, miro por encima de su hombro y encuentro a la mayoría de los invitados observando cómo nos alejamos. La cara de Allegra está entre ellos, horrorizada. Sonrío y la saludo con la mano.

Al momento que llegamos al auto, Mikhail abre la puerta del pasajero, me coloca en el asiento y luego solo me mira. Basado en su agarre de nudillos blancos en la puerta, todavía está furioso. Su brazo tiembla con la fuerza de la sujeción, y casi puedo imaginar el metal crujiendo bajo su mano.

—¿Cuántos hombres te han pedido que te cases con ellos hasta ahora?
—cuestiona con los dientes apretados.

Muerdo mi labio inferior, preguntándome cómo responder. Si tomo su pregunta literalmente, entonces ninguno. Pero si quiere decir cuántos hombres le pidieron a mi padre mi mano en matrimonio en los últimos dos años, no le gustará la respuesta. Como hija de un capo, se me consideraba

todo un partido. Por supuesto que me rehusé cada vez. A la mitad de ellos ni siquiera los he conocido, y la mayoría de ellos eran socios comerciales de mi padre. A él no le agradó que rechazara sistemáticamente a cada uno de sus socios, sin embargo, Milene aún era menor de edad entonces, por lo que no podía usarla como chantaje.

Lentamente, levanto mi mano derecha con tres dedos hacia arriba y el ojo de Mikhail se abre como plato. Me muerdo el labio con más fuerza, luego agrego mi otra mano, los cinco dedos bien abiertos.

—¿Ocho? —Inhala y cierra el ojo.

Me inclino hacia adelante, envuelvo mi mano alrededor de su brazo y deposito un beso en sus labios apretados. Se ve tan sexy cuando está enojado.

—Asegúrate de nunca cometer el error de decirme alguno de sus nombres —dice contra mis labios, luego agarra la parte de atrás de mi cuello y devora mi boca con furia, y siento que me mojo de nuevo. Empapada y lista. Deslizo mi mano por su pecho hasta llegar a su entrepierna y sentir su erección dura debajo de la tela de sus pantalones. Sonriendo contra sus labios, lo acaricio suavemente, disfrutando el sonido estrangulado que sale de su boca.

Mis dedos encuentran el botón superior de sus pantalones y, sin romper el beso, lo desabrocho y bajo la cremallera. El estacionamiento está vacío, todos siguen en la fiesta. Pero por si acaso, lanzo una mirada rápida por encima del hombro de Mikhail antes de sacar su miembro. Sus labios se detienen contra los míos, pero cuando me muevo hacia adelante en el asiento y engancho mis piernas alrededor de él, gruñe.

Sus manos aterrizan en el interior de mis muslos, luego se mueven lentamente por mis piernas y alrededor para agarrar mi trasero y tirar de mí hacia él unas pulgadas hasta que siento la punta de su pene en mi entrada. Si alguien me hubiera dicho hace solo un mes que estaría teniendo sexo en medio de un estacionamiento, a menos de cincuenta pies de doscientas personas, los habría considerado locos. Supongo que no me conocía muy bien en ese entonces. Tomando el labio inferior de Mikhail entre mis dientes, envuelvo mis manos en torno a su cuello y aprieto mis piernas alrededor de él. Un gemido escapa de mi boca cuando su dura longitud empuja dentro de mí, estirándome de la mejor manera posible. Llenándome

por completo. Coloco otro beso en su boca, agarro el costado del asiento y me recuesto sin apartar mis ojos de su mirada.

¿Qué pasa si alguien viene? Sí, probablemente crearía un escándalo de proporciones épicas, no obstante, solo me hace querer esto más. Sonrío y abro más las piernas. Mikhail no parece ni un poco perturbado ante la posibilidad de que alguien nos descubra mientras se retira y luego se entierra dentro de mí con tal fuerza que todo el aliento deja mis pulmones. Gimo y tiro mi cabeza hacia atrás, agarrando el asiento con todas mis fuerzas mientras él golpea dentro de mí una y otra vez.

Capítulo 15

Mikhail

Apoyo mi hombro en el pilar y observo a Bianca y a su madre mientras se prueban zapatos en una tienda frente a mí.

Bianca decidió ir de compras con ella y me preguntó si quería acompañarla, pero como no soy *fan* de su familia, excepto de Milene, decliné y envié a Denis con ella. De todos modos, había mucho trabajo por hacer, así que planeé pasar la mañana en mi oficina. Me tomó apenas una hora para perder la cabeza, agarrar mis llaves y conducir hasta el centro comercial. Los he estado siguiendo a una distancia segura durante casi tres horas mientras visitaban varias tiendas y tomaban un café.

No podía soportar la idea de que otros hombres en el centro comercial se comieran con los ojos a Bianca y no estuviera allí para detenerlos. Cada maldito segundo que pasé sentado en mi escritorio me imaginaba a un tipo acercándose a mi esposa y coqueteando abiertamente con ella. No era el hecho de que hubiera pensado que ella lo aceptaría de buena manera. La conozco lo suficientemente bien como para estar seguro de que no lo haría. Aun así, la idea de que otro hombre hablara con ella me vuelve loco. No fue hace ni un mes cuando le sugerí a Sergei que debería visitar a un psiquiatra, pero ahora, parece que podría ser yo quien necesite terapia.

Bianca y su madre se trasladan a otra parte de la tienda y examinan detenidamente algunas bolsas expuestas en una pared, así que doy un paso a un lado para mantenerlas a la vista. Denis está de pie junto a la salida, mientras que a unos pasos a su izquierda hay otro hombre con traje, probablemente el equipo de seguridad de Chiara. El encargado de la tienda, un empleado masculino, se acerca a Bianca e intenta iniciar una conversación con ella, sin embargo, solo sonríe y se aleja. Aprieto los dientes y sigo mirándola, tratando de dominar el impulso de entrar en la tienda, tirarla sobre mi hombro y llevármela.

Bianca

—No tenías que hacer una escena, ¿sabes? —dice mi madre mientras se prueba uno de los bolsos—. Todos, y me refiero a todos, hablaron sobre ustedes dos y la salida que hicieron. Fue desagradable.

Sonrío, tomo uno de los bolsos más grandes y empiezo a admirarlo. Si supiera lo que pasó después en el estacionamiento, le daría un infarto.

—Por supuesto, Magda tuvo que venir de inmediato para decirme cómo era de esperarse este tipo de cosas ya que ahora estás viviendo con un ruso, y no son tan civilizados como debería ser la gente. Odio a esa mujer. —Vuelve a poner el bolso en el estante de la pared y se gira hacia mí—. Creo que Bruno cometió un error al aceptar que te casaras con ese hombre. Eres demasiado sofisticada y tierna para tipos como él. ¿Saben cómo la gente les llama a ustedes dos? La Bella y la Bestia. Es apropiado. Supongo que ustedes dos están teniendo sexo. No entiendo cómo puedes dejar que te toque.

La miro boquiabierta por un segundo, luego empiezo a buscar mi teléfono en mi bolso. El conocimiento del lenguaje de señas de mi madre es demasiado limitado para entender lo que tengo que decirle. Tan pronto como mi mano agarra el teléfono, lo saco, escribo y le muestro la pantalla.

Tenemos sexo todos los días y te puedo asegurar que es el mejor sexo que he tenido. En cuanto a tocar, disfruto inmensamente tocar a mi esposo y más aún cuando es él quien toca. Sobre todo, íntimamente. Mikhail tiene dedos muy hábiles y una boca aún más hábil. Pero, sobre todo, me encanta cuando me toma contra la pared, y por lo general no puedo caminar después de eso.

Sus ojos se abren más y más mientras lee, y luego empuja el teléfono en mi mano como si la quemara.

—No le hablas de esas cosas a tu madre, Bianca. —Se aprieta las sienes y niega con la cabeza.

Empiezo a escribir de nuevo, y cuando termino, tomo su mano y golpeo el teléfono en su palma, con la pantalla hacia arriba.

Y dile a Allegra que, si sigue difundiendo mentiras sobre mi esposo, les diré a todos los que conozco que tiene implantes en el

trasero y en los senos. Tomé fotografías del informe del médico que encontré en su escritorio. Solo una palabra más y se las envío a todos sus amigos. Asegúrate de que sepa eso.

Sabía que esas fotos serían útiles algún día. Allegra ha estado cultivando la imagen de una belleza natural. Entonces, que sus amigos descubrieran que regresó a casa desde Brasil con mucho más que un bronceado hace unos años, sería un suicidio social.

—No te atreverías.

—*Pruébame.* —*Seño.*

Mi madre me mira sorprendida.

—Realmente te gusta.

Suspiro. No tiene sentido decirle que estoy enamorada de mi esposo. Mi madre siempre tuvo problemas para comprender las emociones y acepté ese hecho hace mucho tiempo.

Pasamos unos minutos más revisando las carteras y luego pasamos a la siguiente tienda, donde mamá escoge un par de vestidos y se dirige a un vestidor para probárselos. Mientras la espero, saco mi teléfono, tratando de ignorar al tipo que me ha estado observando desde el otro lado de la tienda desde que entramos. Estoy acostumbrada a que los hombres me miren. Sucede todo el tiempo, pero no significa que me guste. El hecho de que sea bonita no representa que esté bien que un hombre al azar me mire el trasero.

Estoy revisando mi teléfono cuando siento una mano aterrizar en mi cintura. Aprieto las asas de mi bolso y me doy la vuelta, lista para golpear al idiota en la cabeza con él, pero encuentro a Mikhail de pie frente a mí.

—Creo que debería anunciarme la próxima vez, o arriesgarme a sufrir daños corporales. —Su boca se curva ligeramente hacia arriba.

Dejo caer mi teléfono en mi bolso.

—*Quizás.* —Sonrío—. *Pensé que estabas trabajando.*

—Lo intenté. —Coloca su mano en la parte de atrás de mi cuello—. Seguía imaginando hombres siguiéndote como si estuvieran tras la luz de un faro. No podía concentrarme. No podía pensar en otra cosa. Es enloquecedor, Bianca.

—*Entonces, ¿me has estado acechando por el centro comercial?*

—Sí.

—*¿Cuánto tiempo?*

—Tres horas.

—*Tienes un problema, ¿sabes?*

—Sí, lo sé. —Se inclina y susurra—: Algunos chicos te miraban cuando te probabas vestidos antes. Cuando saliste del vestidor, te estaban comiendo con los ojos y tuve que intervenir.

Mis ojos se abren.

—*¿Están vivos?*

—Los corrí cuando no estabas mirando. No seré tan amable la próxima vez. —Pone su mano en mi barbilla y levanta mi cabeza—. Nadie puede mirar a mi esposa de la forma en que lo hacían.

Cierro los ojos por un momento para recomponerme porque esto me está excitando seriamente. ¿Debería preocuparme por el hecho de que encuentro ardiente su posesividad? Estoy totalmente a favor del feminismo y la emancipación, y me siento bastante culpable porque solo pensar en Mikhail asustando a los hombres por mirarme me provoca una sensación de hormigueo entre las piernas.

—*¿Y qué harías si uno de ellos tratara de tocarme?* —Seño—. *¿O besarme?*

Los labios de Mikhail se aprietan, su ojo me mira fijamente, mientras se inclina hasta que su boca se acerca a mi oído.

—Si alguien se atreviera a tocarte, le cortaría las manos. Como debería haber hecho con ese idiota en la fiesta de cumpleaños de tu *Nonna* —susurra—. Y si alguien estuviera lo suficientemente loco como para intentar poner su boca cerca de mi esposa, lo decapitaría.

Contengo el aliento cuando siento que me mojo.

—Bianca, ¿crees que este color funciona con mi cabello? —Mi madre sale del vestidor y la sorpresa se extiende por su rostro al ver a Mikhail allí—. Señor Orlov. ¿Pasó algo?

—Sí. —Seño rápidamente antes de que pueda responder—. *Tenemos que irnos. Te llamaré mañana.*

Agarrando la mano de Mikhail, lo arrastro fuera de la tienda y hacia el estrecho pasillo a la derecha, donde vi los baños.

—¿Te importaría compartir lo que acaba de suceder para que huyéramos de la *boutique*? —pregunta una vez que estamos lo suficientemente lejos para que no nos escuchen.

Me doy la vuelta para asegurarme de que no haya nadie cerca, me levanto la falda y tiro de su mano para que presione contra mis bragas mojadas. Mikhail inhala con fuerza mientras me masajea con la palma de la mano, haciéndome gemir. Sin quitar la mano, da un paso adelante y luego otro, guiándome hacia atrás hasta que mi espalda golpea la pared.

—Parece que me extrañaste. —Mueve mis bragas a un lado y coloca su dedo en mi entrada—. ¿Lo hiciste, corderita?

Asiento, pongo mis manos en su pecho y las deslizo hacia abajo hasta que llegan a su entrepierna.

—Bien —susurra, luego choca su boca contra la mía al mismo tiempo que empuja su dedo profundamente dentro de mí—. ¿Aquí? ¿O en casa?

Según el sonido de su voz y lo dura que está su erección bajo mi palma, no le gusta la opción de casa más que a mí.

—Aquí —musito, sin poder creerme lo que estoy diciendo.

Mikhail me agarra por los muslos y me levanta. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, pongo mis brazos alrededor de su cuello y lo beso mientras camina hacia el baño de damas a la izquierda. Después de una revisión rápida de los cubículos, cierra la puerta con seguro y me lleva hacia el amplio mostrador de mármol con lavabos.

Me retuerzo cuando la piel desnuda de mi trasero conecta con la piedra fría, pero la sensación desagradable se olvida rápidamente porque estoy demasiado concentrada en quitarme las bragas.

—Has jodido mi cabeza por completo, Bianca. —Agarra mis caderas y se entierra dentro de mí en un movimiento rápido—. Ya no puedo pensar con claridad.

Esto. La sensación de él llenándose tan completamente me hace querer gritar de alegría. No hay nada mejor. El pene de Mikhail es enorme, al igual que el resto de él, y disfruto la sensación de que mis paredes se estiren para adaptarse a su tamaño. Colocando su mano en la parte de atrás de mi cuello, se desliza lentamente y luego vuelve a chocar conmigo. Jadeo. Luego sonrío.

—¡Más duro! —insto.

La mano en la parte de atrás de mi cuello se mueve hacia arriba, agarrando un puñado de cabello.

—¿Así? —pregunta, y choca conmigo de nuevo.

—Sí. —Agarro el costado del mostrador de mármol con todas mis fuerzas, envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas y me inclino hacia atrás mientras Mikhail me destruye, pieza por pieza. Y la destrucción nunca se ha sentido mejor.

Capítulo 16

Bianca

Cuando Mikhail me dijo que íbamos a cenar con la esposa del *Pakhan*, esperaba a una mujer rusa distante y perfectamente vestida quien, muy probablemente, me ignoraría toda la noche. Nina Petrova es todo lo contrario de lo que anticipé, con sus *jeans* rasgados, blusa suelta y un pequeño arete plateado en la nariz.

—No te atrevas, Roman. ¡Lo digo en serio! —Nina toca el pecho de su esposo, lo mira con dagas en los ojos y luego se vuelve hacia mí—. Me ha estado siguiendo por la casa durante dos meses como si fuera a tropezarme y caer por las escaleras como si fuera un venadito. —Me toma de la mano y me lleva por el gran vestíbulo hacia el pasillo del lado derecho de la casa—. Estaremos en la cocina. Mikhail dijo que Bianca tiene una muy buena receta de pasta, así que tal vez la comparta con Igor —comenta Nina por encima del hombro—. Si te veo cerca del ala este, voy a acabar contigo, Roman.

Es bastante divertido ver a esta pequeña mujer amenazando a su enorme marido. Petrov no dice nada mientras está de pie allí, apoyado en su bastón, y observa cómo nos vamos.

—Desde que le dije que estoy embarazada, Roman se ha vuelto insoportable con su comportamiento de mamá gallina —explica mientras caminamos por el pasillo—. Entonces, tú y Mikhail... ¿Cómo les va a ustedes dos?

Solo sonrío un poco y asiento. Por lo general, las personas que me conocen por primera vez tienden a guardar silencio como si no tuviera sentido iniciar una conversación. Nina no es así en absoluto. Es... extrañamente refrescante.

—Está bien, ahora, por favor, trata de mantener la mente abierta. No es tan malo como parece —dice y abre las puertas dobles frente a nosotras.

Lo primero que escucho es una voz profunda gritando en ruso, luego dos voces femeninas más uniéndose a la pelea de gritos, seguidas de un sonido

de cubiertos que rechinan. Entro en la cocina detrás de Nina y me detengo en seco, observando.

Un hombre corpulento de unos sesenta años, vestido con un delantal blanco y parado frente a la estufa, señala al humo negro saliendo del horno y le grita a la chica al otro lado de la isla de la cocina. Detrás de él, otra chica le golpea la espalda con un trapo. Y en la esquina, una mujer mayor de pelo gris corto está gritándole al cocinero mientras lo amenaza con una cuchara que chorrea salsa.

—¡Tenemos una invitada! —Nina grita y todos se vuelven hacia nosotras—. Esta es Bianca, la esposa de Mikhail. Compórtense. —Me miran, asienten y vuelven a sus gritos—. Bueno, valía la pena intentarlo. Lo siento. —Nina se encoge de hombros.

Saco el teléfono de mi bolso, escribo en la ventana del mensaje y le muestro la pantalla a Nina.

—Oh, no nos estamos entrometiendo. Este es solo un día cualquiera en la cocina. No te preocupes. Vayamos con Varya, para que puedas escribirle la receta de la pasta, y ella verificará si tenemos los ingredientes. Como Valentina volvió a quemar la carne, necesitaremos un plato de respaldo. ¿Puedes instruir a Igor sobre cómo hacerla, si te parece bien?

La miro, confundida. ¿Qué quiere decir con que instruya al cocinero? Dudo que esté familiarizado con el lenguaje de señas. Supongo que Nina se da cuenta de la mirada confusa en mi rostro porque agita la mano con desdén.

—No te preocupes. Igor solo habla ruso, de todos modos. Solo apunta con tu dedo. A mí me funciona, al menos la mayor parte del tiempo.

Mikhail

—¿Hablaste con Dushku? —le pregunto a Roman y tomo un sorbo de *whiskey*.

—Sí. Dice que no tuvo nada que ver con el tiroteo ni con los tipos que te siguieron.

—¿Y le crees?

—No estoy seguro. —Roman se recuesta en su silla y rechina los dientes —. Todo sobre esto está jodido. Todos los muchachos eran albaneses, pero ninguno trabajaba para Dushku. Eran solo algunos pandilleros al azar. De lo que estoy seguro es de que la misma persona los contrató a todos.

—Tal vez sea una trampa para que atacemos a los albaneses. Tenemos el producto, los albaneses lo compran. Si empezamos una guerra con ellos y cortamos el suministro, los albaneses tendrán que buscar en otra parte.

—¿Irlandeses? —Levanta las cejas.

—No. Italianos.

—No tiene sentido. ¿Por qué el Don accedió al alto al fuego y al matrimonio para unir a la *Cosa Nostra* y a la *Bratva* si de todos modos planeaban hacer un trato con los albaneses?

—Para ganar algo de tiempo. —Saco mi teléfono y empiezo a navegar por las fotos—. Me pareció extraño que el hermano de Bianca no estuviera en la boda. Son cercanos. No tiene ningún sentido. Cuando le pregunté dónde estaba, me dijo que Bruno lo envió a arreglar unos asuntos y todavía no ha regresado. Adivina dónde está.

—Oh, tengo la sensación de que no me gustará la respuesta.

Abro la foto que me envió nuestro contacto en México esta mañana y le paso el teléfono a Roman.

—¡Hijo de puta! —exclama, mirando la pantalla.

—Sí. El hijo de Bruno y Mendoza, nuestro principal proveedor.

—Parece que los italianos incriminaron a los albaneses, o al menos intentaron hacerlo, para que nos enfrentáramos unos a otros. Lo más probable es que están esperando intervenir y ofrecer el suministro de drogas a los albaneses en el momento en que terminaran nuestros tratos comerciales.

—Sí. No obstante, creo que todo esto es obra de Bruno. Disfruta lamer el culo del Don. Creo que planeaba informarle solo después de que hubiera puesto en marcha los acontecimientos.

—Bueno, no vamos a ir a la guerra con los albaneses, así que Bruno terminará con mucho producto y sin comprador.

—Estoy seguro de que Don Agosti no estará contento con el hecho de que Bruno vaya a sus espaldas —digo—. Especialmente desde que el propio Don estuvo de acuerdo con el tratado entre nosotros.

—¿Sabes?, siempre me pregunté por qué Bruno ofreció a su hija para el matrimonio.

—Quería información interna exclusiva sobre la *Bratva*. Bianca me lo informó ella misma.

—¿Oh? ¿Lo hizo?

—Sí. Dijo que no. Tengo una alarma silenciosa en la puerta de la oficina de mi casa. Bianca nunca ha intentado entrar, Roman.

—¿Estás seguro? —Me mira de reojo—. ¿Absolutamente seguro?

—Lo estoy. ¿Por qué? ¿Dudas de mi juicio?

—Por supuesto que sí. Estás desesperadamente enamorado de ella, cualquiera puede verlo.

Observo el vaso en mi mano. La luz se refleja en el líquido marrón oscuro de la misma forma que en los ojos de Bianca.

—Lo estoy —digo y bajo la bebida.

Roman sonríe y niega con la cabeza.

—Bueno, ¡que me condenen! Si alguien me dijera que una mujer te tendría a ti, de todas las personas, enredado alrededor de su dedo en menos de un mes, lo habría considerado loco.

—Tú eres uno para hablar. ¿Recuérdame cuánto tiempo le tomó a Nina tenerte comiendo de su mano?

—Mucho más de un mes.

—Estuviste perdido después de una semana, Roman.

—Está bien, dos semanas. —Se encoge de hombros—. ¿Y qué hay de Bianca?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Siente lo mismo?

—No sé. Bianca es difícil de leer.

—Las mujeres son difíciles de leer en general, Mikhail. A veces, siento que vienen de otro maldito planeta.

—Creo que le gusta pasar tiempo conmigo. —Me encojo de hombros—. Fuimos al centro comercial la semana pasada.

—Lo sabía. —Roman golpea la silla con la palma de la mano—. Te arrastró a ver una película de adolescentes. ¡Admítelo!

—No exactamente. Tuvimos sexo en el baño.

—Mikhail Orlov. Tuvo sexo en el baño. —Levanta las cejas—. ¡En un centro comercial!

—Sí —afirmo, y se echa a reír. Lo ignoro y continúo—: También dijo que quería que la llevara a bailar.

—¿Tú? ¿Bailar? ¿Qué sigue, cerdos volando? —Roman suspira—. ¿Le dijiste a tu esposa lo que haces para la *Bratva*?

—Sabe que estoy a cargo de la distribución.

—Entonces, no le has dicho.

—No. —Miro mi vaso.

—Sabes que lo descubrirá, tarde o temprano.

—No lo hará. Me aseguraré de que nunca se entere.

—Mikhail...

—No le importa mi ojo. O las cicatrices. No sé por qué, pero a ella no le molesta. Nunca me ha preguntado qué pasó, aunque sé que debe preguntárselo. Sin embargo, no puedo decirle lo que hago para la *Bratva*... No creo que sea capaz de superar eso.

—Bueno, mierda. —Se aprieta las sienes—. Está bien, hablaré con Maxim, tal vez pueda hacerse cargo...

—No. La extracción de información es mi trabajo. Y, de todos modos, ¿quién podría ser un mejor interrogador que alguien que ha experimentado la mayoría de las técnicas de tortura por sí mismo?

Bianca

—Dios mío, esto es asombroso. —Nina gime y vuelve a estirar el tenedor hacia la olla.

El gran cocinero, quien está de pie al otro lado de la mesa, agarra la olla por el asa y la desliza hacia sí mismo, hablando algo en ruso y señalando a sus espaldas.

—El *bebé* lo quiere. —Nina agarra la otra asa de la olla y comienza a jalarla hacia ella. El cocinero suelta la olla, lanza las manos al aire y se aleja—. La excusa del *bebé* funciona siempre. Igor no entiende mucho, pero conoce esa palabra. —Nina sonríe, toma otro bocado de pasta y se lo mete en la boca.

No puedo evitar reírme, agarro otro tenedor y me uno a ella.

Una garganta se aclara detrás de mí, y me giro para encontrar a Mikhail acercando una silla y sentándose a mi lado.

—¿Es esta nuestra cena? —Arquea una ceja—. ¿En la cual los cuatro deberíamos estar comiendo juntos? ¿En el comedor?

Dejo el tenedor.

—*Nina empezó. Tuve que unirme. Sería de mala educación dejar que la esposa del Pakhan comiera sola.*

—Ya veo... —Ladea un poco la cabeza y se inclina hacia mí—. ¿Puedo probar?

Sonrío, tomo un poco de la pasta con el tenedor y se la llevo a la boca. Nina observa todo el intercambio desde el otro lado de la mesa con los ojos muy abiertos y boquiabierta.

—¡Mierda! —murmura, pero Mikhail ignora su comentario.

—¿La hiciste? Pensé que te habían invitado a comer, no para hacer la cena.

—Bueno, técnicamente, Igor la hizo —agrega Nina—. Bianca lo instruyó y yo ayudé con la traducción.

—Me pregunto cómo funcionó eso.

—*Señalé. Y Nina golpeó a Igor en las costillas cuando él no seguía las instrucciones.*

Mikhail levanta la mano para pasar su dedo por mi mejilla y sus labios se ensanchan un poco en una sonrisa. Es pequeña y desaparece después de un segundo, pero mi corazón todavía da un vuelco. Tiene una hermosa sonrisa.

La puerta de la cocina al otro lado de la habitación se abre y entra el Pakhan, con el rostro sombrío. Dice algo en ruso y Mikhail maldice.

—Hubo un incendio en uno de los almacenes. Me tengo que ir. —Besa la parte superior de mi cabeza y se pone de pie—. Llamaré a Denis para que te recoja y te lleve a casa.

—*Envíame un mensaje para saber que estás bien. Por favor.*

—Lo haré. —La mirada que me da es en parte sorpresa y en parte satisfacción, y luego se va.

* * *

Son cerca de las tres de la mañana cuando vuelve Mikhail. Salto del sofá en el momento en que escucho la puerta abrirse y, agarrando la manta a mi alrededor, corro hacia él. Está cubierto de hollín, con manchas negras en las manos y la cara, pero parece ileso.

—¿Por qué no estás durmiendo?

—*Estaba preocupada.*

—¿Lena?

—*Dormida. Volvimos a cenar panqueques.* —Seño y empiezo a desabrocharle la camisa. La manga está rota en un lugar, pero cuando inspecciono la parte superior de su brazo, no encuentro ninguna herida.

—*Los pantalones. Luego a la ducha.*

No se queja de que le dé órdenes, solo me besa suavemente en los labios y, dejando el traje arruinado en el suelo, se dirige al baño. Llevo su camisa y sus pantalones al bote de basura y voy tras él.

En el baño, me quito la ropa y me meto en la ducha donde Mikhail ya se está lavando el cabello. Tomo el jabón del estante, me enjabono las manos y las llevo a su rostro. Me mira por un segundo, luego inclina la cabeza. Tiene una gran mancha negra en la mejilla derecha, así que empiezo por ahí. Se quita con bastante facilidad, y paso a su frente y luego a su cuello. No hay hollín en su pecho, aunque muevo mis manos allí de todos modos, acariciando su piel con un movimiento circular.

Mikhail da un paso adelante y coloca sus manos sobre los azulejos a ambos lados de mi cabeza, aprisionándome entre su cuerpo y la pared de la ducha. Deslizo mi mano más abajo y agarro su dura erección, disfrutando la forma en que su respiración se acelera.

—Todavía no —susurra en mi oído y, tomándome por las caderas, me da la vuelta para que quede de cara a la pared.

Sus manos se mueven lentamente por mi estómago hasta que se detienen entre mis piernas, y siento su dedo jugueteando con mi entrada.

—Eres la cosa más hermosa que jamás he visto —me halaga y empuja un dedo dentro de mí, luego agrega otro, y jadeo en silencio—. Y tú, mi pequeño rayo de sol, eres tan hermosa por dentro, como lo eres por fuera.

Cuando enrosca los dedos dentro de mí, presionando el punto sensible cerca de mi clítoris, un estremecimiento sacude todo mi cuerpo con tanta fuerza que tengo que presionar la frente y las palmas de las manos contra la pared para mantenerme de pie.

—Mía —musita contra mi cuello, enrolla su brazo libre alrededor de mi abdomen y me levanta sin quitar los dedos del interior de mi coño.

Estoy jadeando, incapaz de inhalar suficiente aire, mientras Mikhail me lleva a su dormitorio con mi espalda presionada contra su pecho y mi cabeza echada hacia atrás sobre su hombro. Me sorprende la facilidad con la que se las arregla para cargar todo mi peso con un solo brazo, mientras que su otra mano todavía está enterrada dentro de mí, provocándome.

En el momento en que me baja y remueve los dedos. Me giro y lo empujo hacia la cama, luego me arrastro sobre su enorme cuerpo y me siento sobre su pene. Se siente como mi hogar, y llego al clímax en el momento en que me llena, deseando tanto poder gritar su nombre en ese momento.

Sigo cabalgándolo, maravillándome por la sensación de sus manos en mi cintura y su pene presionándose contra mis paredes todavía hormigueantes. Mikhail gime y comienza a embestirme desde abajo, mientras agarro sus hombros con tanta fuerza que probablemente terminará con marcas de uñas. Cuando siento que llego de nuevo, arqueo la espalda y dejo escapar un grito apenas audible. Al momento siguiente, Mikhail explota dentro de mí.

Todavía está jadeando cuando me inclino hacia adelante. Toco suavemente mi nariz con la suya y entierro mis manos en su cabello, mirando sus ojos disparejos. En mi pecho, mi corazón salta de alegría cada vez que él está cerca, haciéndome sentir completa en lugar de la persona perdida y con fallas que siempre he creído que soy. Recuerdo que una vez Marcus me llamó princesa de hielo porque no quería que nos abrazáramos ni que nos tomáramos de las manos en público. Lo hizo sonar como una broma, pero sé que lo decía en serio.

Es diferente con Mikhail. Hay una necesidad inexplicable de tocarlo que me consume cada vez que está cerca, como si mi cuerpo de alguna manera estuviera atraído hacia él como un imán. Me asusta un poco. Bailar era lo único que me mantenía cuerda, así que cuando la lesión terminó con mi carrera, pensé que mi vida había llegado a su fin. La quería de vuelta, demasiado, y nunca pensé que querría algo más. Hasta ahora.

Mikhail se incorpora sobre los codos e inclina la cabeza hacia un lado, observándome.

—¿Qué pasa, *dusha moya*?

Me inclino para colocar mis labios en su frente, luego en su ojo izquierdo, pero cuando me muevo hacia el derecho, gira la cabeza hacia un lado, evitando mis labios.

Es muy sensible con su ojo, pero no, no dejaré que haga eso.

—Mikhail... —digo con voz áspera, aunque simplemente niega con la cabeza.

—Por favor, no lo hagas.

—¿Por qué?

—Porque mi ojo es horrible. No quiero tus labios cerca de él.

Aprieto los dientes y tomo su rostro entre mis manos.

—No lo es —susurro.

Mikhail solo me mira y sonrío un poco. Me golpea justo en el pecho: su sonrisa increíblemente triste.

—Está bien —dice y coloca un dedo sobre mis labios—. Por favor, deja de lastimarte por mi culpa. Prometiste que no volverías a hacerlo. —Otra sonrisa triste—. Ven aquí, es tarde. Vamos a dormir.

Está enamorado de mí. Lo sé sin que me lo diga. Es visible en cada uno de sus actos. Entonces, ¿por qué no me deja amarlo de vuelta? Mi oscuro y peligroso esposo, tan fuerte, tan inquebrantable y tan desgarradoramente solo, incluso conmigo a su lado. No sé por qué no me deja entrar o por qué todavía se esconde de mí. Incluso después de haberlo visto desnudo varias veces, cuando estoy cerca todavía usa camisas de mangas largas durante el día. ¿No entiende que nadie jamás se comparará con él ante mis ojos? ¿Cómo puedo hacer que eso se le meta en la cabeza?

Me abraza, se acerca a la lámpara de la mesita de noche y la apaga. No es algo particularmente significativo, y no sé por qué, pero que apague la lámpara es la gota que derrama el vaso para mí. Decido que he tenido suficiente. Ya basta de que todos se sorprendan por el hecho de que me gusta, ya basta de que la gente me diga que algo anda mal conmigo, sin embargo, sobre todo, he terminado con él pensando que no es lo suficientemente bueno y negando mi toque. Me siento, agarro la lámpara, vuelvo a encender la maldita cosa y me doy la vuelta para mirar a Mikhail.

—*Esto se detiene ahora. Te tocaré donde y cuando quiera. Si quiero besarte, no tienes derecho a girar la cabeza.*

Mikhail se incorpora sobre los codos y me mira con la boca apretada en una fina línea.

—Nena...

—No. No me digas nena ahora. Las palabras dulces no te llevarán a ninguna parte esta vez.

—¿Palabras dulces? —Levanta una ceja.

—No más eso de alejarse. No más calor y frío. No más mangas largas. —Lo señalo con el dedo—. Si te veo con otra camisa de mangas largas por la casa, te la voy a arrancar.

Mikhail es muy bueno para evitar que las emociones se muestren en su rostro, pero capto la sorpresa que brilla en su ojo cuando inclina la cabeza y me mira.

No me importa si lo conocí por primera vez hace solo un mes. No me importa que nuestro matrimonio haya sido arreglado como un negocio sin mi opinión al respecto. No. Me. Importa. Es mío, y lucharé contra cualquier cosa y cualquiera que intente alejarlo de mí, incluso si es el mismo Mikhail.

—Y puedo besarte por todas partes. ¿Está claro? Lo dibujaré para ti, si es necesario. En todos lados. Sí, tu ojo está jodido. Quiero besarlo de todos modos. —Aprieto los dientes y lo miro fijamente—. Y me vas a dejar. —Lo golpeo con mi dedo en el centro de su pecho, luego continúo—. Porque estoy enamorada de ti. Cada parte de ti. Tu personalidad gruñona incluida. ¡Maldita sea, lidia con eso!

Respiro hondo, me cruzo de brazos y lo observo mientras me mira sin pestañear. Está tan quieto que, por un momento, me pregunto si dejó de respirar, luego de repente se abalanza sobre mí y me encuentro de espaldas con el cuerpo de Mikhail sobre el mío. Todavía no dice nada, solo presiona sus palmas a ambos lados de mi cara e inclina la cabeza hasta que nuestras narices se tocan. Su pulgar derecho traza el contorno de mi mejilla y barbilla, y luego se posa sobre mis labios.

—Dímelo otra vez —susurra, observándome con detenimiento, como un halcón, como si buscara algún engaño. Lo veo directamente a los ojos y sostengo su mirada, deseando que note que lo que estoy diciendo es verdad.

—Estoy... tan enamorada... de ti —repito, y al segundo siguiente, la boca de Mikhail se estrella contra la mía.

Sus brazos vienen alrededor de mi espalda mientras rueda, llevándome hasta que estoy sobre él, sin romper nunca el beso. Me está apretando contra él con tanta fuerza que es difícil respirar.

—Ya lyublyu tebya Vsey dushoy, solnyshko —me dice al oído—. Ya ne pozvolyu nikomu zabrat' tebya.

Sonrío y me inclino para besar su ceja izquierda. Luego me muevo hacia el lado derecho de su cara y paso mi dedo por la línea de la cicatriz más gruesa, desde la parte superior de su frente hasta su barbilla.

—*Eres... tan rudo... esposo.* —Beso su ceja derecha, luego la esquina de su ojo derecho. No se aleja. Lo beso de nuevo.

—Y tú estás tan loca, *dusha moya.* —Suspira.

—Solo... por ti... Mikhail.

Coloca su dedo en mis labios.

—Suficiente. Deja de lastimarte.

Sonrío y deslizo mi mano por su pecho.

—Haz... que lo deje de hacer.

Capítulo 17

Mikhail

Leo el mensaje de nuestro contacto en México y llamo a Roman de inmediato.

—Angelo Scardoni está moviendo la mercancía —informo en el momento en que responde la llamada—. ¿Qué quieres que haga?

—¿Tienes una hora aproximada sobre cuándo cruzarán la frontera?

—En algún momento del jueves por la noche.

—Encuentra un buen lugar para interceptarlos después de que crucen. Hazlos volar por los aires.

—¿Estás seguro?

—Bruno incendió mi almacén. Anton todavía está en el hospital con quemaduras de tercer grado. Quiero que desaparezca el producto.

—Está bien.

—Y asegúrate de que sepan que fuimos nosotros —ordena Roman y termina la llamada.

Guardo mi teléfono en mi bolsillo, tomo una silla y la coloco frente a un hombre sentado con las manos y las piernas atadas en el medio de la habitación. Sus palmas están hacia arriba, mostrando su piel roja y ampollada.

Me siento, me recuesto y observo al imbécil italiano que tengo delante. Tiene veintitantos años, un poco de sobrepeso y viste *jeans* y una camiseta de diseñador. No parece un soldado cualquiera. Probablemente es el sobrino de alguien, a unos pocos pasos de distancia y buscando una manera de ascender de rango asumiendo el trabajo de incendiar el almacén de la *Bratva*. Idiota. Y basado en la forma en que sus ojos me miran, enormes y sin pestañear, está cagado de miedo.

—Entonces, ¿te gusta quemar cosas, Enzo? —Asiento hacia sus manos quemadas—. Necesitas más práctica.

Está murmurando algo que no puedo entender a través de la mordaza en su boca. No importa, no está listo para darme la información que necesito.

Aún no. Le doy quince minutos como máximo.

—La piel quemada duele demasiado. Solo el toque más ligero y el dolor te atraviesa hasta la columna vertebral. Deja que te enseñe. —Me inclino para presionar mi pulgar ligeramente en el centro de la palma de Enzo.

Salta en la silla con tanta fuerza que casi se cae hacia un lado, y hay un silbido que sale del trapo en su boca, como un animal atrapado en una trampa.

—¿Sabes?, realmente odio torturar a la gente —continúo—. Lleva mucho tiempo y es desordenado y, al final, todo el mundo habla. Sería bueno si pudiéramos omitir la parte desordenada porque limpiar la sangre es una verdadera pesadilla. ¿Sabes cuántos de mis trajes han terminado en la basura este mes? Cuatro. —Apoyo los codos en las rodillas y lo miro—. Me gusta este traje, Enzo. Te agradecería que me dijeras lo que necesito saber y te dejaré ir. Tan simple como eso.

Tomo uno de los cuchillos más pequeños alineados en la mesa de metal a mi lado y examino deliberadamente la hoja. Cuando me vuelvo hacia Enzo y coloco la punta del cuchillo sobre su palma, comienza a luchar contra las ataduras como un loco. Está sacudiendo la cabeza, tratando de decir algo, pero ignoro sus movimientos violentos y corto su piel quemada en una larga línea diagonal a través de su palma. Se las arregla para gritar incluso con la mordaza presionada en su boca. Me recuesto en mi silla de nuevo, tomo un sorbo de la botella de agua que tengo sobre la mesa y espero a que se calme.

Enzo deja de agitarse después de un minuto más o menos y se hunde en su silla, respirando con dificultad por la nariz. Espero unos minutos más, luego alcanzo una caja de fósforos al otro lado de la mesa.

—Entonces, hemos probado el tacto y el cuchillo hasta ahora. —Saco un fósforo, lo enciendo y lo sostengo frente a la cara de Enzo—. ¿Crees que eso fue doloroso? —Asiente con la cabeza y empieza a llorar—. No es nada comparado con tener una llama viva tocando la piel que ya está quemada.

Una mancha húmeda aparece en los *jeans* de Enzo mientras mira el fósforo ardiendo, con los ojos inyectados en sangre. Suelto el fósforo, y cae en el charco de orina en el suelo entre sus pies, errando su mano por solo unas pulgadas.

—Bueno, parece que mi vista ya no es lo que era. —Suspiro—. Menos mal que tenemos una caja entera. —Busco de nuevo la caja de cerillos, saco otro y luego miro a Enzo—. O, tal vez, ¿podríamos hablar ahora? Dime,

Enzo, ¿cuánto tiempo crees que ha pasado desde que entré? ¿Una hora? ¿Más tal vez? —Enciendo el fósforo y levanto la mano—. Han pasado ocho minutos. El tiempo pasa tan lentamente cuando tienes dolor. Entonces, esto es lo que haremos. Quitaré la mordaza. Hablarás. Si creo que estás mintiendo u omitiendo algo, te vuelvo a colocar la mordaza y permanecerá puesta durante dos horas más. No querrás estar en la misma habitación conmigo durante dos horas, Enzo.

Me inclino hacia adelante hasta que mi rostro está justo frente al suyo.

—Verás, ni siquiera he empezado contigo todavía. Solo nos estábamos conociendo y yo midiendo tu límite para soportar dolor. Es muy bajo, Enzo. Esto significa que probablemente comenzaría con las uñas y luego continuaría con los dedos y los dientes. Asumo que tomaría las dos horas que mencioné, y estoy seguro de que cantarás como un pájaro cuando te quite la mordaza después de eso. Pero para entonces no te quedarán dedos ni dientes. Creo que deberías aceptar el trato que estoy ofreciendo. —Él suspira y asiente—. Buena elección. —Apago el cerillo y me pongo de pie para quitarle la mordaza a Enzo.

Comienza a hablar en el momento en que su boca está libre.

* * *

Diez minutos después, salgo de la habitación y, mientras camino por el almacén vacío, saco mi teléfono para llamar a Roman.

—El pirómano habló. Fue Bruno. Él orquestó todo —informo—, y tomaron la droga de Diego Rivera, no de Mendoza.

—Ese hijo de puta. Cuando le pedí a Diego que duplicara las cantidades para nosotros, dijo que ya estaba al límite.

—Por lo que dijo Enzo, parece que la policía mató a Manny Sandoval y Diego Rivera se hizo cargo de su negocio. Así fue como obtuvo más producto.

—¡Maldición! —escupe—. Siempre hay líos de mierda ahí abajo.

—Sí. Y tenemos otro problema. —Aprieto el puente de mi nariz y suspiro—. No podemos explotar el transporte, Roman.

—¿Porque demonios no?

—Bruno decidió entregarle un regalo a Dushku junto con el producto. Hay una chica en el camión.

—¿Me estás jodiendo? Ese no es el estilo de Dushku.

—Estaba destinado a ser una sorpresa.

—Tu suegro es un enfermo hijo de puta.

—Sí. ¿Ahora qué?

—Pon a alguien a que lo siga. Cuando se detengan para pasar la noche, saca a la chica y luego explota la carga.

—Muy bien.

Me guardo el teléfono en el bolsillo, me meto en el auto y enciendo el motor.

Bianca

—No me gustan los clubes, Bianca.

—¿*Por favor? Se lo prometí a Milene.* —Hago una expresión triste—. *Y dijiste que me llevarías a bailar, ¿recuerdas?*

La amiga de Milene, Caterina, quería ir a algún lugar para su cumpleaños. Mi hermana propuso Ural, uno de los clubes de la *Bratva*. Le dije que no es prudente, incluso con la tregua entre los dos lados. Pero insistió, diciendo que, si Mikhail y yo íbamos, no pasaría nada. Si papá se entera, está jodida.

—Dije, ya veremos —agrega y pasa su mano por mi cabello—. ¿Cuándo?

—*Esta noche.* —Sonrío—. *Ya me he puesto de acuerdo con Sisi para que cuide a Lena. Estará aquí en cualquier momento.*

—Entonces, estabas segura de que diría que sí. —Se inclina hasta que nuestras cabezas están al mismo nivel—. Roman tenía razón. Me tienes envuelto alrededor de tu dedo meñique.

—¿*Es eso malo?* —pregunto y observo mientras toma mi mano entre las suyas y coloca la punta de mi dedo meñique en sus labios.

—No. —Besa mi dedo—. ¿Quién más viene?

—*Milene y Caterina. Y Andrea, la nieta del Don. Tal vez su hermana, Isabella, también.*

—¿La nueva esposa de Rossi? —Levanta la ceja—. Llamaré a Pavel para avisarle. Necesitaremos más seguridad.

Mikhail

Música demasiado alta, demasiada gente, demasiado alcohol. Nunca me gustaron los clubes cuando era más joven, y ahora los detesto. Todo el mundo lo sabe, y una vez que Pavel difunda la noticia de que voy al Ural con Bianca, los rumores acabarán conmigo.

Llevo a las chicas a la mesa en la esquina y me doy la vuelta, asegurándome de que los cuatro guardias de seguridad dispuestos por Pavel estén en sus lugares. Combinado con los guardaespaldas de Andrea e Isabella, hace que siete hombres vigilen a cuatro chicas. Considerándolo más que suficiente, tomo la mano de Bianca y tiro de ella hacia un lado cerca del final de la barra donde hay más luz.

—Entonces, ¿qué piensas?

—*Me encanta*. —Me sonrío—. *Muy elegante*.

—A Pavel le gusta exagerar las cosas. —Coloco mi mano en la parte posterior de su cuello e inclino su cabeza hacia arriba—. La única razón por la que he venido a este club es porque tú me lo pediste. Los odio. Y ese odio se vuelve exponencialmente más fuerte con cada segundo.

Bianca me mira con los ojos entrecerrados mientras levanta la mano para trazar la forma de un signo de interrogación en mi pecho. Me encanta cuando hace eso.

—Porque me doy cuenta de cada hombre que te mira, y hay al menos cincuenta de ellos aquí —explico, luego inclino la cabeza para susurrarle al oído—. Temo que alguien intente alejarte de mí, y tengo la compulsión de matarlos a todos antes de que tengan la oportunidad de intentarlo.

Suspirando, Bianca se sube al taburete detrás de ella, toma mi cara entre sus palmas y me jala hasta que estoy de pie entre sus piernas. Toca su nariz con la mía y comienza a acariciar mi rostro con sus manos mientras sostiene mi mirada, sin pestañear. Empieza con mi barbilla, se mueve con ternura por mis mejillas y luego entierra sus dedos en mi cabello. Cierro los ojos y me dejo ahogar por la calidez de su toque, olvidándome de las personas que

nos rodean. Un beso aterriza en el lado derecho de mi barbilla, justo sobre la cicatriz más gruesa. Todavía me resulta inesperada la forma en que toca mi rostro arruinado, con tanto cariño. Otro beso, esta vez en la punta de mi nariz, y siento que mis labios se curvan en una sonrisa. El siguiente beso aterriza en la comisura de mi boca, luego en mi mejilla izquierda. Mantengo los ojos cerrados, esperando lo que vendrá después. La ceja izquierda. Luego mi mejilla derecha. Punta de mi nariz de nuevo. Mi boca se ensancha aún más.

—Eres... —un suave susurro justo al lado de mi oído—, tan hermoso... cuando sonríes.

Aprieto mis brazos más fuerte alrededor de ella y rozo mi mejilla contra la suya. Mi pequeño y tonto rayo de sol.

—Nadie. —Otro susurro—. Se compara... contigo. —Sus manos se envuelven alrededor de mi cuello y siento su aliento cerca de mi oído mientras mueve su boca aún más cerca—. Te amo... Mikhail.

Presiono mi cara contra el cuello de Bianca y respiro profundamente, inhalando su aroma. No tiene idea de lo que me hace escucharla decir mi nombre. Me rompe y me vuelve a unir cada vez. Cada toque de ella derrite mi interior.

—Si supieras lo locamente enamorado que estoy de ti —confieso en su cuello—, estarías muerta de miedo, Bianca.

Se aparta un poco para poder mirarme a los ojos, sonríe y roza mi nariz con la suya.

—Nunca —murmura y choca sus labios contra los míos.

Capítulo 18

Bianca

El teléfono ha estado en el mostrador frente a mí, con una ventana de mensajes abierta, durante cinco minutos. Intercambié números con Nina cuando fuimos a la casa del *Pakhan* la otra noche, y he estado planeando enviarle un mensaje durante varios días, pero no estoy segura de si querrá responder a mis preguntas. No somos exactamente amigas, sin embargo, no tengo a nadie más a quién cuestionar, aparte de Mikhail. Estoy bastante segura de que me lo diría si le preguntara directamente, pero si mis sospechas son correctas, no lo quiero hacer que hable de eso. Tomo el teléfono y empiezo a escribir.

19:09 Bianca: Hola. Soy Bianca. ¿Estás ocupada?

19:11 Nina: Bueno, no creo que mantener la cabeza sobre el inodoro desde las seis de la mañana constituya estar ocupada. Jajaja. No es divertido, eso es seguro. ¿Sabes que dicen que las náuseas matutinas duran solo dos meses? ¡MINTIERON! He estado vomitando desde la tercera semana, y la parte de "mañana" tampoco es cierta. ¿Ustedes dos quieren venir a tomar un café o algo? ¿Cómo está Gruñón?

Miro la última línea y resoplo.

19:14 Bianca: Mikhail todavía está en el trabajo. ¿Sabe que lo llamas Gruñón?

19:14 Nina: Por supuesto que sí. No viene aquí a menudo, pero cuando lo hace, por lo general se sienta en un rincón y refunfuña.

19:15 Bianca: Sí, lo hace mucho. Quería preguntarte algo. Se trata de Mikhail. Pero si no te sientes cómoda respondiendo solo dímelo, está bien.

19:16 Nina: Claro. Dime.

19:16 Bianca: ¿Sabes lo que le pasó?

Pasan un par de minutos hasta que Nina responde.

19:18 Nina: Sí. Roman me dijo.

19:18 Bianca: Fue torturado, ¿no? Vi las cicatrices, y esas no son el resultado de un accidente o algo así; son demasiado precisas, casi clínicas. Su espalda está cubierta de marcas de látigo. ¿Puedes decirme quién torturó a mi esposo? ¿Y por qué?

19:20 Nina: Fue el viejo *Pakhan*. El padre de Roman.

Observo su respuesta, sorprendida. ¿El padre de Roman hizo eso? El teléfono en mi mano comienza a sonar. Es Nina. Tomo la llamada.

—Sé que no puedes responder, no obstante, creo que es mejor si te lo digo a escribir. Es... Es una historia realmente mala, Bianca.

La voz de Nina es baja y estrangulada, tan diferente de su habitual tono alegre, lo que me indica que lo que va a decir probablemente será peor de lo que podría haber imaginado.

—Solo sé lo que me dijo Roman, y no entró en detalles. Te diré lo que sé. Puedes tocar el teléfono para decir “sí”, ¿de acuerdo? —Toco el micrófono con la uña—. Prométeme que no le pedirás a Mikhail que hable de eso. Nunca. Por favor. —Sí, definitivamente es peor de lo que pensaba. Vuelvo a tocar el teléfono—. El padre de Mikhail manejaba las finanzas del viejo *Pakhan*. Un día se perdió mucho dinero, simplemente desapareció de la cuenta del *Pakhan*. Un par de millones. Llegó a la conclusión de que el padre de Mikhail tenía algo que ver con eso, así que llevó a toda su familia a uno de los viejos almacenes. Mató a la madre de Mikhail. Luego ordenó a su hombre que... violara a su hermana. Mikhail y su padre observaron.

Oh, Dios mío. Me tiemblan las piernas y siento que voy a vomitar, así que me siento en el suelo de la cocina y apoyo la frente en las rodillas.

—Entonces, cuando el padre de Mikhail todavía no podía decir dónde estaba el dinero, el *Pakhan* decidió que necesitaba un mejor incentivo —explica Nina, y por el sonido de su voz, sé que está llorando—. No sé qué le hizo a Mikhail para que su padre hablara, pero basándome en lo que me dijiste, puedo suponer. Roman dijo que él y Maxim encontraron a Mikhail y su familia al día siguiente. Todos excepto Mikhail estaban muertos. Solo tenía diecinueve años, Bianca.

Hay un zumbido en mis oídos, como un televisor sin señal, cancelando todos los demás sonidos a mi alrededor. Mi visión se nubla por las lágrimas, así que cuando me pongo de pie, golpeo mi cadera contra el mostrador, aunque ignoro el dolor y corro a la habitación de invitados. Me siento increíblemente fría, así que me meto en la cama debajo de la manta gruesa, todavía con el teléfono pegado a la oreja.

—Roman mató a su padre previamente ese mismo día, cuando lo encontró tratando de estrangular a Varya —continúa—. Obtuvo los detalles de los dos hombres que estaban en el almacén con el viejo *Pakhan*. También los mató a ambos. Incluso después de todos esos años, no puede perdonarse a sí mismo por matarlos y robarle a Mikhail la oportunidad de hacerlo él mismo.

Hay un sonido de resuello en el otro lado, luego un sonido metálico seguido de una maldición susurrada.

—Me estoy sintiendo enferma otra vez, no estoy segura si es por decirte esto o por el embarazo. Probablemente ambos. Tengo que volver a vomitar. Si necesitas saber algo más, envíame un mensaje y le preguntaré a Roman. Solo... no le preguntes a Mikhail.

Toco el teléfono y lo dejo caer sobre la manta, luego hundo la cara en la almohada. Y me suelto a llorar.

La puerta del dormitorio se abre un par de horas más tarde, sin embargo, mantengo la cabeza debajo de la manta y finjo que estoy durmiendo. De ninguna manera puedo dejar que Mikhail me vea en este estado, sabrá de inmediato que algo sucedió. Escucho sus pasos acercarse a la cama, y un momento después, siento un ligero beso en la parte superior de mi cabeza. Susurra unas pocas palabras en ruso y luego se va. Lloro durante otra hora después de que se va, preguntándome cómo una persona que pasó por algo como lo hizo Mikhail, puede ser tan tierna y amorosa.

Cuando entro al baño para ducharme, mi cara todavía está roja y mis ojos hinchados. Al menos está oscuro ahora, y la hinchazón debería desaparecer por la mañana.

La luz está apagada cuando entro en nuestro dormitorio. Mikhail está acostado de lado dormido, de espaldas a la puerta. Me acerco de puntillas a la cama, me meto debajo de la manta y apoyo la cabeza en la almohada, enterrando mi cara en el cuello de Mikhail.

—Pensé que estabas durmiendo —dice.

Extiendo mi mano y acaricio la longitud de su espalda, sintiendo las crestas a lo largo del camino, luego me muevo a su estómago y el parche ancho de piel muda donde fue quemado, y, finalmente, hasta la cicatriz larga y delgada en su pecho.

—Te amo. —Mi voz es muy débil, aunque sé que me escucha, porque me abraza por la cintura y me aplasta contra su pecho.

Mikhail

—Estaré allí en una hora —le comento a Maxim y termino la llamada.

Cuando salgo del gimnasio, Bianca levanta la cabeza de su café y me sigue con la mirada mientras camino hacia la cocina. Dejé mi camiseta en el gimnasio, y se siente extraño estar frente a alguien con mi pecho y mi espalda expuestos de manera tan casual. No creo que nadie me haya visto sin camisa en más de una década. Me observa por encima del borde de su taza, su mirada viajando desde mi estómago hasta mi pecho, pero no hay renuencia en sus ojos. Su mirada recorre mi cuerpo y, basándose en la forma en que la comisura de su labio se curva hacia arriba, le gusta lo que ve.

Abro el refrigerador para sacar una botella de agua cuando siento un toque repentino en la parte baja de mi espalda, un dedo trazando un patrón circular hacia arriba a través de mi piel, luego hacia abajo a lo largo de mi columna. Otro dedo en mi bíceps derecho, viajando hacia mi frente y luego bajando por mi pecho. Cuando llega a la cintura de mi pantalón deportivo, desliza su mano dentro para agarrar mi pene y se inclina sobre mi espalda.

—Maldita sea, nena... Tengo que estar en casa del *Pakhan* en una hora.

La mano de Bianca se desliza dentro de mis bóxers y se envuelve alrededor de mi ya dura longitud y, al mismo tiempo, siento su lengua en mi espalda, lamiendo a lo largo de mi columna. Chasqueo. Un gruñido se escapa de mi pecho cuando me giro, y agarrándola por la cintura, la lanzo sobre mi hombro en un agarre de bombero y corro hacia el dormitorio.

En el momento en que la bajo, Bianca toma la cinturilla de mis pantalones deportivos y los baja junto con mi ropa interior. Una sonrisa traviesa se extiende por su rostro mientras me empuja sobre la cama y luego

se arrastra sobre mi cuerpo para presionar su boca contra la mía. Muerde mi labio, luego se mueve hacia abajo, dejando un rastro de besos por mi cuello y pecho, y se detiene cuando llega a mi estómago.

—*Parece que nuestros roles se han invertido esta vez.* —Seña, sonriendo.

—¿Oh? ¿Cómo es eso?

—*Todavía tengo mi ropa puesta. Y tú eres el que está completamente desnudo.* —Seña, traza la punta de su dedo por mi estómago y roza mi pene completamente erecto—. *A mi merced.*

Me pregunto si se da cuenta de cuán cierta es su declaración. Podría colocarme una pistola en la sien y apretar el gatillo, y no movería ni un dedo para detenerla. Mientras observo, se inclina y lame la punta de mi miembro, y necesito una enorme cantidad de control para no llegar al clímax de inmediato. Otra lamida, rodeando la cabeza de mi pene, luego lentamente lo toma en su boca. Tomo aire y agarro su trenza que ha caído sobre su hombro.

Manteniendo el extremo de la trenza entre mis dedos, envuelvo la longitud alrededor de mi mano, una, dos y luego una tercera vez hasta que llego a su nuca. Luego tiro de ella, hasta que Bianca deja que mi pene se deslice de su boca con un chasquido y me mira. Aprieto mi agarre en su cabello y observo mientras arquea su delicado cuello. Parece tan frágil, pero no importa. Nadie se atreverá a ponerle un dedo encima nunca más, porque ahora tiene su propio monstruo para cuidarla. Colocando mi mano libre en el costado de ese frágil cuello, rozo la línea de su barbilla con mi pulgar.

—Necesito mi polla dentro de ti, nena —gruño y aprieto su cabello ligeramente—. Ahora mismo.

Bianca sonríe, mete la mano debajo de su falda y, al momento siguiente, se escucha el sonido de la tela rasgándose. Su mano se aleja, sosteniendo las bragas de encaje arruinadas que arroja a un lado. Mantengo mi mano en su cabello mientras se sube a mi miembro y comienza a cabalgarme, aún usando su blusa de seda y su falda elegante. Un pequeño sonido que se asemeja a un grito sale de sus labios cuando sus paredes comienzan a contraerse alrededor de mi longitud y mi control se rompe. Suelto su cabello para agarrarla por la cintura y golpearla contra mi pene. Bianca jadea, sus manos apretando mis antebrazos, luego gime cuando la golpeo desde abajo. Sus ojos nunca sueltan mi mirada mientras su cuerpo tiembla

con su segundo orgasmo, aún más intenso, y mi semilla comienza a llenarla. Es la vista más hermosa que he tenido el placer de experimentar.

* * *

—Esta será la primera vez en mi vida que llego tarde a una reunión con Roman. —Miro a Bianca, quien me está abotonando la camisa—. Me estás corrompiendo.

Simplemente se encoge de hombros y termina con el último botón.

—*Entraste a la cocina sin camisa. ¿Qué esperabas?*

Definitivamente no ella saltando sobre mí de esta manera.

—Puede que deje de usar camisas en la casa por completo si puedo esperar el mismo resultado.

—*Haz eso. Y ya veremos.*

—Hecho. —Me inclino y la beso—. Tengo que irme. No volveré antes de la mañana.

Me giro para irme, pero me detengo al escucharla decir mi nombre. Me golpea en el pecho cada vez que lo hace porque sé que le duele, pero sigue haciéndolo, sin importar lo que diga.

—*Ten cuidado.*

—Lo haré. —Beso su frente—. Envíame un mensaje cuando Lena regrese de la guardería.

Asiente, coloca su mano sobre mi pecho y traza la forma de un corazón con la punta de su dedo.

—También te amo, nena. —Tomo su cara entre mis manos y toco mi nariz con la suya—. No te puedes imaginar cuánto.

* * *

Nos toma seis horas organizar todo y poner a todos los hombres en su lugar. Dimitri, Yuri y tres de los soldados esperan en una parada de descanso, mientras que Denis, Ivan y Kostya con dos soldados más esperan en la segunda parada. No estamos seguros de cuál de esas dos paradas elegirá el conductor de Bruno para pasar la noche, así que tuvimos que

dividir nuestras fuerzas, dejándonos cortos de personal. Pavel tuvo que quedarse atrás para vigilar los clubes, y con Anton todavía en el hospital, tuve que traer a Sergei conmigo como respaldo para seguir el camión de transporte.

Tener a Sergei en una misión de campo es siempre un desastre a punto de suceder. Se le prohibió el servicio de campo el año pasado después de que voló todo el almacén irlandés, dejando solo cenizas. No tengo idea de qué estaba pensando Roman cuando lo envió al campo hace unos meses mientras luchábamos contra los italianos. El hombre es una jodida bomba de tiempo. Si no lo supiera ya, nunca habría adivinado que los dos son medios hermanos.

Nadie, excepto Roman y Maxim, saben lo que hizo Sergei antes de venir a la *Bratva*, aunque tengo mis sospechas. Todos en nuestro círculo deben ser expertos con un arma y un rifle. Sergei domina todas las armas con las que ha estado en contacto: un rifle de francotirador, rifles de asalto pesados e incluso lanzagranadas. También es especialista en todo tipo de explosivos, caseros y de fabricación profesional. Una máquina de matar entrenada por militares, probablemente en operaciones clandestinas.

—Recuerda lo que acordamos —insto—. Los muchachos se encargarán del conductor. Preparas el camión y esperas hasta que saque a la chica. No te desvíes del plan. Y no explotes el maldito camión mientras yo esté dentro, Sergei.

—Estás nervioso esta noche.

—Quiero terminar con esto lo más rápido posible. Mi esposa está esperando que llegue a casa y querrá que esté en una pieza.

—Todavía no puedo creer que estés casado.

—Bueno, tal vez deberías intentarlo.

Mira el camino frente a nosotros por unos momentos antes de responder.

—Ya lo he intentado. No terminó bien.

Me quedo inmóvil. No tenía idea de que Sergei estaba casado.

—¿Qué pasó?

—La maté. —Se recuesta en el asiento y enciende un cigarrillo—. Justo después de que intentó cortarme el cuello.

—Mierda, Sergei.

—Sí. Con mi propio cuchillo. ¿Puedes creer esa mierda? —Exhala una nube de humo y se enfoca en el camión que está unas yardas frente a

nosotros.

Lo miro y noto los círculos oscuros debajo de sus ojos.

—No estás durmiendo. De nuevo.

—Dormiré cuando esté muerto.

El camión da la señal de giro a la derecha y toma la salida. Sergei llama a Dimitri.

—Está fuera de la autopista y se dirige hacia ti. ¡Tiempo estimado de llegada siete minutos! —grita, tira el teléfono en el tablero y se recuesta en su asiento, su boca se abre en una sonrisa de suficiencia—. Extrañaba la acción, ¿sabes?

Conozco esa sonrisa. Estamos jodidos.

* * *

—¡Mierda! —Vuelvo a meter la palanca debajo de las puertas de carga del camión y empiezo a levantarlas, pero el mecanismo que evita que se deslice hacia abajo no funciona.

—¡Sergei! ¿Ya terminaste?

Su voz proviene de debajo del camión.

—Solo uno más.

—Has puesto suficiente mierda para volar toda la maldita área. Déjalo y ven aquí, la puerta está atascada.

Sergei sale rodando de debajo del camión y viene a mi lado.

—Solo sostenlo ahí, voy a buscar a la chica —indica, enciende la linterna en su teléfono y salta al camión.

Escucho sus pasos moviéndose más adentro, luego el sonido de cajas siendo movidas.

—¿Está ella allí? —pregunto.

—No puedo encontrarla. ¿Estás seguro de que ella es...? ¡Mierda!

Hay más ruidos de crujidos y cosas siendo movidas.

—¿Sergei?

—La tengo. Maldición, está en mal estado. —Sus pasos se acercan—. Sostén la puerta.

Presiono la palanca hacia abajo, levantando la puerta más alto, luego agarro la parte inferior y la levanto sobre mi cabeza para que Sergei pueda

sacar a la chica. Sosteniendo un cuerpo femenino inerte en sus brazos, se agacha debajo de la puerta parcialmente levantada y salta del camión. No hay manera de ver las facciones de la mujer, porque su cabello enredado cubre todo su rostro. Lo que puedo ver son sus pantalones cortos y su camisa desgarrados, y un brazo delgado colgando sin fuerzas. Ella es piel y huesos.

—Llamaré a Varya y le diré que traiga al médico. —Dejo que la puerta del camión vuelva a caer—. Podemos reunirnos con ellos en la casa de seguridad.

—No. La llevaré a mi casa.

—¿Qué? ¿Estás loco?

—Dije que la llevaré conmigo.

Hay una mirada extraña en los ojos de Sergei, como si estuviera listo para defender su preciado cargamento de cualquiera que se hubiera acercado. Roman va a perder los estribos cuando se entere de esto.

—Como sea. Métela en el auto, explota el camión y vámonos de aquí.

Llamo a Dimitri de camino al coche y le digo que busque a los muchachos y se pierda. Espero que Sergei coloque a la chica en el asiento trasero y se siente al frente, pero en lugar de hacerlo, simplemente la abraza con más fuerza y se sienta atrás, acunándola. Sacudiendo la cabeza, enciendo el vehículo y me desvío bruscamente hacia el camino de tierra que conduce a la autopista.

—¿Listo? —Miro por el espejo retrovisor y descubro a Sergei mirando a la chica en sus brazos—. ¡Por Dios, Sergei! Toma el maldito control remoto y vuela el maldito camión de una vez.

Levanta la cabeza, entrecierra los ojos y me sonrío. El *boom* épico suena en la noche. Mis ojos se abren. ¿Lo tenía en un temporizador? El bastardo podría habernos volado a los tres en pedazos si agarrar a la chica hubiera tomado unos minutos más.

Tomo mi teléfono y llamo al número de Bruno Scardoni.

Contesta al segundo timbre.

—¿Qué?

—Queridísimo suegro. —Sonrío—. La *Bratva* le envía saludos. —Corto la llamada y marco a Roman a continuación—. Está hecho.

—¿Todo salió según lo planeado?

—Más o menos. —Suspiro.

—Mierda. ¿Qué hizo? Es Sergei, lo sé.

—Quiere llevarse a la chica a su casa.

—Perfecto. Simplemente perfecto. Dile que... ¿sabes qué?, no me importa. ¿Debería enviar a Varya allí?

—Sí. Y al doctor. La chica apenas está viva.

—Jodidamente maravilloso. Te necesito aquí mañana a las ocho de la mañana.

Lanzo el teléfono en el asiento del pasajero y conduzco hasta la casa de Sergei.

Capítulo 19

Bianca

Me siento en la cama y observo a Mikhail preparándose para dirigirse a la casa del *Pakhan*.

—¿Cuándo vas a estar de vuelta?

—No sé. —Se inclina para besarme—. Te enviaré un mensaje cuando termine.

—Bien. Iré a despertar a Lena. Llegará tarde.

—No tienes que hacer eso. La alistaré.

—Quiero hacerlo. Y peino mejor su cabello —Seño y acaricio su mejilla.

Cuando Mikhail se va, me dirijo a la habitación de Lena, saco los lindos pantalones rosas y la camisa con volantes rosas a juego de su tocador, luego voy a sentarme a su lado en la cama. Me toma dos minutos enteros moviendo su nariz hasta que finalmente se despierta.

—¡Bianca, Bianca, cinco minutos más!

Suspiro, le quito unos mechones de pelo enredados de la cara y apoyo la espalda contra la pared. Podemos esperar cinco minutos más.

Sisi llega justo cuando estoy terminando el peinado de “muchas trenzas” de Lena. Lena corre a agarrar su mochila y se dirige hacia la puerta, pero luego se da la vuelta y se apresura a volver hacia mí.

—¡Bianca, Bianca! —Se inclina y me besa en la mejilla, luego corre para unirse a Sisi, despidiéndose con las manos—. Hasta luego, mami.

Mientras la veo irse, una sensación de calidez se extiende dentro de mi pecho.

* * *

Acabo de terminar de ducharme cuando mi teléfono suena en alguna parte. Me tenso. Nadie me llama, nunca. No tiene sentido buscar a alguien

por teléfono cuando no puede hablar. Salgo corriendo del baño, me apresuro a la sala de estar y empiezo a buscar mi teléfono. Justo cuando lo encuentro debajo de la almohada en el sofá, deja de sonar, así que reviso las llamadas perdidas y veo el número de Allegra. Algo debe haber pasado si me está marcando. Devuelvo la llamada mientras camino de regreso al dormitorio para ponerme algo de ropa.

—Bianca —dice en el momento en que se conecta la llamada—. Necesito que vengas aquí ahora mismo. Apúrate. Es Milene.

La línea se corta y una sensación de pavor se acumula en mi estómago. ¿Qué le ha pasado a Milene? ¿Por qué no me dijo nada?

Intento llamarla de nuevo, pero no contesta, así que me pongo la primera ropa que encuentro, tomo mi teléfono y mi bolso, y salgo corriendo del apartamento. Cuando llego a la acera, empiezo a buscar un taxi, demasiado distraída por todas las posibilidades de lo que podría haberle pasado a Milene para notar el auto que se detiene justo en frente de mí.

—¡Bianca! —Oigo la voz de mi padre procedente del coche—. Vamos.

Abro la puerta del pasajero, y sin pensarlo, entro al auto. El sonido de las puertas cerrándose hace que mi cabeza se levante bruscamente para ver a mi padre, quien me mira con malicia en sus ojos.

—*Cara mia* —se mofa, y me da un golpe con tanta fuerza que me desmayo.

Mikhail

Estoy estacionando mi auto frente a la casa de Roman cuando mi teléfono suena con un mensaje entrante. Pensando que debe ser Bianca, abro el mensaje y se me congela la sangre. Es una imagen de Bianca sentada en un viejo sillón reclinable, con las manos atadas a la espalda. Está mirando hacia arriba, probablemente a la persona que tomó la foto, su rostro es una máscara de ira. Un gran hematoma rojo cubre la mayor parte de su mejilla, su labio está partido y una delgada línea de sangre desciende desde la comisura de su boca.

El teléfono en mi mano suena, mostrando el número de Bruno Scardoni.

—Te voy a matar, Bruno —amenazo en el momento en que recibo la llamada—. Me aseguraré de que sea lento y doloroso.

—Te enviaré la dirección. Vienes solo o la voy a lastimar.

El mensaje con una dirección en algún lugar de las afueras llega después de que finaliza la llamada. Pongo el auto en reversa y piso el acelerador.

Tardo casi una hora en llegar a la casa en ruinas en las afueras de Chicago. Es una estructura desmoronada rodeada de hierba y maleza crecida. Dos coches están estacionados al lado, justo frente a una puerta que cuelga de sus bisagras. Dos hombres se paran a cada lado y otro al lado de uno de los autos.

Envío un mensaje rápido a Denis, indicándole que venga aquí de inmediato, luego tomo mi arma de debajo de mi asiento y me dirijo hacia la casa.

Bianca

Observo a mi padre mientras se recuesta en el sofá desgarrado frente a mí, sosteniendo una pistola en la mano. No me matará. Lo sé. Bruno Scardoni podrá ser un imbécil, pero no mataría a su propia hija, ¿verdad? No tengo ni idea de lo que está pasando, aunque es evidente que algo ha sucedido. Algo grande porque nunca he visto a mi padre en este estado. El traje que lleva está hecho un desastre. Su cabello, por lo general cuidadosamente peinado hacia atrás, está desordenado, y, aunque su postura es relajada, la mano en su rodilla está temblando ligeramente mientras su pulgar golpea su pierna en un patrón rápido. Conozco sus señales. Está enojado y, por la mirada en sus ojos, también está asustado.

No es nada bueno.

—Tenía todo planeado. Era perfecto —confiesa, mirando la pared detrás de mí—. Cada detalle. ¡Era excelente! Llevar a la *Bratva* a una guerra con los albaneses y luego hacerme cargo de su negocio. El tirador de la boda me costó cincuenta mil, y los idiotas que debieron haber matado al hijo de puta de tu esposo, ciento cincuenta más. Idiotas estúpidos.

Solo lo miro en estado de *shock*. ¡Toda nuestra familia estuvo en la recepción de la boda! Y yo estaba en el mismo auto con Mikhail cuando

esos tipos comenzaron a perseguirnos, podrían habernos matado a ambos. ¿Le importaba?

—Tenía tanta confianza en que todo saldría según lo planeado hasta que tu esposo hizo estallar mi cargamento anoche. Quince millones. Perdidos. El Don probablemente ya lo sabe. Estoy jodido. —Me mira, y una sonrisa loca se extiende por su rostro—. Pero no voy a caer solo. Voy a matar a ese hijo de puta, aunque sea lo último que haga.

El sonido de un auto acercándose llega a mis oídos y mi sangre se congela. No. Por favor, Dios, no. Tiro más fuerte de las ataduras que he estado tratando de desatar durante los últimos treinta minutos. Mi muñeca derecha ya está en carne viva. Solo necesito aflojar la cuerda un poco más y podré sacar mi mano.

Suena un disparo frente a la casa. Dos más siguen en rápida sucesión.

—¡Maldito imbécil! —Mi padre se levanta del sofá y camina hacia mí.

Me recuesto en el sillón reclinable para esconder mis manos de su vista. Se detiene a mi derecha y levanta su arma hacia mi sien justo cuando Mikhail irrumpe por la puerta. Nuestras miradas chocan y, por un momento, todo lo que puedo hacer es verlo congelado allí, aparentemente en perfecto control en el exterior. Su ojo azul oscuro se enfoca en el arma en mi sien.

—¿Mataste a mis hombres? —se mofa mi padre.

—Sí. Deja ir a Bianca. Esto es entre nosotros dos, Bruno.

—No me parece. Creo que preferiría que vea. De todas formas, todo es culpa suya. ¿No es así, *cara mia*? —Me mira con tanto odio que mi respiración se queda atrapada en mis pulmones—. Simplemente no pudiste, por una vez en tu vida, hacer lo que te ordené. Estaba tan emocionado cuando escuché que te casarían con el Carnicero de la *Bratva*. Oh, los planes que tenía. Sabes, me pregunto... ¿Tienes idea de por qué le llaman el carnicero?

—Bruno, no lo hagas —amenaza Mikhail.

—Oh, ¿no le dijiste? —Mi padre se ríe, me agarra de la barbilla con dos dedos y gira mi cabeza para que vea de nuevo a Mikhail—. Mira a tu marido, *cara*. ¿Sabes lo que hace para la *Bratva*?

Mikhail me observa fijamente, con el cuerpo tenso y la mandíbula apretada, aunque no dice nada. Ya sé que está manejando la distribución de la droga, así que no entiendo por qué guarda silencio.

—Tortura a la gente, Bianca. Les gusta llamarlo *extracción de información*, pero, en realidad, significa que los golpea, los corta y cualquier otra cosa que sea necesaria para hacerlos hablar. Míralo bien y verás al verdadero hombre por el que vendiste a tu familia.

Miro a Mikhail, deseando que diga algo, que le diga a mi padre que está mintiendo. No lo hace. En cambio, pone su mano en un puño, lo levanta lentamente hacia su pecho y hace un movimiento circular, su ojo azul oscuro mirándome con tristeza todo el tiempo. Una seña que significa “lo siento”.

Cierro los ojos y respiro hondo. El mundo en el que vivimos está jodido. Siempre lo supe, y solo me estaría engañando a mí misma si creyera que Mikhail no podría ser algo más que otro producto de ese mundo criminal. Cada prenda de ropa que tengo, cada comida que he ingerido ha sido pagada con dinero ensangrentado. No soy una hipócrita y no voy a pretender lo contrario. ¿Acepto la violencia? No. ¿Podría torturar a una persona para obtener la información que necesito? Probablemente no.

Abro los ojos y miro directamente a su mirada azul. ¿Querré menos a Mikhail por lo que hace? No. Un mundo jodido crea gente jodida. Probablemente también sea una de ellas, porque acepto mi realidad tal como es.

—Te amo. —Muevo la boca diciendo las palabras a Mikhail y lo veo quedarse quieto mientras se enfoca en mis labios.

—Dios mío, estás enamorada de él —acusa mi padre con asombro y luego se echa a reír—. Pero no te preocupes, eres bonita. Te encontraremos otro monstruo para casarte con bastante facilidad. —Se vuelve hacia Mikhail—. Saca el cargador y suelta el arma.

No, no, no. Observo a Mikhail mientras suelta el cargador y luego lo tira junto con el arma al suelo frente a él.

—Hay unas esposas en el radiador en la esquina. —Mi padre asiente hacia el otro lado de la habitación, todavía presionando el arma contra mi cabeza—. Espóstate tú mismo.

El pánico se eleva en mi estómago mientras veo a Mikhail caminar hacia el radiador, sentarse en el suelo y poner un lado de las esposas en su muñeca derecha y cerrar el otro alrededor de la tubería. Mi padre lo va a matar.

—Bruno, por favor. Deja ir a Bianca. Puedes hacer lo que quieras conmigo, pero deja ir a tu hija.

—No lo sé... —Baja el arma y da unos pasos hacia Mikhail—. Creo que debería dejarla verme matarte. Tal vez la haga más razonable.

Ignorando el dolor punzante, tiro de mis ataduras con todas mis fuerzas, girando mi mano hacia la izquierda y hacia la derecha. En el mismo momento en que siento que mi mano se suelta, un disparo atraviesa el aire. Mi cabeza se levanta y observo con horror cómo la sangre comienza a acumularse de una herida en el hombro de Mikhail.

—No pensaste que te dejaría ir fácilmente, ¿verdad? Tengo varias balas más aquí, y me aseguraré de que solo la última sea fatal. —Mi padre da otro paso hacia Mikhail y ladea la cabeza—. ¿Qué debo elegir a continuación? ¿Una pierna tal vez? ¿O el otro hombro? Podrías darme pautas, es tu especialidad.

Me pongo de pie de un salto y corro hacia el arma de Mikhail en el suelo cerca de la entrada.

—¡Bianca! —grita mi padre—. ¿Qué diablos crees que estás haciendo? Déjala. ¡Te vas a lastimar, idiota!

—¡Sal y corre! —Mikhail grita al mismo tiempo—. ¡Demonios!, ¡ahora, Bianca!

Los ignoro a ambos. No voy a correr, y ciertamente voy a lastimar a alguien. Y no será a mí misma. Miro a mi padre, que está parado tres yardas delante de Mikhail, tomo el arma con una mano, inserto el cargador y amartillo. No me lleva más de unos segundos, lo he practicado muchas veces con Angelo. La mirada en los ojos de mi padre cuando me ve levantarme y apuntarle con el arma no tiene precio.

Por unos momentos, los dos nos quedamos allí retándonos, mi arma apuntando al pecho de mi padre mientras me mira.

—No tienes las agallas, *cara mia*. —Sonríe y comienza a girar hacia Mikhail.

No, supongo que no tengo las agallas para matar a mi padre. Respiro hondo, apunto a su muslo y aprieto el gatillo.

Bruno Scardoni grita y su arma cae de su mano. Se desmorona en el suelo, agarrándose el muslo sangrando.

Doy un par de pasos más hasta que estoy de pie justo en frente de él.

—Eso es por mí —digo con voz áspera, luego apunto de nuevo, esta vez a su hombro, y disparo. Su cuerpo se sacude y cae de espaldas al suelo—. Eso es por... mi esposo.

Ignorando el llanto de mi padre, pateo su arma hacia el otro lado de la habitación.

—Bianca, dame el arma, nena.

Miro a Mikhail y su brazo extendido, camino hacia él y le pongo el arma en su mano libre.

Mikhail

—Bianca, mírame, *solnyshko*. —Levanta los ojos hacia los míos y veo que está llorando—. ¿Puedo matarlo, *nena*? —Miro a Bruno que está jadeando en el suelo. Si Bianca no estuviera aquí, él ya estaría muerto, sin embargo, no lo mataré frente a ella a menos que así lo quiera.

Niega con la cabeza, luego se quita su camiseta y la aprieta en un puñado. Agachándose frente a mí solo con su sostén y *jeans*, presiona la tela contra mi hombro sangrando. Mi mano todavía está esposada al tubo del radiador, y mi hombro está gritando de dolor, pero no hay forma de que me arriesgue a que se acerque a ese imbécil para encontrar la llave. En lugar de eso, envuelvo mi brazo libre alrededor de ella y la sostengo contra mi pecho, asegurándome de que el arma en mi mano no toque su piel.

La puerta choca contra la pared y Denis entra corriendo, con la pistola en la mano, mirando a su alrededor.

—¡Mirada al suelo! —grito. Nadie verá a mi esposa medio desnuda excepto yo, al diablo con las circunstancias especiales—. La llave de las esposas. —Hago un gesto con la cabeza hacia Bruno—. Ata algo alrededor de su pierna y llama a Maxim para que alguien lo recoja y se lo entregue al Don.

Denis encuentra las llaves de las esposas en uno de los bolsillos de Bruno y se apresura a abrimme las esposas.

—Tenemos que llevarte al hospital, jefe —susurra.

—No. Vamos con el Doc. No voy a ir a un hospital con una herida de bala a menos que sea necesario. Nos llevaremos tu coche.

—¿Por qué siempre es mi auto cuando se transportan pasajeros que vomitan o sangran? —Denis murmura mientras llama a Maxim.

Coloco un dedo debajo de la barbilla de Bianca y levanto su cabeza.

—¿Estás bien, *dusha moya*?

Toma mi mano y la coloca sobre la camisa que está presionando contra mi hombro, toma mi rostro entre sus manos y me besa.

—*No. Pero lo estaré.* —Seña y me besa de nuevo.

—Necesitamos establecer algunas reglas. Cuando te diga que corras, corre, Bianca. ¿Está claro?

—¿*Y dejar que te maten?*

—Sí.

Bruno podría haberla matado. No pensé que lo haría, mas nunca arriesgaría su vida, incluso si hubiera un uno por ciento de posibilidades de que terminara lastimada.

—*No puedo prometerle eso. Lo lamento.*

—Bianca, nena, si no me lo prometes, te encerraré en el apartamento y pondré a dos hombres en la puerta. Estoy tan enojado contigo por lo que hiciste ahí afuera. Por favor, no me pongas a prueba con esto.

—*Está bien.*

—Está bien, ¿qué? Estás de acuerdo, ¿me prometes que harás lo que te diga?

Sonríe un poco, pone sus brazos alrededor de mi cintura y apoya su cabeza en mi pecho.

Bianca

No sé qué me hace levantar la cabeza del pecho de Mikhail y mirar a mi padre, tirado en el suelo unos doce pasos detrás de mi marido. Por un momento parece que se ha desmayado, pero luego mis ojos se posan en su mano derecha metida en su chaqueta. La escena se desarrolla como en cámara lenta. Su mano sale de su chaqueta, sosteniendo un arma, una mirada loca en sus ojos y una amplia sonrisa en su rostro. Apunta el arma a la espalda de Mikhail. Paso alrededor de mi esposo y empiezo a correr hacia mi padre. Alguien está gritando. Un brazo fuerte se envuelve

alrededor de mi cintura, dándome la vuelta, mi espalda presionada contra el ancho pecho de mi esposo. Dos disparos explotan en algún lugar detrás de mí, casi simultáneamente. Siento a Mikhail hacer una mueca y da un paso adelante, todavía agarrando mi cuerpo contra el suyo. Un beso aterrizza en la parte superior de mi cabeza.

—No te atrevas a intentar recibir una bala destinada para mí nunca más —susurra en mi oído.

Su brazo se suelta a mi alrededor cuando Denis levanta la vista del cuerpo inmóvil de mi padre, luego se da vuelta y corre hacia nosotros. Dejo escapar un suspiro, agradecida de que todo haya terminado y envuelvo mis brazos alrededor de Mikhail. Su camisa está mojada. Aparto mi palma derecha, roja. El horror se acumula en mi estómago cuando miro a mi marido, quien se tambalea hacia adelante, pero Denis logra atraparlo.

—¡Trae mi auto! —Denis grita, lanza el brazo de Mikhail alrededor de sus hombros y lo arrastra hacia la puerta principal—. ¡Ahora, Bianca!

Corro.

Capítulo 20

Bianca

Siento la mano de alguien en mi hombro y abro los ojos. Nina está sentada en una silla a mi lado, mirándome.

—¿Alguna noticia? —pregunta, y niego con la cabeza.

Llevaron a Mikhail a cirugía en el momento en que llegamos al hospital ayer. Duró cuatro horas. El médico dijo que la bala le perforó el pulmón, pero que todo debería estar bien y lo darán de alta hoy de la UCI. Estaba esperando que la enfermera me dijera a qué habitación lo trasladarían, solo para que me informaran que había comenzado a sangrar internamente y que tenían que llevarlo a cirugía de emergencia nuevamente. Eso fue hace seis horas.

—Denis trajo algo de ropa para ti —agrega Nina y alcanza mi mano—. Una toalla y también algunos cosméticos. Necesitas ducharte y cambiarte. Después, tienes que comer algo.

Me envuelvo en la chaqueta que me dio Denis y niego con la cabeza. No dejaré esta silla hasta que alguien venga a decirme que Mikhail está bien.

—Hay una habitación vacía dos puertas más abajo. Volveremos en diez minutos, como máximo. Roman se quedará aquí y nos llamará si alguien viene con noticias. Si Gruñón te ve así, se divorciará de ti de inmediato, lo sabes, ¿verdad?

Miro al *Pakhan*, quien está parado unos pies a mi derecha, y asiente.

—Estaré aquí y vendré a buscarte si sale el médico.

Despliego mis piernas debajo de mí y me pongo de pie lentamente. No tengo idea de cuántas horas he estado en la misma posición, y mis piernas se sienten rígidas como si todo el flujo de sangre hacia ellas hubiera cesado. Me toma menos de diez minutos en ducharme, cepillarme los dientes y ponerme los *jeans* y la camiseta que me proveyeron. Recojo los cosméticos para volver a colocarlos en la bolsa cuando noto una sudadera con capucha gris doblada en la parte inferior. La saco y empiezo a llorar de nuevo. Es la

que le robé a Mikhail. Denis probablemente la empacó pensando que era mía. No tengo frío, pero igual me la pongo y vuelvo a la sala de espera.

Nina me mira cuando entro y sonrío, aunque el gesto no llega a sus ojos.

—Mierda, cariño. ¿Eso es de Gruñón?

Asiento y trato de evitar que las lágrimas vuelvan a caer.

Nina resuella y me envuelve en un abrazo.

—Estará bien, ya verás. —Resuella de nuevo—. Ven. Vamos a buscarte algo de comer.

Una hora después sale el doctor del quirófano y nos informa que la operación salió bien. Nos dice que nos vayamos a casa y volvamos por la mañana, ya que Mikhail no saldrá de la UCI antes de esa hora, sin embargo, niego con la cabeza y vuelvo a mi asiento. No iré a ninguna parte.

Al otro lado del pasillo, Roman y Nina comienzan a discutir, no obstante, solo capto la parte en la que él mismo amenaza con llevarla a casa si no se va. Quince minutos después, llegan dos hombres de traje. El mayor con lentes se acerca a Roman y le entrega la *laptop* que trajo consigo. Se sientan en el otro extremo del pasillo, discutiendo algo. El otro hombre sigue a Nina cuando viene a pararse frente a mí y toma mi mano entre las suyas.

—Tengo que irme. Roman amenazó con atarme a la cama si no me iba a casa y dormía un poco, mas volveré a primera hora de la mañana. Si necesitas algo, envíame un mensaje, ¿de acuerdo? —Aprieto su mano y asiento—. Maxim y Roman se quedarán contigo. —Asiente hacia los dos—. Maxim arregló todo con la enfermera para dejarte descansar en la habitación de Mikhail hasta que lo traigan. Trata de dormir un poco.

No creo que logre hacerlo, pero asiento de nuevo de todos modos.

La enfermera llega unos minutos después de que Nina se fuera y me lleva a la habitación donde me duché antes. Me dejo caer en el sofá junto a la ventana, saco mi teléfono y le envío un mensaje a Sisi preguntando por Lena. No le hemos dicho lo que pasó.

Me desplazo por mi teléfono, revisando unos veinte mensajes de texto de Milene preguntando por Mikhail y si necesito algo. En uno, me pregunta si iré mañana al funeral de nuestro padre. Le hago saber que la condición de Mikhail no ha cambiado, ignoro la parte del funeral y tiro el teléfono en el asiento a mi lado. En lo que a mí respecta, espero que mi papá arda en el infierno.

* * *

La maldita máquina expendedora está atascada. Intento golpearla con la palma de la mano varias veces, pero no pasa nada. Suspirando, dejo la máquina y me dirijo a la cafetería al otro lado del edificio. No tengo nada de hambre, sin embargo, comencé a sentirme mareada en la última hora, probablemente es mi cuerpo diciéndome que no he ingerido nada más que una ensalada que Nina me hizo comer ayer.

Cuando me acerco a la puerta corrediza que conduce a la cafetería, me doy cuenta de mi reflejo en el cristal. Mi cabello está tan enredado que parece que me han asaltado. Mi cara está pálida como un fantasma, excepto por las bolsas de color café oscuro debajo de mis ojos, y por un segundo, debato entrar con toda esa gente allí. Parezco un desastre, sin embargo, luego decido que me importa un carajo. Elijo el sándwich más pequeño que puedo encontrar y una limonada, y me termino ambos para cuando regreso. Mientras doy vuelta en la esquina, una enfermera sale de la habitación y me alcanza en unos pocos pasos. La recuerdo de anoche cuando vino a darme una manta.

—Acabamos de traer a su esposo a la habitación. Todavía está sedado, aunque se despertará pronto, así que llámeme cuando lo haga, ¿de acuerdo? —Cuando no digo nada, sonrío y aprieta ligeramente mi brazo para tranquilizarme—. Estará bien, cariño, no te preocupes. Deberías tratar de hablar con él, ayudará a despertarlo.

Roman y Maxim están parados a unos pies del pasillo, observándome. Me giro hacia la puerta abierta solo unos pasos más adelante, no obstante, mis piernas se niegan a moverse más cerca. No sé por qué, pero de repente tengo miedo de entrar. Tomo una respiración profunda, luego otra y, finalmente, obligo a mis pies para dar esos pocos pasos y entrar a la habitación.

Mikhail yace con la cabeza inclinada hacia un lado, una sábana blanca cubriéndolo hasta el pecho. Hay un soporte intravenoso en el costado de la cama y otros tubos y cables. Algunos de ellos están conectados a un pequeño monitor en la parte superior y, por un momento, me quedo paralizada con la línea pulsante que muestra los latidos de su corazón.

Agarro una silla de la esquina, la coloco al costado de la cama y me siento lentamente. Quiero tomar su mano y ponerla en mi cara, pero tengo miedo de lastimarlo, así que solo me acerco y apoyo mi cabeza en la cama al lado de su almohada. Por un tiempo, solo lo observo, odiando lo quieto que está, hasta que reúno el coraje para estirar la mano y colocar mi palma en su mejilla. Alguien le quitó el parche en el ojo. A él no le gustará eso.

La enfermera dijo que hablar ayudaría a despertarlo. No estoy segura de lo buena que seré al hacerlo, sin embargo, haré lo mejor que pueda.

Mikhail

Me despierto con un débil sonido cerca de mi oído. Intento abrir los ojos, aunque no lo consigo, así que me concentro en el sonido. Al principio, es como una vibración en mi cabeza, pero poco a poco se transforma en una voz. Es tan débil, apenas un susurro, y necesito concentrarme para entender las palabras.

—Me asustaste... mucho.

El aire huele a hospital, mas no sé cómo llegué aquí. Mi cabeza se siente como si estuviera en una niebla.

La voz continúa susurrando:

—Cuando estés... lo suficientemente bien... voy... a estrangularte.

Mi mente vuelve lentamente a la normalidad, recordando. Entrar en esa casa y encontrar a Bruno con su arma apuntando a la cabeza de Bianca. Ella corriendo hacia su padre mientras él me apuntaba con su arma. El pánico que me consumió cuando me di cuenta de lo que estaba pasando. Mi *solnyshko*, que trató de interponerse entre el tiro y yo. No sé qué habría hecho si la bala la hubiera alcanzado a ella en vez de a mí.

—Te amo... por favor... despierta.

Las últimas palabras se pierden. ¿Cuánto tiempo ha estado hablando? Obligo a que mis ojos se abran.

—No hables más —carraspeo.

La cabeza de Bianca se levanta de golpe de mi almohada. Se inclina sobre mí y me acuna la cara con las palmas de sus manos. Mi visión es borrosa y no hay mucha luz en la habitación, pero aun así noto la hinchazón

y el enrojecimiento alrededor de sus ojos y el desorden en el que está su cabello. No recuerdo haber visto a Bianca así. Resopla, me da un beso en la boca y comienza a hacer señas, pero no puedo descifrar las formas que hacen sus manos.

—No puedo ver una mierda, nena. —Suspiro y tomo su mano—. Ven aquí. —Niega con la cabeza, pero tiro de ella hacia mí—. Ven y acuéstate a mi lado. Está bien. —Al principio se muestra renuente, sin embargo, luego trepa con cuidado para acostarse en el borde de la cama y se acurruca a mi lado—. ¿Le dijiste a Lena lo que pasó?

Siento la punta de su dedo presionando suavemente mi pecho, dibujando las letras.

N-O

—Bien.

La puerta de la habitación se abre y entra Roman. Nos observa por unos instantes y luego se acerca a la cama.

—¿Cuál es el daño? —pregunto.

—Pulmón perforado y hemorragia interna. Te remendaron. El doctor dice que deberías estar como nuevo en un mes.

—¿Cuándo puedo ir a casa?

—En dos semanas.

Lo miro.

—No me quedaré en un hospital por dos semanas.

—Te quedarás todo el tiempo que digan que debes hacerlo —escupe Roman y me apunta con el mango de su bastón—. Y harás exactamente lo que te digan que hagas, maldición. Es una orden.

—¿Qué pasará con el trabajo?

—Me haré cargo hasta que estés de vuelta. Estás libre los próximos dos meses.

No puede hablar en serio.

—¿Dos meses?

—Cierra la maldita boca. Casi te matan —gruñe—. Si te agarro trabajando antes que eso, te cambio con Pavel y te quedas con los clubes. ¿Me entiendes, Mikhail?

Aprieto los dientes.

—Sí, *Pakhan*.

—Perfecto. Los esperamos a los dos para cenar cuando estés mejor. Y usa tu tiempo libre para llevar a tu esposa de luna de miel o algo así. No volverás a tener dos meses de vacaciones. —Se da vuelta para irse, luego mira por encima del hombro—. Sergei vino ayer cuando escuchó que te dispararon.

—¿Aquí? ¿Para qué? —Levanto las cejas.

—Sí. Irrumpió, preguntó por ti, me dijo que te pasara un mensaje y luego se fue.

—¿Qué mensaje?

—Quiere que le envíes un mensaje de texto con la lista de las personas que estuvieron involucradas en que te dispararan para que pueda matarlas. Nos comunicó que está libre este fin de semana.

Suspiro y niego con la cabeza.

Bianca

Extiendo la mano y rozo la barba de cinco días de Mikhail. Es extraño. Solo lo he visto con su rostro afeitado. Sus cicatrices son mucho menos notorias con vello facial. Se ve diferente. Levanto la vista y lo encuentro observándome.

—¿Te gusta? —indaga. Sonríe y rozo mi palma sobre su cara de nuevo—. ¿Quieres que me lo deje?

Pregunta esto casualmente, aunque está observando cuidadosamente mi reacción. Sé lo que quiere decir. No le gusta tener vello facial, me dijo una vez. Pero si digo que sí, lo dejará porque piensa que preferiría que sus cicatrices estuvieran escondidas. Todavía no lo entiende. Creo que es el hombre más hermoso que he visto en mi vida.

—*Me gusta.* —Señe, y él asiente, bajando la navaja al fregadero—. *Sin embargo, prefiero cuando estás bien afeitado.*

Su mano sujetando la navaja se detiene.

—¿Segura? —cuestiona, y hay duda en sus ojos.

Tomo su cara con mis manos, inclino su cabeza hacia abajo y lo beso.

—Estoy segura, Mikhail —susurro contra sus labios.

—De acuerdo, nena.

—¿Quieres que yo lo haga? —Nunca he afeitado a un hombre, pero su brazo derecho está en cabestrillo debido a su hombro, y no estoy segura de que pueda hacerlo solo con su mano izquierda—. *Tendré cuidado. Probablemente te vas a cortar.*

Mikhail me mira por unos segundos, luego se ríe.

—No es como si importara, nena.

Entrecierro mis ojos hacia él, tomo su barbilla entre mis dedos y aprieto ligeramente.

—*Para mí, importa.*

—Está bien, está bien. —Sonríe, baja la tapa del inodoro y lentamente se agacha para sentarse en él—. Soy todo tuyo.

—*Exactamente.* —Asiento con la cabeza, agarro la navaja y la crema de afeitar del lavabo, luego procedo a que mi esposo vuelva a su forma original y apuesta.

Después de que termino, me doy la vuelta para guardar los artículos de afeitar cuando escucho el seguro en la puerta del baño detrás de mí. Me giro y encuentro a Mikhail sonriéndome.

—No —gesticulo con la boca.

—Sí.

—*Te dispararon hace cinco días. Dos veces. No estaremos haciendo nada que requiera una puerta cerrada.*

—Ven aquí.

—No.

Extiende su mano hacia adelante, engancha un dedo en la cinturilla de mis *jeans* y tira de mí hacia él hasta que estoy de pie entre sus piernas.

—Date vuelta. —Suspiro y obedezco—. Me encanta cuando finges que eres dócil —susurra en mi oído y comienza a desabrocharme los *jeans*.

Abro la boca para decirle lo que pienso sobre su declaración ya que no puedo señalar con mi espalda contra su pecho, pero cuando su mano se desliza dentro de mi pantalón, las palabras mueren en mis labios.

—¿Ya estás mojada? —pregunta, y siento su dedo penetrándome—. Me gusta eso. Me gusta mucho, Bianca. —Muerde mi hombro y agrega otro dedo, haciéndome jadear—. ¿Qué piensas?, ¿cuánto tiempo me tomará hacer que llegues al orgasmo, *hmm*? —Hace un lento movimiento circular alrededor de mi clítoris—. ¿Cinco minutos? —Cierro los ojos y asiento con la cabeza—. Lo dudo, cariño —susurra, luego pellizca mi clítoris

ligeramente—. No aguantarás más de dos minutos. —Me recuesto en su pecho y abro las piernas un poco más. Las cosas que este hombre puede hacer con su mano... es una locura—. Ojos, Bianca.

Los abro y observo nuestros reflejos en el espejo sobre el lavabo: la mano de Mikhail entre mis piernas y una sonrisa lobuna en su rostro. Remueve su dedo y quiero gritar, pero luego lo mete completamente dentro y presiona mi clítoris con su pulgar, y me rompo instantáneamente.

—Apenas un minuto y medio, nena. —Besa mi hombro—. Lo intentaremos de nuevo más tarde. A ver si podemos hacerlo en menos de un minuto.

Hombre malvado... tan malvado.

Epílogo

Seis semanas después

Bianca

—*Tengo una sorpresa para ti.* —Seño y coloco mis manos sobre el pecho de Mikhail.

—¿Oh? ¿Qué es?

Dejo que mis labios se ensanchen en una sonrisa de suficiencia, tomo su corbata y doy un paso hacia atrás, atrayéndolo hacia mí. La ceja de Mikhail se levanta, pero me sigue, dando un paso adelante por cada dos de los míos mientras me permite guiarlo a través de la sala de estar hacia el gimnasio. Sin soltar su corbata, giro la perilla y lo arrastro adentro, esperando su reacción cuando vea el montaje que he preparado. Se detiene en el umbral para mirar las persianas que bajé por completo sobre las ventanas del piso al techo. La única luz en la habitación proviene de las dos lámparas que moví de la sala y coloqué en esquinas opuestas. Sus labios se levantan cuando ve la silla que he colocado en medio de la habitación, mas no comenta. Curvando mi dedo hacia él, lo atraigo hacia mi teatro improvisado, llevándolo hasta que llegamos a la silla.

—*Siéntate.* —Seño y empujo ligeramente su pecho. Mikhail se sienta en la silla y ladea la cabeza, frunciendo los labios como si tratara de leer mis intenciones—. *Cierra los ojos. No puedes ver.*

—Está bien. —Sonríe y se recuesta en la silla.

Coloco un ligero beso en sus labios, luego corro hacia la esquina, donde dejé mi falda de tul y mis zapatillas de *ballet* escondidas debajo de una toalla. Tardo menos de dos minutos en quitarme el vestido y ponerme las zapatillas, el *top* corto y la falda. Al principio, planeé usar un leotardo, pero más tarde estorbaría. Después de debatir durante unos segundos, me quito las bragas y las tiro sobre el vestido desechado. Con una mirada por encima del hombro a Mikhail, sonrío con anticipación mientras configuro el sistema de altavoces para reproducir al máximo volumen. En la pausa que

incluí antes de que comience mi lista de reproducción, asumo una cuarta posición abierta con un brazo extendido en un arco suave.

Los sonidos iniciales del *Nocturne n.º 9* de Chopin llenan la habitación y los ojos de Mikhail se abren de golpe. Sonrío, le tiro un beso y empiezo. Hago una pirueta, extendiendo lentamente mi pierna en un *developpé*, mi secuencia de apertura de *El lago de los cisnes*, luego continúo con una serie de diferentes tipos de coreografía. El ojo de Mikhail me observa sin pestañear, siguiendo cada uno de mis movimientos. Me he acostumbrado a que los hombres me miren, tanto dentro como fuera del escenario, sin embargo, nadie me ha mirado nunca como lo hace Mikhail. Como si fuera algo precioso, y tiene miedo de que, si quita su ojo de mí, podría desaparecer. Qué hombre tan tonto, mi marido. Nadie me obligará a dejarlo. Nunca. Realizo un *arabesque* y algunos pasos más pequeños hasta que estoy justo frente a él. Luego hago un *fouetté*, solo para asegurarme de que se dé cuenta de que no estoy usando ropa interior, y me detengo en el mismo momento en que termina la pieza de Chopin.

Hay unos segundos de silencio, durante los cuales solo me mira con una pequeña sonrisa en los labios. Probablemente piensa que esto es todo lo que he preparado, y cuando el sonido de *All of Me* de John Legend llena la habitación, arquea una ceja. Sonrío y doy un paso adelante, quedándome entre sus piernas. El primer verso transcurre con nosotros mirándonos sin siquiera tocarnos, pero cuando el coro canta, coloco mi mano izquierda sobre su mejilla derecha y, sin romper el contacto visual, le quito el parche con la mano libre.

—*All of me* —susurro y le doy un beso en los labios—. *All of you...baby*.

Me mira mientras su mano llega a la parte de atrás de mi cuello, enhebrando mi cabello entre sus dedos y apretando. Le quito la corbata y le desabrocho la camisa. Mikhail no dice una palabra, solo me observa mientras su agarre en mi pelo mantiene mi cabeza inmóvil. Es como si quisiera mantener mi cara a la vista.

Cuando el coro comienza de nuevo, le quito la camisa y me inclino para presionar mis labios sobre su párpado derecho lleno de cicatrices.

—*All of your... imperfections*.

Respira hondo y ahueca mi cara entre sus enormes y ásperas manos, su toque es increíblemente tierno. Sonrío y, con mi dedo, trazo la forma de un corazón en su pecho.

No puedo creer que casi lo pierdo. Las pesadillas de ese día todavía me atormentan, y me despierto en medio de la noche con el pánico oprimiéndome el pecho. Me inclino hacia adelante, estrello mis labios contra los suyos mientras mis manos viajan a su espalda desnuda, sin hacer caso de sus cicatrices más antiguas. Sin embargo, cuando siento la marca redonda levantada bajo mis dedos, me estremezco y lo aprieto más fuerte contra mí.

Mikhail

No hay mucha luz en la habitación, pero, incluso con mi visión un poco borrosa, puedo ver las lágrimas acumulándose en las comisuras de los ojos de Bianca.

—¿Nena? ¿Qué ocurre? —Aprieta los labios y toca su frente con la mía mientras su dedo traza un patrón alrededor de la herida de bala ya curada en mi espalda—. Bianca, mírame, cariño. —Levanta la cabeza y tomo su barbilla entre mis dedos—. Estoy bien. ¿Puedes por favor tratar de olvidarlo?

Su mano descansa en mi nuca y asiente, aunque sé que está mintiendo porque una lágrima se escapa y rueda por su mejilla. No puedo soportarlo. Durante años, creí que no había nada que no pudiera sobrevivir, pero ver a Bianca llorar por mi culpa... No puedo soportar eso.

—¿Quieres que te tranquilice, mi corderita? —pregunto mientras paso mi mano por el centro de su pecho y estómago, luego meto la mano debajo de su falda de tul para presionar mis dedos en su coño.

Respira hondo y asiente, y deslizo mi dedo dentro de ella. Levantándome de la silla, empiezo a desabrocharme los pantalones con la mano derecha, sin sacar la izquierda de su centro. Cuando logro deshacerme de mis pantalones, tomo la cinturilla de su falda y la jalo hacia arriba y por encima de su cabeza, luego le doy la vuelta y la aprieto contra mí, envolviendo mi mano libre alrededor de su cintura.

—¿Lista? —indago y acaricio su cuello.

Asiente y aprieto el brazo alrededor de ella, luego la levanto y salgo del gimnasio. Bianca aprieta mi antebrazo y junta sus piernas, jadeando

mientras la cargo. Me aseguro de ir despacio, tentándola por dentro todo el camino hasta el dormitorio y, cuando llegamos a la cama, ya está a punto de tener un orgasmo.

—Aún no, nena. —La dejo junto a la cama y saco lentamente mi dedo de ella, pero en lugar de acostarse, se sube para pararse en el borde de la cama y presiona sus palmas sobre mi pecho.

—Quiero —susurra—... decirte... muchas cosas.

—No tienes que decir nada, Bianca. —Presiono mis labios contra los suyos, luego deslizo mis palmas por su espalda y la agarro por debajo de su trasero. Planeaba saborearla en la cama, no obstante, he cambiado de opinión, así que la levanto hasta que sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura y me doy la vuelta para apoyar su espalda contra la pared. La bajo lentamente sobre mi miembro duro como una roca, amando la forma en que se le corta el aliento cuando la lleno—. Incluso medio ciego, puedo ver todo, nena. —Me deslizo hacia afuera y luego me estrello contra ella—. Cada. —Embestida—. Maldita. —Embestida—. Cosa.

Bianca gime, apretando sus brazos alrededor de mi cuello mientras inhala al ritmo de mis movimientos contra ella. Por lo general, cierra los ojos cuando llega al clímax, sin embargo, esta vez los mantiene bien abiertos, sosteniendo mi mirada mientras tiembla y jadea. Exploto en su interior como nunca, luego estrello mi boca contra la suya, apretando su cuerpo contra el mío y abrazándola mucho después de que ambos bajamos de la euforia.

Bianca

Mierda. Algo no está bien.

Intento trabajar la masa un poco más, pero todavía se me pega a los dedos. Después de limpiarme la harina de las manos en el delantal, saco el teléfono del bolsillo trasero de mis *jeans* y abro la ventana de mensajes. Le prometí a Lena *piroshki* para la cena, y necesito hacer bien esta masa, maldita sea.

19:22 Bianca: He jodido algo, la masa parece chicle. ¿Puedes consultar con Igor para ver si te dio las medidas correctas?

19:24 Nina: Intenta agregar más harina. Me da diferentes medidas cada vez que pregunto y empiezo a preguntarme si lo está haciendo a propósito. Probablemente no quiere que nadie obtenga su receta de *piroshki*. Le diré a Roman que lo asuste un poco, quizás sucumba entonces.

19:25 Bianca: Por favor, no. Jajaja. Probaré el añadir más harina. ¿Algo nuevo por allá?

19:26 Nina: Roman acaba de regresar de la casa de Sergei. Dijo que el lugar parece como si lo hubiera atravesado un huracán. Sergei lo destrozó todo.

19:27 Bianca: ¿Por qué? Nunca he conocido al tipo, pero por lo que escuché de Mikhail, está un poco... desquiciado

19:29 Nina: Ese es el eufemismo del siglo, querida. Parece que la chica que tenía en su casa desapareció y se volvió loco. ¿Quieres venir?

Estoy escribiendo mi respuesta cuando siento un ligero toque en la base de mi cuello, seguido de un beso.

—Dusha moya...

Sonríó y empiezo a darme la vuelta, pero Mikhail enrolla su brazo alrededor de mi cintura y mantiene mi espalda presionada contra su pecho. Me acaricia el cuello mientras su mano derecha descansa sobre la encimera frente a mí, sosteniendo una sola rosa amarilla. Todo el aliento deja mis pulmones mientras miro la delicada flor, su tallo envuelto en una ancha cinta de seda amarilla bordada con oro.

—Nunca te dije —me susurra al oído—, que siempre fui tu mayor admirador. Aún lo soy.

—¿Mikhail? —pronuncio, mis ojos aún enfocados en la flor.

—Había un cartel que vi una noche, creo que estaba en un escaparate, hace casi un año. Recuerdo pasar junto a él y luego volver sobre mis pasos para ver mejor la imagen. Mostraba un grupo de bailarinas. Todas, excepto una, vestían trajes amarillos, y mientras las miraba, me preguntaba por qué, entre todas ellas, la bailarina que vestía un traje negro brillaba más que el resto. —Un beso cae a un lado de mi cuello—. Como un sol. —Entonces me gira para mirarlo, toma mi rostro con su mano y me da un suave beso en

los labios—. Nunca me perdí ninguna de tus presentaciones después de eso.
Te amo, mi rayo de sol. Mi *solnyshko*.

Envuelvo mis brazos alrededor de su cintura y entierro mi rostro en su pecho.

—También te amo... Mi Mikhail.

FIN.

Escena extra - Papá Mikhail

UNA ESCENA EXTRA DESDE EL PUNTO DE VISTA DE MIKHAIL Y
BIANCA

Bianca

—Pero, mamá... —Lena se queja mientras tira de su cabello—. Me va a arruinar todo. ¡De nuevo!

—*No te preocupes. Hablé con tu padre y me prometió que se portaría bien esta vez.* —Seño y acaricio su mejilla.

—¿En realidad? ¿Cómo se comportó con Noah?

Oh. Eso fue malo. El tipo mencionó el trasero de Lena frente a Mikhail.

—*Retiré todos los cuchillos de la cocina.* —Seño—. *Y sus armas están escondidas detrás de los artículos de limpieza en el armario del baño. No tienes nada de qué preocuparte.*

—Realmente me gusta este chico, mamá. ¿No puedes hacer algo como encerrar a papá en el dormitorio hasta que nos vayamos?

—*No creo que eso funcione, cariño.*

—*¡Ugh!* No sé por qué pierde la cabeza cada vez que quiero salir en una cita.

—*Conoces a tu papá. Tiene miedo de que te lastimen, así que solo quiere conocer al chico para asegurarse de que sea bueno contigo. ¿Recuerdas lo molesto que se puso cuando lloraste durante días porque el chico tiró tu carta de amor?*

—*¡Tenía siete años!*

—*Lo sé. Sin embargo, no puede olvidarlo.*

Lena se deja caer en la cama y se tapa los ojos con las manos.

—¿Sabes que los chicos en la escuela dejaron de invitarme a salir? Casi nunca me hablan porque tienen miedo de que alguien los vea y le cuente a papá. —Niega con la cabeza, luego me mira con una expresión exasperada en su rostro—. Nunca voy a tener novio.

—*Por supuesto que lo tendrás. Tu padre solo quiere asegurarse de que los chicos te traten como mereces ser tratada.* —Tomo asiento junto a ella

—. *Solo hablarán un rato, y luego ustedes dos podrán salir en su cita. Todo va a estar bi...*

¡Crash!

La cabeza de Lena se levanta.

—¿Qué fue eso? —El golpeteo de pies corriendo, seguido por el portazo de la puerta principal, resuena a través de las paredes—. ¡Voy a matarlo! —grita Lena y salta de la cama, cruzando su habitación. Abre la puerta y corre hacia la sala de estar conmigo siguiéndola.

Mikhail está en el sofá, sorbiendo su café. La lámpara al lado del sillón reclinable está tirada en el piso, pedazos de vidrio roto esparcidos por todo el lugar. Lena se detiene frente a Mikhail, mirándolo fijamente.

—¿Dónde está Jeff, papá?

—De repente recordó que había algo que tenía que hacer, así que se fue —dice mi esposo.

—¿Ah, de verdad? —Lena cierra sus manos en puños en la cintura—. ¿Y no le hiciste nada?

—No le he puesto un dedo encima, *zayka*. Cuidado donde pisas.

Mikhail se levanta y envuelve su brazo alrededor de la cintura de Lena, levantándola. Luego, se vuelve hacia mí, me levanta con el otro brazo y nos lleva a ambas por sobre la alfombra cubierta de vidrio.

—¿Qué pasó con la lámpara, cariño? —Seño cuando nos baja.

—Jeff la tiró cuando se iba. Llevaba prisa.

—¡Me pregunto por qué! —espeta Lena—. ¿Amenazaste con sacarle la espina dorsal por la boca? ¿O fue algo más esta vez?

—Por supuesto que no, *Lenochka*. —Mikhail sonríe—. Solo platicamos. Eso es todo.

—¿Platicar? —Entrecierra los ojos hacia él—. ¿Acerca de qué?

—Pasatiempos.

—No tienes un pasatiempo, papá.

—Claro que sí tengo.

Tomo la mano de mi esposo y la aprieto. ¡No iremos allí!

—¿Oh sí? —Lena sonríe—. ¿Qué es?

Mikhail me mira y sonríe.

—Golf.

Mikhail

10 minutos antes

—Toma asiento, Jeff. —Asiento con la cabeza hacia el sillón reclinable y me bajo al sofá frente a nuestro invitado.

El chico lanza una mirada fugaz a la puerta principal, luego se sienta lentamente.

—¿Lena está lista?

—Necesita cinco minutos más —digo y alcanzo mi café—. Dime, Jeff, ¿cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—¿Diecisiete? Eres mucho mayor que mi hija.

—Pero... Lena tiene dieciséis.

—Exactamente. —Hago un rápido chequeo de él, notando sus *jeans* y una camisa a cuadros. A primera vista, parecía un buen chico. Sin embargo, no trajo flores—. ¿Qué haces con tu vida, Jeff?

—Eh... Voy a la escuela.

—¿Son buenas tus calificaciones?

—Bueno... están bien, supongo. —Se mueve inquieto en su asiento, haciendo todo lo posible por enfocar sus ojos en mi pecho, aunque su mirada sigue moviéndose rápidamente hacia mi parche y las cicatrices en mi rostro—. ¿Y a qué se dedica usted, señor Orlov?

—Trabajo con la gente.

—¿Con personas? Qué bien. Algo como... ¿Servicio al cliente?

—Servicios funerarios, en realidad.

Sus ojos se abren como platos.

—¿Eres director de una funeraria?

—No realmente, Jeff. Digamos que me aseguro de que las funerarias tengan un suministro constante de... clientes. Me gusta apoyar a las pequeñas empresas.

—¡Oh! ¿Encuentras muertos para ellos? Eh... ¿Cómo funciona?

Dejo mi taza en la mesa de café y me recuesto, extendiendo mis brazos sobre el respaldo del sofá.

—¿Quieres saber sobre el aspecto técnico?

—Supongo.

—Bueno, para el trabajo más reciente, apuñalé al hombre en el estómago, golpeando su bazo. Las heridas en el estómago no son tan fatales como la gente cree, pero teniendo en cuenta que ya había estado sangrando durante tres horas, funcionó. Si quieres matar a alguien rápidamente, mi consejo es que vayas por la base del cráneo o la garganta. La arteria femoral también es una excelente opción.

El chico parpadea dos veces, luego salta del sillón reclinable, golpeando la lámpara con el codo. La lámpara se tambalea un par de veces, pero al final gana la gravedad. Jeff ya está a medio camino de la salida cuando la lámpara se rompe en pedazos. Dos segundos después, la puerta principal se cierra de golpe tras él.

Levanto mi taza de café y tomo un sorbo.

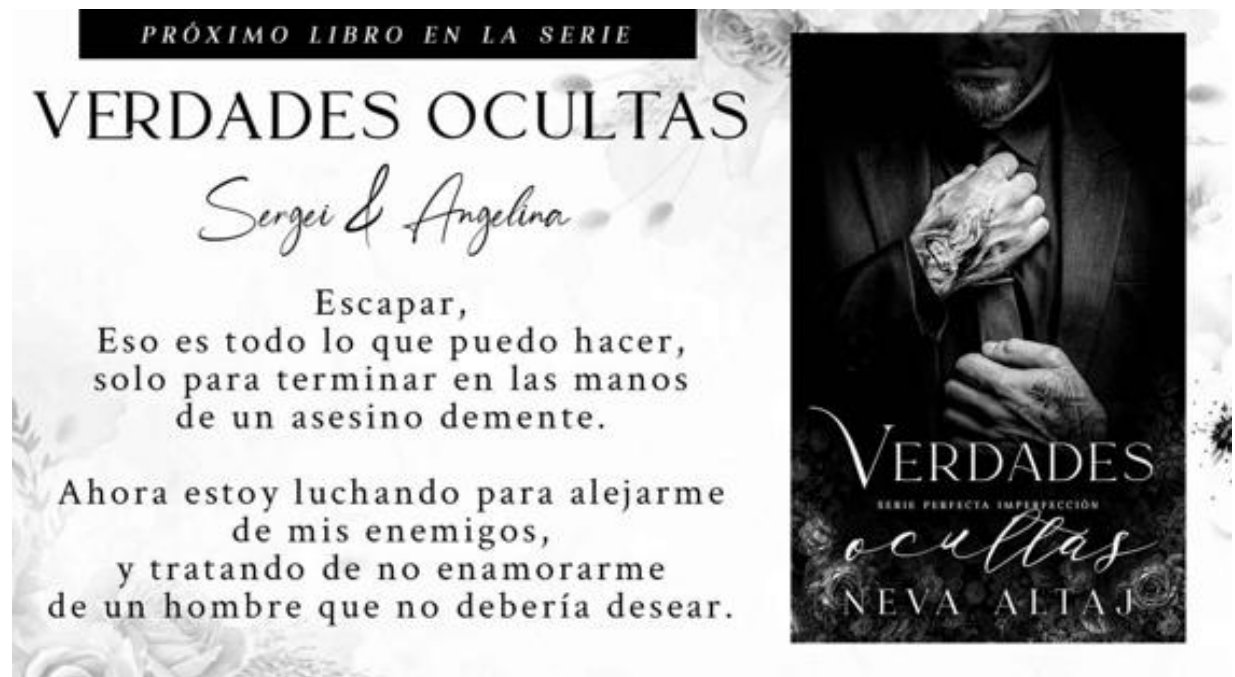
Nadie lleva a mi hija a una cita sin antes traerle flores.

FIN.

Estimado lector

¡Muchas gracias por leer! Espero que consideres dejar una reseña, dejando que los otros lectores sepan lo que piensas de *Susurros Rotos*. Incluso si es una oración corta, hace una gran diferencia. ¡Las reseñas ayudan a los autores a encontrar nuevos lectores y ayudan a otros lectores a encontrar nuevos libros para amar!

Si deseas leer más, visita mi [sitio web](#) o mi [página de autor en Amazon](#), y mantente actualizado siguiéndome en las redes sociales. El siguiente libro de la serie es *Verdades Ocultas* (la historia de Sergei).



Sobre la Autora

Neva Altaj escribe apasionante romance de mafia contemporáneo sobre antihéroes dañados y heroínas fuertes que se enamoran de ellos. Tiene una debilidad por los alfas locos, celosos y posesivos que están dispuestos a quemar el mundo hasta los cimientos por su mujer. Sus historias están llenas de erotismo y giros inesperados, y un felices para siempre está garantizado en todo momento.

A Neva le encanta saber de sus lectores, así que no dudes en ponerte en contacto:

Sitio web: <http://www.neva-altaj.com>

Facebook: <https://www.facebook.com/neva.altaj>

TikTok: https://www.tiktok.com/@author_neva_altaj

Instagram: www.instagram.com/neva_altaj

Página de autor de Amazon: www.amazon.com/Neva-Altaj

Goodreads: www.goodreads.com/Neva_Altaj

BookBub: www.bookbub.com/authors/neva-altaj